DIA ACIAGO.

I.

Por corta que sea la experiencia que saquemos de la vida, siempre vendrémos á parar á una averiguacion poco lisonjera, á saber: que aunque sean muy pocos los años de nuestra vida, encontramos en ellos muchos dias desventurados.

Esto no quiere decir que afligidos por el rigor de la suerte que nos persigue desde la cuna, pasemos la vida con las lágrimas en los ojos esperando la muerte, única salida de tantas angustias como nos cercan en nuestro tránsito por la tierra.

Nada de eso. Hoy por hoy, y en virtud probablemente de los adelantos del siglo, las desdichas que nos cercan, los desastres que nos atropellan y las catástrofes que nos amenazan, se convierten á nuestros ojos, quieras que no quieras, en ruidosa algazara y en universal alegría.

Bueno que cada uno de por sí llore á sus solas los reveses de la fortuna, que cada familia, de puertas adentro de la casa, sea un caso particular de inquietudes, de pe-

sares, de desolacion y de miseria. Bueno, en fin, que al volver de cada esquina nos encontremos, ya con una liquidacion desastrosa, ya con un drama de infidelidad conyugal, ya con el espectáculo patibulario de un crímen más ó ménos alevoso, ya con un rapto, digámoslo así, en que la criatura más espiritual, más preciosa y más tierna arroja sobre su familia con la mayor frescura la vergüenza del escándalo; ya, por último, con un cuadro de disensiones domésticas por las particiones de una herencia ó por la cláusula de un testamento; los vicios sombríos, la estrechez desesperada, el hambre aterradora. Todo eso, sí, se encuentra á cada paso. Pero el conjunto, la reunion pública de tantos seres más ó ménos infelices es una explosion contínua de alegría, es la algazara de una fiesta permanente, el tumulto ruidoso de un regocijo interminable. ¡Santo Dios! ¡qué júbilo!

Sean los que quieran nuestros dolores, nuestros pesares, nuestras angustias, nuestras miserias, nos hemos propuesto ser felices y lo somos. Cada uno que guarde sus desdichas en el último rincon de su casa, que oculte su desesperacion ó sus lágrimas en el fondo de su alma, y venga aquí alegre y risueño á tomar parte en este universal contento. La Convencion francesa, en medio de los horrores de aquel espantoso desbordamiento, decretaba la victoria como un impuesto. Pues bien; nosotros, en medio de tantas desolaciones, hemos decretado la felicidad como una fiesta pública. Nos hemos impuesto esta contribucion de alegría que se recauda en todos los lugares donde nos reunimos, lo mismo en los teatros que en los cementerios.

Sí, hemos emancipado la vida de los dolores á que parecia condenada en este mundo, y dejando á cada cual el capricho de afligirse á solas, ó desesperarse á puerta cerrada por sus penas particulares, hemos convenido tácitamente en esta alegría en comandita que llena todos los sitios públicos con la algazara de nuestras dichas.

Y hé aquí una sociedad blindada contra los más rudos ataques de la adversa suerte. Se equivoca el pavoroso destino de nuestros dias si cree que va á sorprendernos con el horror de nuevos desastres. Sus atroces designios se estrellarán siempre en el júbilo impermeable que rebosan nuestros corazones. Siempre nos encontrará con el vestido de fiesta, coronados de flores, con la copa en la mano y la risa en los labios.

Id de casa en casa, de familia en familia, de individuo en individuo, y no recogeréis más que zozobras, recelos, inquietudes, ruinas y tribulaciones; pero reunid todas esas desdichas parciales en el conjunto de la vida pública, y no recogeréis más que fiestas, ruido, bullicio, lujo, saraos y banquetes, animacion y regocijo, alegría y prosperidades. ¡Oh! esto es pasmoso.

Proscritas las tristezas, desterradas las aflicciones, condenadas á oscuridad perpétua las desgracias, ¿qué inquietud pueden causarnos las adversidades de nuestro destino? Lleve cada uno la cuenta corriente de sus desventuras, pero no las traiga á desentonar el concierto armonioso de nuestra comun felicidad. ¿Ó somos ó no somos dichosos?

Semejantes á los actores, que se despojan de sus vestidos ordinarios para cubrirse con el traje propio del pa-

pel que representan, nosotros aparecemos en el gran teátro vestidos con todas las galas propias del espectáculo, con el colorete de la prosperidad y los afeites de la dicha, á representar el papel que nos corresponde en la comedia de la universal alegría. ¿Qué nos importa, pues, lo que pasa entre bastidores?

¿No nos aplaudimos nosotros mismos? Pues entónces ¿qué más queremos?

Como el abrigo que se deja en las antesalas de los salones, dejémonos en el rincon de nuestra casa recelos, zozobras, inquietudes, ruinas y tribulaciones, para entrar en el bullicio de la vida con todas las apariencias de hombres contentos, satisfechos, dichosos. Tiempo hay de llorar, de afligirse, de aterrarse, pero por de pronto es preciso juramentarse en esta conspiracion secreta, en este complot de alegría, en el que todos somos cómplices. La alternativa que se nos presenta no es dudosa : ó ser felices, ó morir ; ó echar el óbolo de nuestro contento en el platillo de la felicidad comun, ó sepultarse en las oscuridades de la desgracia; alegrarse, ó desaparecer del bullicio del mundo.

No es posible vacilar en la eleccion, y hó ahí porque las grandes ciudades revientan de alegría, y en los teatros y en los banquetes, en los cafés y en los casinos, en todas partes donde hay alguna concurrencia no se ven más que rostros satisfechos, lujo, prosperidad y algazara.

Un viajero curioso que viniera de países lejanos buscando la region más dichosa de la tierra, y de la noche á la mañana se viera en Madrid, instalado en el *Hotel de*

París ó en el *Hotel Inglés* ó en la *Fonda Europea*, abriria los ojos lleno de admiracion, y en presencia del espectáculo incesante de nuestra animacion, de nuestro fausto y de nuestro regocijo se golpearia la frente exclamando:

—¡Hé aquí el Paraíso!

Y abandonándose á las delicias de una vida llena de felicidades, de fiesta en fiesta, de goce en goce, de placer en placer, de gloria en gloria, se creeria trasportado á un mundo desconocido en el resto de la tierra.

Mas si le ocurriera penetrar un poco en el fondo de las cosas, si la brillantez de las apariencias y el brillo de las exterioridades le dejaban ver la realidad oculta, doblaria la cabeza con tristeza, y angustiado de tanta dicha, haria su maleta de viaje y saldria en busca de un país ménos afortunado.

Y apuntando en su cartera la originalidad de sus impresiones escribiria:

«Gente dichosa. Posee una aritmética particular, reparte desventuras y suma felicidades. Se rie admirablemente de sus desdichas. Yo no he visto jamas una alegría más triste.»

II.

Muy bien, pero eso no quita que en el órden de los dias que atravesamos venga por sucesion inmemorial, y en períodos inalterables, un dia siempre aciago.

Lo veréis amanecer sonrosado, derramando por el mundo los rayos de oro con que el sol ilumina los dias sere-

nos. Ved su faz risueña, su aire tranquilo; el cielo le sonrie con su azul más puro; los pájaros cantan locos de contento al sentir sus primeras claridades, y saltan de los nidos, y se puede decir que salen á recibirlo gorjeando, ni más ni ménos que si quisieran decir:

—¡Hola! ya está aquí nuestro amigo.

Los árboles no quieren ser ménos que los pájaros, y tienden sus ramas, y parece que se empinan sobre sus troncos para verlo ántes, y las hojas cuchichean entre sí como muchachas habladoras que no saben callarse el pico. La que está más alta se levanta sobre la punta de la rama, es la primera que siente su resplandor lejano, y como si dijera «aquí está», corre la voz y se extiende por todos los vástagos, y la copa del árbol se va iluminando poco á poco, presentándole el fruto que empieza á coronarla con la franqueza del que dice:

—¿Usted gusta?

Por su parte el agua corre apresurada por el cauce para llegar la primera, ó se detiene á respirar en el remanso, porque viene de muy léjos, ó se precipita hablando sola por los peñascales de la vertiente, porque desde la cima del monte donde nace lo ha visto con su manto de grana y su corona de oro, y ella quiere ser la que lleve la noticia. Y en el cauce donde corre y en el remanso donde descansa, y en los peñascos por donde se precipita, azulea como un espejo, y en sus ondas impacientes centellea la luz empeñada en bordarlas con sus hilos de fuego, y punto aquí y punto allí, al fin se le escapa diciéndole:

—Ea... tengo mucha prisa.

Pues lo que es al aire no hay quien lo detenga. Va y viene, sube y baja, entra y sale; aquí suspira, más allá gime, más léjos murmura; parece que vuela con cien alas y que respira con cien bocas, y lleva un aire que parece que todo el mundo es suyo. Por aquí se mete, por allí se escurre; más acá se pierde, y más allá aparece de nuevo. Todo lo escudriña, todo lo agita; por donde él va, todo se pone en movimiento; hasta el polvo de la tierra se levanta á su paso. No hay manos que lo sujeten ni ojos que lo sigan; en un instante lo corre todo, parece un loco. Él es el que va por todas partes diciendo:

—Arriba, muchachos, que ya amanece.

Más graves los montes, miran desde sus altas cimas y sacudiendo las últimas sombras de la noche las arrojan en las profundidades de los valles, y empiezan á vestirse sus ropajes azules con franjas verdes. Quieren decir:

— Ya viene el dia.

El llano espera con su vega tendida como una alfombra de colores, y la mies ondea como un mar de espigas, y la vid aparta los pámpanos para que vean tambien los racimos, y las granadas suspensas de los vástagos, ceñidas sus coronas como unas duquesas, se abren pura y simplemente para enseñar sus granos de color de rosa ó de color de púrpura. Y todo dice:

— Vamos, que el dia asoma.

Y en verdad es un dia brillante, hermoso, tranquilo y risueño: la naturaleza lo recibe con todos sus esplendores, con todas sus galas; no hay ni una nube en el cielo ni una sombra en la tiera. Pues bien; no os fieis de su ale-

gre pompa, porque ese dia puede ser mártes, y mártes quiere decir dia aciago; sus horas son infaustas.

¿Por qué? Hé ahí una cosa que nadie sabe; pero está por lo visto condenado á un horror perpétuo, y eso basta.

No aplaceis para ese dia tenebroso la ejecucion de vuestros planes, no le confieis el ansiado plazo de vuestras esperanzas, no lo pongais por término á vuestros deseos, porque en ese dia fracasan los planes, peligran las esperanzas, y se nublan los deseos; es el azar de todos los proyectos.

Y eso sucede una vez á la semana... ¡Dios mio! como si no tuviéramos bastante con los demas dias. ¡Y cuatro veces al mes, y cuarenta y ocho veces al año hemos de pasar por la terrible influencia de esas veinticuatro horas!

No hay más remedio: así está decretado, no sabemos en qué ley de qué misterioso destino.

Cada uno toma esta fatalidad á su manera, de cuyos diferentes juicios resultan tres interjecciones.

Algunos dicen...—¡Bah!

No pocos...—¡Phs!

Muchos exclaman...—¡Oh!

Es decir:

Unos se burlan.

No pocos dudan.

Muchos creen.

Infunde, pues, ese dia nefasto:

Burla en unos.

Vacilacion en otros.

Terror en muchos.

Hablad del influjo que ejercen sus horas en los destinos de los hombres, abrid una discusion ámplia, luminosa, y despues de charlar toda una mañana, toda una tarde ó toda una noche, descubriréis la antigüedad de su orígen, lo veréis aparecer entre las supersticiones del paganismo, lo explicaréis de mil maneras más ó ménos sábias, más ó ménos eruditas, y al fin vendréis á parar á estas tres conclusiones diferentes:

Preocupacion.

Misterio.

Fatalidad.

La sabiduría de las naciones no se ha desdeñado de tomarlo en cuenta, ó incluyéndolo en el catálogo interminable de sus sentencias, ha dicho:

«En mártes ni te cases ni te embarques.»

Esta sabiduría anónima no es siempre austera, suele descender de la trípode desde donde habla magistralmente, y entónces el oráculo, dejando la majestad de su ministerio, se permite algunas ligerezas, algunas contradicciones, algunas burlas; porque no siempre toma en serio al vulgo á quien instruye en los secretos de la experiencia.

Pues bien; ¿sus palabras en esta ocasion encierran el sentido de una sentencia grave? ¿Son una ironía ó un sarcasmo? Es decir, ¿se burla en ellas de la fatalidad del mártes ó la confirma? Échele V. un galgo.

Todo es oscuridad acerca de la influencia fantástica de ese dia aciago; y no es solamente la sencillez de la ignorancia la que le rinde el culto de sus vagos terrores; en

el mundo culto encontraréis seres ilustrados que le rinden tambien el tributo de su credulidad. Espíritus despreocupados que se sonreirán bondadosamente de vuestra candidez, si asegurais con el testimonio de la Santa Escritura que las aguas del mar Rojo se abrieron delante de la vara de Moisés para que los israelitas se salváran de la furia de Faraon, y os mirarán con afectuosa lástima si insintis en afirmar que Josué detuvo el sol en el horizonte.

Semejantes prodigios no caben dentro de su credulidad. Han convenido con unos cuantos amigos de café en que tan estupendas maravillas son imposibles, y no necesita más el buen corazon de un *espíritu fuerte* para compadecer á los que las creemos. Pero habladle del mártes, de la influencia de ese dia aciago, y se encogerá de hombros, fruncirá la boca y os dirá sencillamente:

—¡Quién sabe! Es posible. ¡Hay tantos misterios en la naturaleza! Y sea como quiera, el acaso ha de tener algun método, alguna regla á qué sujetarse... la fatalidad tiene tambien su lógica... y miéntras la ciencia no acabe de sorprender los secretos de la vida, bueno es ponerla á cubierto de esas misteriosas contrariedades.

Así habla, y se queda tan fresco.

¿No conoceis á ninguno de estos seres? Pues bien, hay muchos.

III.

Despues que se anda algun tiempo por el mundo, se encuentran esos seres raros, cuya locura ó cuya imbeci-

lidad no se advierte á primera vista, en razon á que no desafinan demasiado en el concierto general que todos formamos, se confunden con la mayoría entre la cual viven, y pasan sin formar casilla aparte en la generacion en que han nacido.

Lo sociedad presente ofrece numerosos casos de criminales que no llevan más cadena que la del reloj, de locos que viven tranquilamente en sus casas sin temor de verse encerrados en un manicomio, y de imbéciles que se codean con las personas sensatas como uno de tantos; porque hay crímenes legales, lícitos, admitidos y áun premiados, locuras juiciosas é imbecilidades razonables.

Yo he conocido varios ejemplares de estas tres especies, y en este momento recuerdo uno que me viene de molde. Hombre que, como los elefantes, segun Plinio, sentia crecer la yerba, y que gran conocedor del mundo, vivia siempre en guardia contra los engaños de la vida.

No era posible sorprender ni su credulidad ni su confianza, pues andaba siempre receloso como los gatos; no se fiaba ni de la camisa que llevaba puesta, y de contínuo se guiñaba interiormente el ojo, como diciendo:

—¡Oh! ¡Soy yo muy largo!

Esta cautela incansable de su perspicacia lo tenía siempre alerta, y por todas partes vislumbraba engaños, traiciones, infidelidades, ingratitudes. Pensaba de los hombres deplorablemente, y en cuanto á las mujeres, su opinion era todavía más deplorable.

Encastillado así en la ciudadela inexpugnable de su prevision astuta, se restregaba las manos satisfecho de sí mismo, y exclamaba:

— Ahora que me entren moscas.

No se puede decir que fuese un sabio, pues en rigor se habia quemado poco las cejas indagando los secretos de las ciencias, y si en su juventud pasó por alguna universidad, fué por puro cumplimiento, por mera fórmula; pero, vamos, su vida de hombre de mundo lo tenía á la altura de los conocimientos más puestos en moda. Se penetraba de los últimos adelantos de la filosofía en las conversaciones del Ateneo, aprendia historia en las tertulias del Casino, matemáticas en las cotizaciones de la Bolsa, química é historia natural en los aparadores de las tiendas, Geografía en las *vistas* de los periódicos ilustrados, literatura en el teatro de los Bufos y política en la *Correspondencia de España*. Recogia las noticias más seguras acerca de los grandes acontecimientos del mundo en la Carrera de San Jerónimo ó en los pasillos de cualquier teatro.

No era un sabio, pero poseia esa generalidad de conocimientos que nos autorizan á resolver de plano las cuestiones más árduas en los postres de una comida ó sobre la mesa de un café. Sabio no, pero ¡qué demonio! no hemos de ser todos Sénecas, y sea como quiera, venía á ser un hombre, digámoslo así, instruido, y sobre todo, un hombre despreocupado.

Sabía algun latin, pues pronunciaba con frecuencia voces latinas; decia : *ad libitum*, *deficit*, *ex cathedra* y *casus belli*. Tampoco le era absolutamente desconocida la lengua griega, y solia pronunciar con bastante soltura las palabras *filantropía*, *hidrofobia*, *antropófago* y *eureka*. Oia referir con gusto la impiedades de Voltaire y las

aprendia de memoria. Cavour fué por algun tiempo su encanto, mas se murió y le volvió la espalda, para hacer de Bismarck su ojo derecho.

Por supuesto, el diluvio universal era para él una paparrucha, el maná del Desierto una inocentada, y la resurreccion de Lázaro un cuento de viejas. Se mofaba de todas las creencias sin tener empeño en destruirlas, pues, como él mismo decia, dejaba á cada loco con su tema.

No obstante, en las soledades de su razon, ó mejor dicho, en el sepulcro de su conciencia, se levantaba un fantasma, una sombra, un espectro que turbaba de vez en cuando los felices dias de su vida: le inspiraba horror el *mártes;* ese dia aciago se le representaba con los más sombríos colores. Llevaba una apuntacion curiosa de las desgracias que ocurrian en el trascurso de sus infaustas horas. Terribles efemérides que crecian espantosamente en sus anotaciones, porque no pasaba un mártes sin traer al catálogo una nueva catástrofe, ya particular, ya pública, ocurrida en Madrid ó en Filadelfia, en Pekin ó en Marruecos, pero siempre en mártes; las que resultaban en los demas dias del año, esas no entraban en cuenta.

Por qué especie de razonamiento llegó su incredulidad á caer bajo el dominio de semejante preocupacion, es cosa que no se sabe ni ademas nos importa; el fenómeno no es tan raro, que pueda tenerse por increible. El que cierrra los ojos á la luz ve sombras. La incredulidad, lo mismo empírica que científica, cae en las más vanas ó en las más pueriles credulidades. La sabiduría de la impie-

dad tiene sus delirios como la fiebre, sus supersticiones como la ignorancia. La razon abandonada á sí misma se cansa de la impotencia y apela al misterio.

Ello es que el héroe de la presente historia creia en la fatalidad del mártes, y los datos que adquiria para seguir la estadística de ese dia aciago, le confirmaban cada vez más en la funesta influencia que ejercia sobre los destinos humanos.

Pasaba, pues, cada semana un dia de inquietud, de zozobra, y no emprendia cosa alguna, temeroso, más áun, seguro de que tendria un éxito fatal; pasaba por ese dia con el alma en un hilo, como se pasa por un peligro, por el borde de un abismo, por un puente que cruje bajo los piés que lo pisan.

Fuera de esta supersticion que se anidaba en las lobregueces de su entendimiento, era un hombre que se burlaba de todo lo que forma la vida del espíritu: no creia en nada, ni en la amistad, ni en la virtud, ni en el amor, no precisamente porque negára la posibilidad de una amistad sincera, de una virtud firme, de un amor duradero, pues él no se metia en estas honduras, sino por pura precaucion, porque, en fin, en el mundo veia muchas amistades engañosas, muchas falsas virtudes, muchos amores fugitivos, y su genio poco indagador se contentaba con estos datos para decidir que lo mejor de los dados es no jugarlos.

—¡Amistad!—exclamaba á sus solas.—Para quien te crea. Cada uno va á su negocio... ni más ni ménos. ¡Virtud!

Aquí, recordando su erudicion dos versos de *Los Aman-*

tes de Teruel, puestos por Hartzenbuch en boca de Diego Marsilla, prorumpia con énfasis dramático:

«¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias.»

Y seguia diciendo.

—¡Amor!

La sola pronunciacion de este nombre despertaba su hilaridad, y soltando la carcajada añadia:

—¡Amor!... sí, para las novelas.

Tambien aquí su memoria le recordaba otra frase decisiva que habia oido algunas veces, y atribuyéndola indistintamente ya á Shakspeare, ya á Byron, la repetia exclamando:

—«¡Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.»

Y sin más averiguaciones, se reia muy tranquilamente de la amistad, de la virtud y del amor. Ademas se sentia bien en medio de aquella soledad de su alma. Ya se ve, gozaba de buena salud, poseia algunos bienes de fortuna, y su vida se deslizaba agradablemente entre los placeres del mundo. Realmente no tenía motivo para quejarse de su suerte.

Es de creer que habria sido el mortal más dichoso de la tierra si la sombra del mártes, apareciendo en su imaginacion de vez en cuando, no le hiciera sentir cierto temor lúgubre que llenaba su pensamiento de extraños fantasmas. Y estos terrores se aumentaban siempre que abria el fatal cuaderno para anotar nuevos y pavorosos desastres. En él veia muertes, ruinas, batallas sangrientas, desastrosas inundaciones, asesinatos, suicidios, incen-

dios, todos los estragos de las tempestades humanas y de las tempestades de la naturaleza, y siempre en mártes. Entónces ese dia aciago se le presentaba como un númen implacable, y cerraba los ojos para no verlo, y lo veia al traves de los párpados.

Esta era la gota de acíbar que amargaba la dulce copa de la vida que bebia sorbo á sorbo.

IV.

Ese hombre cuyas interioridades acabo de descubrir, tenía su nombre de pila y llevaba su correspondiente apellido como cualquier hijo de vecino. Su nombre era Martin, y su apellido casi no estaba en uso, en razon á que en el círculo de sus relaciones no se le conocia más que por Martin, como si se tratára de un sér solitario, único que no hubiese tenido nunca familia.

Martin poseia un exterior á primera vista agradable, y poseia ademas el secreto de todas las exterioridades; venía á ser un sepulcro bien blanqueado, y hacía en la sociedad el papel de un hombre de mundo, de un hombre corrido.

No le faltaron ocasiones en que estuvo expuesto á grandes peligros, pues, como él decia, lo habian empujado al borde del matrimonio, mas supo emprender á tiempo las retiradas, y el enemigo se quedó con la boca abierta. Podia hacer un matrimonio ventajoso, y tan lisonjera perspectiva halagaba su vanidad, pero ¡ah! el mundo en que vivia le presentaba tantos ejemplos de infidelidades, sus

propias aventuras le hablaban con tanta elocuencia, que se veia obligado á renunciar á aquellos favores de la fortuna que hacian las delicias de su amor propio.

La idea de una boda ruidosa le encantaba; mas el temor de verse despues señalado con el dedo le helaba la sangre, y por un cruel capricho de la suerte todas sus victorias se levantaban á la vez para mofarse de su fortuna. El matrimonio se le representaba como un lazo, y como lobo experimentado huia del cebo por no caer en la trampa. El miedo del ridículo desvanecia sus más risueñas ilusiones.

— No, no — se decia — los maridos no están en boga; es papel que se cotiza muy bajo, y no he de ir yo á formar parte de la coleccion de que tantas veces me he burlado. Si alguna vez me muero que me entierren con palma.

Así es que á los cuarenta y cinco años bien cumplidos, que es la edad en que lo encontramos, se hallaba sin más vínculos que lo sujetáran que los de su voluntad ó los de sus caprichos. Habia sabido evadir todas las asechanzas, y se tenía á sí mismo por el hombre más libre que pisaba la tierra. Claro está, se habia apropiado todos los derechos, renunciando generosamente á todos los deberes.

Entre las mujeres que lo conocian, pasaba ya como cosa perdida, y al verlo se guiñaban el ojo diciendo:

— Cá... este camastron es incasable.

Entre tanto él se reia del mundo, y de teatro en teatro, de paseo en paseo, de tertulia en tertulia iba alargando los dias de una juventud que en realidad ya lo habia aban-

donado, y no faltaba alguna intriguilla con que ir alimentando el fuego de la vida.

El teatro era su gran campo de batalla: allí los gemelos indiscretos, escudriñando el fondo de los palcos y los rincones de las galerías, lanzaban, ya á una parte, ya á otra misteriosas miradas. Cualquiera que fuese la trascendencia de estos ojeos se complacia en ellos, y eran los momentos más amenos de su deliciosa existencia.

A la derecha de su butaca se abria una platea que ninguna noche merecia los honores de su atencion, porque siempre aparecia ocupada por personas insignificantes, bajo el punto de vista de la belleza, de la juventud y de la elegancia, y Martin le tenía vuelta la espalda á aquel rincon del gran mundo en que nada tenía que ver. Una jamona gruesa y morena, una niña recien salida del colegio, endeble y enfermiza, un señor canoso, de aspecto desabrido; hé ahí poco más ó ménos lo más notable que contenia la platea.

Medio sumergido en su butaca veia, leyendo *La Correspondencia* con aire indolente, la fastuosa representacion de *La Africana*. Acababa de alzarse el telon, y los acordes de la orquesta llenaban el aire de sonidos entre el murmullo del público que se acomodaba en los asientos. Martin sintió en la oreja derecha un soplo de aire frio, y comprendió que en la platea de la jamona, hasta entónces vacía, entraban las tres figuras de todas las noches, y sin volver los ojos, hizo un gesto de desden y siguió leyendo.

Pronto recorrió las columnas del periódico, y dándose por enterado de las últimas novedades del dia, tomó los

gemelos para recoger las novedades de la noche. Entónces observó que muchas miradas, partiendo de diferentes puntos del teatro, se dirigian á la platea que tenía á su derecha. Estas miradas se iban multiplicando, y los semblantes del público, semejantes á las coronas de los girasoles, se volvian hácia la platea como si hubiera aparecido en ella el sol de la mañana.

¿Qué ocurria, pues, allí para ejercer tan poderosa atraccion sobre las miradas del público? Martin con desdeñosa sonrisa, volvió tambien sus ojos hácia la platea, y la risa se apagó en sus labios y se quedó absorto, porque si no era el sol el que brillaba sobre el fondo encarnado de la platea, era la aurora, la aurora en persona.

Los ojos de Martin se inundaron de luz, de una luz suave, que él sentia penetrar en su cerebro y correr por sus venas. El foco de esta claridad era un rostro humano, el rostro de una mujer, cuya cabeza, coronada de rizos castaños se movia graciosamente sobre unos hombros soberanos. Aquella era una aparicion que Martin devoraba con ánsia, temeroso de que se desvaneciera.

Le era imposible apartar de ella los ojos; una atraccion irresistible retenia sus miradas, como si estuvieran bajo la influencia de un iman desconocido. A fuerza de mirar empezó á perder la conciencia de lo que veia; experimentaba una especie de atolondramiento, parecido á los primeros desvanecimientos de la embriaguez. La platea se trasformaba á sus ojos en una nube de púrpura sobre la que se destacaba aquella imágen blanca como el blanco de Paros, y sonrosada como la rosa de Chipre, que le sonreia y se alejaba, tendiéndole sus bra-

zos de Vénus. «Si esto es un sueño, se decia con el pensamiento, que no despierte nunca.»

Hasta entónces sólo habia podido apreciar, digámoslo así, el color y el dibujo, la pureza de la tez, la pureza de las líneas y la pureza de los contornos. Pero la aparicion debia tener una voz, una mirada, y Martin todo era oidos, y nada oia, y todo era ojos y no veia más que el conjunto armonioso de su figura.

Mas no estaba ella sola en la platea, la acompañaban una señora de aspecto insignificante, que ocupaba el lugar de preferencia en el palco, y una especie de gigante, de rostro airado y de tremendas cejas, que de vez en cuando le dirigia la palabra. Algo debió decirle que la desagradaba, pues ella volvió la cabeza hácia la escena diciendo claramente:

—No.

Este *no* llevó á los oidos de Martin el timbre de su voz, y se estremeció como si hubiera experimentado el efecto de una descarga eléctrica. Jamas habia oido una voz semejante: la sentia vibrar en su oido y extenderse por todo su cuerpo, ni más ni ménos que si sus huesos y sus músculos, su sangre y sus nervios tuvieran en aquel momento la facultad de oir. Estaba bajo la accion mágica de un encanto inexplicable. Aquella mujer ejercia sobre sus sentidos una influencia avasalladora.

Martin buscaba sus ojos como el ciego busca la luz y el sediento el agua, pero las miradas de la aparicion iban de una á otra parte sin fijarse en ninguna. Al fin sus ojos indiferentes vinieron á detenerse en Martin, que sintió al mismo tiempo frio y calor. Si es posible de-

cirlo así, una nube de luz inundó su sér, y le pareció que se veia sumergido en un mar de delicias. La mirada que lo tenía subyugado lo abandonó; despues de dejar en su pensamiento todo el fuego de un incendio y llena su loca imaginacion de las más ardientes visiones.

Cerró los ojos para saborear el placer de aquella mirada, y para conservar la imágen fantástica que relampagueaba en ellos. Creia que soñaba. El estrépito de un aplauso lo volvió á la realidad de la vida, y miró despavorido en torno suyo; el teatro le pareció oscuro, lleno de sombras surcadas por reflejos fugitivos, las cabezas que á su alrededor se agitaban las veia pálidas, desencajadas, como cabezas de espectros que se movian dentro de sus nichos; en el escenario distinguia una masa informe, sobre la cual corrian de una parte á otra figuras humanas negras, de ojos brillantes, armadas de aceros que resplandecian en la oscuridad como los rayos en las nubes; la orquesta gemia á la vez y tronaba, aullaba y rugia al mismo tiempo.

Volvió los ojos hácia la platea, y la luz que la iluminaba habia desaparecido; la aparicion se habia disipado: la platea estaba desierta como un sepulcro vacío.

Con mano trémula buscó su reloj y miró la esfera; eran las doce de la noche; acababa de entrar en los dominios del dia aciago. Era mártes.

V.

¡Mártes!... Esa fué la sombra que acabó de cubrir de

espanto la imaginacion de Martin. En el umbral tenebroso del dia de los desastres se le habia aparecido aquella mujer imprevista, que con la magia de su presencia y con el hechizo de su voz y con el magnetismo de su mirada, en un instante, como deslumbra el relámpago y hiere el rayo, habia encendido su sangre, subyugado sus sentidos y esclavizado su pensamiento.

Detras de la vision luminosa que llenaba sus ojos, ofreciéndole todas las delicias de la tierra, aparecia como un fantasma el dia de las catástrofes, el portador lúgubre de las horas aciagas... ¡el mártes! Era la muerte detras de la vida.

Martin se revolvia en su cama, cambiando á cada instante de postura en busca del sueño, que huia de sus párpados. Tenía delante la imágen de la mujer que habia visto en la platea, de la mujer que habia conmovido sus entrañas con el resplandor misterioso de una mirada lenta, profunda, inmensa. La veia flotar delante de sus ojos dejando descubrir al traves de los pliegues de su fantástico ropaje las vagas líneas de sus espléndidos contornos: la veia risueña, vaporosa, sumergida en la indolencia del más voluptuoso abandono. La sentia acercarse, oia los latidos de su corazon, percibia el calor de su aliento y respiraba el ambiente perfumado de sus rizos. Pero de pronto huia, y se alejaba hasta perderse en las profundidades de la oscuridad. Entónces la sombra del mártes lo rodeaba de tinieblas, y veia manos descarnadas, rostros cadavéricos que le arrojaban al pasar mudas carcajadas, veia esqueletos humanos que se abrazaban, danzando al compas de una música sin sonidos, distinguia

cuencas sin ojos, ojos sin mirada que lo cercaban, dando vueltas á su alrededor en torbellino silencioso; sentia en su frente el aire frio de aquella danza fúnebre, y sentia el crugir de los huesos de aquel cementerio animado.

Apretaba los párpados para huir del espectáculo que le perseguia, y dentro de sus propios ojos se encendian luces siniestras, llamas sin calor que cruzaban las tinieblas sin iluminarlas, vagando en el aire con la inquietud con que los fuegos fatuos vuelan sobre las sepulturas,

¡Pobre Martin! Alargaba, si se me permite decirlo así, la mano de su deseo para asir la mano que le tendia la imágen de su bella aparicion, y al cogerla se disipaba la perspectiva y se helaban sus dedos al tocar el espectro de su destino.

Y volvia la imágen con el fuego en los ojos y la sonrisa en los labios, y se disipaban sus terrores, tendia los brazos para estrecharla, y otra vez el espectro se interponia: siempre la imágen y siempre el espectro. Mil veces más horrible que el suplicio de Tántalo, el tormento de Martin era propio del infierno. Se le ofrecia el néctar del deleite en copa de oro, y al acercar los labios, la copa de oro se convertia en vaso fúnebre y el néctar resultaba amargo como la muerte.

Así pasó la noche, revolviéndose en la cama con la angustia del que despues de un letargo se despertára dentro del sepulcro. La luz de la mañana asomó tímidamente por las junturas de las maderas que cubrian los balcones de su dormitorio, y empezaron los objetos á tomar sus formas naturales: todo estaba en su sitio, ningun

desórden anunciaba las escenas que allí habian pasado. Martin lanzó un gran suspiro, entornó los párpados, y al fin se quedó dormido.

Durmió hasta muy tarde, y al despertarse miró á su alredededor con ojos extraviados, como si desconociese el lugar en que se hallaba. Sentóse sobre la cama, y apoyando el codo en la rodilla y la barba en el hueco de la mano, permaneció algunos minutos pensativo. No acertaba á darse cuenta de lo que habia presenciado durante la noche. Sus recuerdos le presentaban las cosas con cierta confusion, no querian darle cuenta exacta de lo que habia presenciado en el trascurso de unas cuantas horas.

Sacudiendo la cabeza para despertar á su memoria decia:

—Sí, yo la he visto, la estoy viendo ahora mismo. No es un sér fantástico que yo he imaginado. Tengo sus ojos clavados en los mios. Todo mi pensamiento está lleno de su belleza; el timbre de su voz resuena todavía en mis oidos.

Su mirada errante fué á fijarse en el calendario que pendia de la pared junto á su cama; el número de la fecha asomaba por la abertura recortada en blanco sobre el fondo negro del cuadro, y parecia un ojo que miraba. Más abajo otra abertura mayor semejante á una boca que se rie, dejaba ver en gruesos caractéres las letras que formaban el nombre del dia de la semana.

—Bueno—dijo asiendo el cordon de seda que caia sobre la cabecera de la cama.—Ya lo sé. Hoy es mártes.

Y tiró del cordon con tanta violencia, que la campanilla repiqueteó á lo léjos toda atribulada.

Su criado de confianza apareció á los pocos momentos, y sin detenerse se dirigió á un balcon y lo abrió de par en par, dejando que al traves de los cristales y de las cortinas entrára la luz de golpe, como entra en todas partes, franca y alegre. Martin no pudo soportar la intensidad de aquella claridad repentina, y tuvo que cerrar los ojos. Cuando pudo abrirlos, vió al criado que delante de la cama lo miraba de hito en hito.

—¿Qué miras?—le preguntó.

El criado se encogió de hombros por toda respuesta, y su señor le dijo:

—Ea, á vestirme.

Envuelto en su gran bata, dejó el dormitorio y pasó al tocador. Allí acudió á un espejo sin duda á preguntarse á sí mismo qué tal habia pasado la noche; el espejo no vaciló, y al punto le presentó su imágen... pero una imágen pálida, descompuesta, con la boca algo fruncida, y los ojos un tanto encendidos. Dejó el espejo con el gesto desabrido con que se deja á un amigo demasiado ingénuo, y pasó á un gabinete contiguo. Se acercó resueltamente á la mesa en que solia escribir, y sacando el cuaderno terrible en que anotaba las catástrofes de los mártes, tomó la pluma, y al pié de las últimas apuntaciones escribió lo siguiente:

«Mártes 15 de... de... Anoche la vi por primera vez, y despues de las doce desapareció. Aun puede sucederme otra desgracia: no volver á verla.»

Hecha esta anotacion, cerró el cuaderno y lo guardó en el cajon de la mesa, y como hombre á quien las ocupaciones no le asedian, dando vueltas entre los dedos á

los cordones de la bata, comenzó á pasearse de un extremo á otro del gabinete.

Este gabinete era un pequeño museo, y no era el arte el que habia escogido las obras que allí se ofrecian á la vista, porque en honor de la verdad, no podian tenerse por obras maestras; pero en cambio lo mismo los cuadros que las esculturas ostentaban tal desnudez de formas y de actitudes, que era preciso hacer un grande esfuerzo para mirarlas frente á frente. Si habia en aquellas obras algun arte debia ser el arte verdaderamente libre.

La mujer se veia repetida muchas veces.

Martin se detuvo delante de una de ellas, la contempló un instante y dijo:

— No; ésta no vale tanto.

Pasó á otra y le volvió la espalda diciendo:

—¡Bah!... no tiene ni su mirada ni su perfil.

En la tercera se fijó más atentamente exclamando:

—¡Oh! éstos son sus hombros, ésa es la expresion de su boca.

Paróse delante de otro cuadro, y se dijo á sí mismo.

— Esas son sus formas. Estoy seguro de ello. Esos ojos son los suyos, pardos, velados; pero les faltan á éstos aquella sombra que los hace inmensos.

Dió media vuelta, y siguió diciendo:

—¿Quién es esa mujer? Nadie la ha visto hasta ahora. ¿Cómo se llama? No se sabe. ¿Y qué me importa ni su nombre ni su familia? Es bella como una Vénus; es una aventura deliciosa; hé ahí todo. Aquel gigante horroroso, ¿será su marido? Bueno fuera. Entónces sí que podré decir: *Eureka*. Hasta ahora no me he reido más que

de hombres como los demas, y debe ser una delicia reirse de un gigante. Sí, esta noche volverá al teatro. ¡Demonio!—exclamó rascándose la cabeza.—¡Hoy es mártes! Bien—añadió—reflexionando—yo iré... y verémos.

Cuando el criado le sirvió el almuerzo, le encontró más animado, de mejor color y con buen apetito.

VI.

Era mártes, y este dia aciago no ofrecia los mejores auspicios para el éxito feliz de la aventura que á Martin se le venía á las manos. Haberla visto por primera vez como se ve la luz de un relámpago, y desaparecer ni más ni ménos que desaparece la decoracion de un teatro al sonar la primera hora del dia terrible significaba que el númen fatal que presidia las funestas horas del mártes se hallaba dispuesto á robarle la gloria de tan brillante conquista.

Así discurria Martin engalanando su persona por los diversos medios con que la moda embellece á los que ocultan los desperfectos del tiempo bajo el amparo de sus favores. Y, vamos, el espejo no se le mostraba tan severo como otras veces, y lo presentaba á sus propios ojos con veinte años ménos; y Martin al verse se creia realmente rejuvenecido, y más bello que en los dias primaverales de su verdadera juventud, que ya pasaron, so pretexto de que todo pasa en el mundo.

Se acicalaba con escrupuloso esmero, sin olvidar ningun detalle que pudiera realzar el atractivo, algo trasno-

chado ya de su persona; porque iba al teatro en busca de la aparicion que la noche ántes despertó en su alma un mundo de deseos, y cuyo solo recuerdo lo inundaba de delicias. Como digó, iba al teatro y queria á toda costa causar con su presencia un efecto decididamente favorable. Mas le acometia el temor de no encontrarla, y dando al lazo de su corbata toda la gracia posible, murmuraba entre dientes:

—No irá... es muy posible que no vaya. En mártes no sucede cosa buena. No irá y no la veré, y acaso no la vuelva á ver más en mi vida.

Acabó de vestirse, y se fué al teatro con el aire decidido del que va á jugar el todo por el todo. Entró, y sus ojos buscaron la platea; pero ¡oh, fatalidad de su destino! la platea estaba ocupada por las tres figuras de retablo que ya conocemos: la jamona gruesa y morena, la niña enfermiza y el señor canoso. Martin se instaló en su butaca desesperado, y hundiéndose en ella decia por lo bajo:

—¡Mártes maldito! ¡Dia siempre aciago!

Consolóse, sin embargo, con la idea de una empresa digna de su vida ociosa, y se juró á sí mismo buscarla hasta en el centro de la tierra. Todos los dias no son mártes. Tan oportuna consideracion reanimó su espíritu, y comenzó á hojear aquel álbum de cabezas humanas que el teatro le presentaba por todas partes.

Sus miradas iban de un punto á otro como mariposas que no encuentran donde detenerse, cuando advirtió unos gemelos tenazmente asestados hácia el lugar que él ocupaba, desde el fondo de un palco principal que tenía á su

espalda. Sin duda él era el objeto en que se hallaban fijos los gemelos; tomó los suyos, los puso á la altura de los ojos y, digámoslo así, los lanzó al palco. Y ¡oh prodigio inaudito de su fortuna! detras de los gemelos del palco estaba *ella*, ella misma, la aparicion, rodeada de todos los esplendores de su belleza. Martin experimentó la locura del contento. La veia, y no era eso sólo, sino que ella tambien lo miraba.

Los actos de la ópera le parecian interminables y los entreactos demasiado breves, porque en los intermedios se ponia de pié para dejarle ver toda la gallardía de su persona, al mismo tiempo que al través de los gemelos se deshacia contemplándola. Ella hacía tambien frecuente uso de los suyos, y siempre iban á detenerse en Martin, de manera que unos y otros gemelos se apuntaban mutuamente como dos baterías que se hacen fuego.

¡Qué noche!... Para Martin fué la más deliciosa de su vida. Alguna vez tropezaban sus ojos con la monstruosa cabeza del gigante, y entónces cambiaba cautelosamente la direccion de sus miradas. Antes que el telon cayera en el último acto, abandonó la butaca y fué á tomar posiciones al pié de la escalera por donde debia bajar la bella mujer que decididamente se habia hecho dueña de su pensamiento.

Allí la esperaba, y despues de un siglo de impaciencia la vió aparecer en la última meseta de la escalera. Bajaba envuelta en un abrigo de pieles, casi oculto el semblante; pero Martin devoró con los ojos su frente tersa y brillante, donde se reflejaba la luz del gas que alumbraba la escalera. Sobre la blancura de la frente se

erguian, si es posible decirlo así, dos cejas aterciopeladas, rigorosamente dibujadas; debajo resplandecian sus ojos pardos velados por una sombra extensa que llenaba de ardientes misterios sus miradas; la estatura era majestuosa, el aire era espléndido; bajo la amplitud del abrigo se adivinaba un talle soberano, y bajo las ondas del vestido asomaba, en el movimiento de los pasos, la punta de un pié que debia ser un prodigio.

Martin recogió todos estos detalles con la avidez con que un ejército victorioso recoge el botin de la batalla.

Pasó junto á él, y le hizo respirar el perfume de su ropaje, le dirigió una mirada fugitiva, le dejó ver una sonrisa y se perdió entre la multitud que salia del teatro con el mismo afan con que habia entrado.

Trastornado Martin con la embriaguez de su triunfo, quiso seguirla; pero una oleada de gente se interpuso, y luchó inútilmente por abrirse paso. Al perderla de vista, la voz del gigante, más dura que el bronce, pronunció estas palabras.

—Aurora, mañana irémos á la Zarzuela.

Maldiciendo Martin al género humano, que le impedia seguirla, exclamaba:

—¡Ah, se llama Aurora! ¡Qué nombre!

Cuando salió á la calle, la aparicion se habia desvanecido. Bueno; pero á la noche siguiente volverian á verse en la Zarzuela. El gigante con su voz estentórea le habia dado la consigna, y esta feliz circunstancia le hizo creer que aquel salvaje era el marido de Aurora.

Ya sabía cómo se llamaba; sus ojos se habian puesto en mutua inteligencia, ¿qué más podia apetecer su deseo?

De esta manera trascurrieron algunos dias, viéndose todas las noches, ya en un teatro, ya en otro, porque siempre habia un medio indirecto, casual, de darse la cita para la noche siguiente.

¿Dónde vivia? Martin lo ignoraba. Pero bien; era preciso contener los ímpetus de su impaciencia, porque el gigante debia ser celoso como un turco y convenia mucho andar con piés de plomo. Hasta entónces no se habia pasado de miradas y de sonrisas. Esto era poco. Un billete diestramente puesto en sus manos completaba el éxito de la aventura.

En los vestíbulos de los teatros se venden ramilletes de flores, y hay muchachas frescas y sonrosadas muy diestras en este comercio. En un ramillete que pagó el gigante fué á manos de Aurora el billete de Martin, que sólo contenia estas palabras:

«Te adoro.»

La respuesta se hizo esperar dos dias eternos, al cabo de los que la florista, agradecida á las propinas de Martin, le regaló una rosa magnífica. Dentro de ella encontró un papel mil veces doblado, y dentro del papel unas letras diminutas que decian:

«¡Y yo! ¡Dios mio!»

Martin leia y releia esas dos exclamaciones, y, semejante á un chiquillo que ha encontrado el juguete que buscaba, daba saltos de alegría dentro de su cuarto. ¡Las flores eran sus mutuas mensajeras! Todo ¡qué poético!

A las miradas y á las sonrisas se habian añadido los billetes; faltaba, pues, una entrevista, una cita en que los dos pudieran decirse lo que callaban.

El plan que se urdia en su cabeza no exigia grandes combinaciones : estaba reducido al recurso más elemental del arte. ¿No podria Aurora disponer libremente de una hora? Pues entónces negocio concluido.

Sin más reflexiones, sentóse delante de la mesa, cogió un plieguecillo de papel fino como la seda y azulado como el agua, y empezó á escribir lentamente como el que piensa mucho lo que escribe

VII.

En esa delicada tarea fué interrumpido por la presencia de su criado, que entrando silenciosamente le puso una tarjeta delante de los ojos. Miróla, y leyó en ella:

«*Leon Goliat.*»

Este nombre le era enteramente desconocido, y en vano registró el archivo de su memoria, porque jamas habia oido pronunciarlo.

— Bien — dijo — que pase.

Y arrojando la tarjeta sobre el mármol de la chimenea, se adelantó hácia la puerta, con ánimo resuelto de despachar pronto aquella visita impertinente.

No esperó mucho tiempo, pues á los pocos momentos el cortinaje que cubria la puerta se agitó de manera que parecia que iba á venirse abajo, y en el instante mismo asomó una cabeza enorme y luégo un cuerpo formidable, cuyos brazos hercúleos podian muy bien tocar con la mano en el techo.

Martin retrocedió espantado: tenía ante sus ojos al gigante de la platea, al monstruo del palco. ¡Demonio! al marido descomunal de Aurora, que se inclinó cortesmente como una montaña que va á desplomarse, sonriendo del mismo modo que enseñan los perros los dientes un momento ántes de clavarlos.

—Caballero....—balbuceó Martin, inclinándose á su vez con profunda cortesía.

Abrió el gigante la tremenda boca, y con voz semejante al trueno que retumba en una caverna, le dijo:

— Perdone V., amigo mio, que me presente en su casa con tanta franqueza, pero hay circunstancias que obligan á prescindir de ciertas formalidades. Y ¡qué diablo! dos hombres de honor se entienden fácilmente, y pronto despachan sus asuntos.

No cabia duda de que el marido venía á suscitar una conversacion siempre enojosa y, en aquel caso, terrible. Sin embargo, Martin dominó el temblor que bullia por todo su cuerpo; fingió cierta serenidad de que no era dueño, y se inclinó por segunda vez diciendo:

— Sea el que quiera el asunto que me proporciona el honor de esta visita, me creo obligado á suplicarle que tome asiento.

— ¡Ajajá!— exclamó el gigante, haciendo crujir una butaca bajo su peso.— Sí; es una excelente idea la que á V. le ha ocurrido, y aprovecho con mi habitual franqueza su oportuno ofrecimiento.

Martin acercó otra butaca á la chimenea, avivó el fuego, porque sentia un frio mortal, y con bastante aplomo se sentó frente á frente de su terrible enemigo.

Cualquiera que los hubiese visto habria comprendido que el gigante era el juez y Martin el reo.

Tosió el primero con cavernosa violencia, y queriendo inútilmente dulcificar la aspereza de su acento, se dirigió á Martin diciéndole:

—No nos engañemos. Usted es un hombre de mundo; conoce V. perfectamente los resortes que ponen en movimiento el corazon de las mujeres. Es un privilegio que no todos alcanzan. Sí, privilegio que debe hacer la vida muy agradable; mas ¡qué diablura! eso suele tener tambien sus quiebras. ¿Me comprende V.?

Demasiado lo comprendia Martin, pero no estaba en el caso de darse por entendido. Si aquel hombre era la fuerza brutal que aplasta, él sería la astucia que huye el cuerpo.

Contra las bárbaras pretensiones de su adversario opondria siempre una negativa terminante. No era cosa de dejarse aniquilar por aquel monstruo sin más razon de su parte que la de tener celos.

Así es que frunció la boca, se encogió de hombros, arqueó las cejas y le contestó sencillamente:

—No comprendo.

Echó atras el gigante la cabeza, como el leon pronto á lanzarse sobre su presa. Este movimiento hizo que la melena que la cubria apartára sus ásperos rizos de color de cobre, descubriendo una frente llena de tempestades, sus ojos redondos como los de los gatos se clavaron en el rostro de Martin como dos saetas, ante cuya mirada el seductor, aterrado, creyó que no se hallaba en presencia de un sér humano.

La tempestad que se le venía encima estalló en una carcajada que hizo temblar el pavimento.

—Bueno —rugió el monstruo —és lo mismo. Creí que mi aspecto afable inspiraria á V. más confianza, y que nos entenderíamos á media palabra. No es así. Se niega V. á reconocer el mérito que lo adorna... Modestia, pura modestia, que no vacilo en reconocer. Sin embargo, será preciso que prescindamos de ella. Vamos á cuentas: usted ha conseguido un gran triunfo.

—¡Triunfo!—exclamó Martin.

—¡Rayos del infierno!—añadió el gigante. —Un triunfo completo.

—Lo ignoro—replicó Martin atribulado.

—¿Sí?—le preguntó el monstruo.

—Sí—le contestó.

Dando una tremenda puñada sobre el brazo de la butaca, la voz del gigante tronó diciendo:

—Que los demonios me lleven en cuerpo y alma si no lo veo yo á V. todas las noches en el teatro.

—Es posible—se apresuró á replicar Martin.—Yo frecuento los teatros, y si V. tambien los frecuenta, nada más natural que me haya visto algunas veces.

Con esta observacion creyó que habia parado el golpe; mas su adversario insistió exclamando:

—¡Algunas! No, muchas, todas. Convengo en que nada tiene de particular que se vean las personas que se reunen en los teatros si no son ciegos; por eso lo he visto yo á V., porque yo lo veo todo, las miradas que se cruzan, las sonrisas que se cambian, los gemelos que se buscan, los encuentros que se vienen á la mano al salir

del palco, al pié de la escalera, en la puerta, al subir al coche. ¿Me va V. ya comprendiendo?

—Esos datos—dijo Martin—pueden ser imaginarios; pueden ser sospechosos á ojos demasiado suspicaces; pero que bien medidos y bien pesados nada positivo atestiguan, nada dicen; nada prueban.

—¡Nada!—repitió Goliat apretando los puños.—¡Nada! y hay una mujer que enloquece, un alma encendida por el fuego de una pasion incurable, que suspira, que sueña, que se muere, porque lleva grabada en su corazon la imágen del hombre que tengo delante.

Martin lo oyó sin pestañear, y pidiendo permiso al terror que lo dominaba, paladeó por un momento el placer de su triunfo. Aurora era suya, suyas sus miradas, suyas sus sonrisas, suyos sus suspiros, y suyo su pensamiento. En aquel instante la veia más bella, más deslumbradora que nunca. Pero de la misma manera que el vidrio se quiebra al chocar con el bronce, la perspectiva de aquella satisfaccion deliciosa se rompia en su imaginacion al encontrarse en presencia de Goliat. Se mordió los labios y le dijo:

—Todo eso es algo fantástico. En las novelas sentimentales se suelen ver esas pasiones quiméricas, que en el mundo no existen. De todos modos yo me atrevo á preguntar, ¿cuál es mi culpa?

Pronunció estas palabras encogiéndose dentro de la butaca como si sintiera ya silbar el rayo sobre su cabeza. Pero no; la fiera, en vez de rugir, entreabrió los labios para sonreirse.

—Juro—exclamó—que pára V. los golpes con bas-

tante destreza, y voy á dirigirle el último : es una estocada maestra que no tiene quite. Ea, en guardia: Aurora posee un medallon de oro; anoche la sorprendí besándolo; poco despues se quedó dormida junto á la chimenea, me acerqué, abrí el medallon, que colgaba de su garganta, y encontré un papel fino y azulado... Este — añadió presentándoselo. — Véalo usted, y téngase por muerto.

Tomó Martin el papel que el gigante le metia por los ojos y pronto lo reconoció : era su primer billete, aquel en que le decia : «Yo te amo.»

El miedo tiene tambien su audacia y el terror su heroismo. Martin hizo un esfuerzo supremo, y devolvió el papel despues de haberlo examinado, diciendo:

— Este documento es enteramente anónimo ; no prueba nada, carece de fecha y de firma.

Goliat se puso de pié y dió una vuelta sobre sí mismo, como si él hubiese recibido el golpe que acababa de asestar á su adversario. Se rascó la frente de tal modo, que habria hecho saltar la sangre en otra cabeza ménos dura que la suya. Sus ojos iluminados por un resplandor siniestro, lanzaron la mirada sobre la mesa. Allí estaba el papel fino y azulado en que pocos momentos ántes habia trazado Martin algunos renglones, y arrojándose sobre la mesa cogió el papel y leyó lo escrito exclamando:

— ¡Soberbio! Aquí se propone una cita... ¿á quién?... no lo dice. Pero... qué importa... es el mismo papel, la misma tinta, la misma letra. ¡Ah! mi estocada ha sido segura.

Y tan segura, Martin la sintió hundirse en su corazon

y helar su sangre. No tenía salida; estaba perdido; más aún, estaba muerto, y el espectro del mártes se levantó del fondo de su memoria como una vision horrenda.

VIII.

En buena se habia metido el héroe de tantas aventuras afortunadas. Se hallaba en la boca del leon, y era evidente que la fiera no soltaria la presa. Creia oir el crujido de sus propios huesos al romperse entre los dientes del monstruo.

Goliat, de pié, con los brazos tendidos, le ponia delante de los ojos los billetes acusadores; Martin, sepultado en la butaca, pálido y trémulo, guardaba el silencio de la muerte. Ya no eran el juez y el reo, sino más bien el verdugo y la víctima, la mosca cogida en la tela de la araña, el raton entre las uñas del gato.

La solucion del terrible trance se presentaba con claridad espantosa. Goliat exigiria una satisfaccion completa, proponiendo un duelo horroroso: quedaba el recurso de no admitirlo; recurso inútil, porque el gigante levantaria el brazo, y el infeliz Martin moriria aplastado bajo el peso de una sola puñada. La muerte se le presentaba fria, descarnada, implacable.

Hubo algunos momentos de silencio que hacian más pavorosa la situacion de la víctima. Eran esos instantes de calma y de silencio que preceden á las grandes catástrofes; ese mudo horror en que cae la naturaleza ántes de estallar el furor de las tempestades.

Goliat guardó en su bolsillo los billetes que tenía en la mano, y tomando el silencio de Martin por una confesion terminante, volvió á sentarse diciendo:

—¡Demonio! al fin nos hemos entendido.

Articuló estas palabras dando á su semblante la serenidad que permitia el conjunto borrascoso de sus facciones, y respiró con ímpetu, dejando sentir la primera ráfaga del huracan que se agitaba en su pecho. Despues dijo tranquilamente:

— Por mi parte no me opongo á que conserve V. hácia Aurora toda la pasion que ha sabido inspirarle, ni veo inconveniente ninguno en que ella le dedique á usted todos sus deseos y todos sus pensamientos.

Martin abrió los ojos ni más ni ménos que si quisiera ver lo que oia; y el gigante añadió:

— Pero se trata del honor de una mujer que lleva el nombre de mi familia, y juro por todo el fuego del infierno que en ese punto no cedo un paso, ni un dedo, ni una línea. ¡Demonio! Los curiosos están ya en el secreto de esa amorosa inteligencia, y el honor de Aurora va y viene de lengua en lengua. Tratándose de un seductor tan afortunado como V., ¿cómo hacer creer á los maliciosos que la cosa no ha pasado de miradas, de sonrisas, de suspiros? ¡Ah! no... mil veces no. Si Aurora fuese mi mujer, que el infierno me trague diez veces seguidas si no estaba ya diez veces estrangulada.

Aquí no fueron los ojos solamente sino tambien la boca la que Martin abrió de par en par, presentando al gigante la fisonomía completamente estúpida. Este hizo una mueca horrible, y siguió diciendo:

— A la mujer propia que se le vuela el frasco con el primer pisaverde que se le viene á los ojos, se la estrangula sin más consideracion que la de cogerla bien por la garganta para que acabe pronto; pero tratándose de una hermana, ya es otra cosa.

¡Qué diablos decia esta montaña humana! ¿No era marido de Aurora? ¿Era su hermano? Eso acababa de decir claramente. Martin se atrevió á respirar, porque al fin y al cabo un hermano no es tan temible como un marido.

— Con una hermana —prosiguió Goliat — hay que proceder de otro manera. Ante todo se busca al seductor aunque sea en el centro de la tierra y se le mata, como se mata á una mosca impertinente ó á una araña venenosa. En cuanto á ella, se la encierra por toda su vida, dejándola en libertad de que dirija sus ardientes miradas y sus tiernos suspiros á las cuatro partes del mundo por conducto de las cuatro paredes de su encierro.

La naturalidad con que exponia su plan, daba claros indicios de que lo tenía por sumamente sencillo, al mismo tiempo que la energía brutal de su rostro y la dureza de sus puños atestiguaban cuán fácil le sería ejecutarlo en todas sus partes.

Sin embargo, Martin debió sentir algun aliento, porque incorporándose como el que vuelve en sí, quiso pronunciar algunas palabras que no llegaron á salir de sus labios en razon á que el gigante lo contuvo, diciéndole:

— Poco á poco, que áun no he concluido. Pudiera suceder que los dos amantes convinieran en unirse para

siempre, y en tal caso, libre de toda sospecha el honor de mi nombre, me resignaria á lavarme las manos.

Dicho esto, se arellanó en la butaca, y se puso á mirar al techo con la indiferencia del que lo mismo le da á cuestas que al hombro.

Por su parte Martin vió algo semejante á un rayo de luz; algo como una tabla en medio del horror del naufragio. Su situacion tomaba un aspecto ménos terrible. Eso sí, se le presentaba un matrimonio en perspectiva; mas por lo ménos ganaria tiempo, y ganar tiempo podia ser ganarlo todo. Por lo demas, Aurora era el encanto de sus sentidos. Sentia que el alma le volvia al cuerpo. Aquello era ya otra cosa; equivalia á nacer de nuevo, á resucitar, á salir del sepulcro. Respiró, pues, con toda la amplitud de sus pulmones, animó la desconcertada expresion de su rostro y dijo:

—Siempre es respetable el honor de una mujer. Confieso que esa bella criatura ha cautivado mi pensamiento, y no puedo negar que la he mirado muchas veces. Nos trataremos, y si consigo fijar su corazon, nos unirémos para siempre y serémos felices.

Goliat no pudo contenerse y soltó la carcajada, carcajada que hizo crujir los cristales de la habitacion. Luégo serenando el ímpetu de su hilaridad, replicó diciendo.

—No, no es posible aventurar á la inconstancia de los afectos humanos el honor de una familia, y sobre todo el honor de mi nombre. Ella está perdidamente enamorada. Perfectamente; pero ¿quien me responde de usted? ¿Quién me asegura de la volubilidad de un hombre

corrido en las aventuras del mundo? Hoy bien ; pero ¿y mañana? La belleza que se nos mete por los ojos, al fin nos cansa. No hay nada más insoportable que una mujer enamorada. Usted acabará por aburrirse, por desesperárse, y yo habré perdido un tiempo precioso. No admito dilacion ninguna; aquí es preciso que dejemos terminado este asunto.

—¡Cómo!—exclamó Martin asombrado.

—Es muy sencillo—contestó al golpe.—Yo soy un hombre muy razonable. En materias de honor preveo todas las contingencias, y no doy más que pasos en firme. Vamos á acabar de entendernos.

Y diciendo y haciendo, sacó del fondo del gaban en que iba envuelto un pliego que desdobló, poniéndoselo á Martin delante de los ojos.

—¿Qué contiene ese papel?—preguntó éste mirando al gigante con ojos atónitos.

—Nada—le dijo—una simple escritura de esponsales, un contrato matrimonial; ni más ni ménos.

Y volviéndose hácia la mesa, colocó sobre ella la escritura, y puesto de pié con solemnidad salvaje, pronunció estas palabras :

—Ahora, no hay más que elegir : la pluma ó la espada, una firma ó un duelo.

El terror de una muerte segura y la bella imágen de Aurora se apoderaron inmediatamente de la imaginacion de Martin. Sintió como un vértigo que trastornaba sus ideas. Veia á sus piés la profundidad de un abismo insondable, y sobre su cabeza la mano blanca, fina y suave que Aurora le tendia. Se levantó impelido por una fuer-

za desconocida que invadia su sér; se acercó á la mesa, cogió la pluma y firmó al pié del contrato. Al alzar la mirada se encontró con los ojos del monstruo que chispeaban como una fragua, la boca se retorcia sobre sí misma en una mueca espantosa, y sus miembros descomunales crecian como una sombra gigantesca, que extendiéndose por toda la estancia la iba cubriendo de tinieblas. Los ojos de Martin vacilaron, perdieron la mirada, no veian más que oscuridades.

La voz de Goliat retumbaba en sus oidos como el rumor de la tempestad que se aleja; le oia decir:

—Bueno... el matrimonio; yo habria preferido el duelo; pero es lo mismo. ¿Qué más da? Entre la muerte y el sepulcro no hay gran diferencia.

Y el aire temblaba agitado por la risa del gigante.

Despues todo quedó en silencio.

Poco á poco se fueron disipando aquellas tinieblas que habian embargado sus pupilas, y como si abriera los ojos, empezó á sentir primero los reflejos de la luz, luégo la luz misma.

Tendió maquinalmente las manos para recoger el contrato que acababa de firmar, y el contrato ya no estaba sobre la mesa.

Miró á su alrededor, y se encontró solo.

Tambien el gigante habia desaparecido.

IX.

Sobre el cuaderno de las apuntaciones tenebrosas te-

nía Martin inclinada la cabeza, leyendo atentamente estos renglones:

«Mártes 15 de... de... Anoche la vi por primera vez, y despues de las doce desapareció... Aun puede sucederme otra desgracia: no volver á verla.»

Despues de leer muchas veces esas líneas trazadas por su mano, cogió una pluma y al pié de ellas añadió lo siguiente:

«La volví á ver... la he visto muchas veces, siempre en el teatro y siempre hermosa. Nos entendiamos con miradas, nos hablábamos con sonrisas, y las flores eran las mensajeras de nuestros billetes... ¡Qué delirio! Pero ¡ah! esta belleza encantadora, como las doncellas encantadas de los cuentos, vive bajo el poder de un gigante que la guarda—y el bárbaro me ha puesto en la atroz alternativa de morir ó casarme.—¡Yo marido! esto va á ser increible, yo mismo no lo creo, y sin embargo, nada más cierto. El monstruo no tardará en venir á buscarme para llevarme al sacrificio, porque esta noche me caso.—¡Esta noche... y hoy es mártes!...—Si Aurora no fuese tan bella tendria valor para huir, me esconderiá en el último rincon de la tierra, llegaria hasta el suicidio; mas arde mi sangre en el fuego de sus encantos, mis sentidos están llenos de su ardiente belleza. Tengo la copa en los labios y quiero apurarla hasta el fondo. Mi reloj me dice que son las diez de la noche; á las once vendrá á buscarme el monstruo; iré. Aurora me espera y hasta despues de las doce no nos casarémos. Aquí se halla todo dispuesto para recibirla: el tálamo nupcial es digno de ella. Bien, seré marido; es la catástrofe que me reservaba el mártes.»

Al llegar aquí se detuvo, porque el estrépito de un coche que se acercaba hizo temblar las paredes de su cuarto y crujir los cristales de los balcones. El estrépito cesó de repente, porque el coche se habia detenido delante de la casa.

—¡Diablo!—exclamó Martin.—¡Tan pronto no es posible!... Acaban de dar las diez...

En esto el criado entró á decirle que un coche lo esperaba á la puerta.

Miró el reloj y dijo:

—¡Las once ya!... ¡Hace un instante eran las diez! ¡Oh! ¡cómo vuela el tiempo!... ¡Qué puntual es ese salvaje!

Se envolvió en un abrigo, y poniéndose los guantes dió algunas órdenes al criado y bajó la escalera.

En la puerta encontró una berlina inmensa cuya portezuela al verle se abrió sola. Entró, y en ella estaba Goliat; se saludaron y partió el coche como una centella.

Al traves del vidrio, empañado por el frio de la noche, veia Martin desaparecer por las aceras á los transeuntes, que se desvanecian como sombras, y huir las luces que alumbraban las calles, como relámpagos que pasaban empujándose unos á otros; al mismo tiempo que las ruedas de la berlina, retumbando sobre el empedrado, formaban un estrépito infernal parecido al de muchos truenos que estallan á la vez; los muelles crujian, los vidrios rechinaban, la caja del coche saltaba sobre sí misma, bamboleándose ni más ni ménos que si se viera á un mismo tiempo sacudida por dos fuerzas contrarias, y los caballos volaban como un torbellino, cruzando calles, doblando esquinas en laberinto interminable.

Pronto perdió Martin el itinerario y llegó á no saber en dónde se hallaba, creyendo que corria por las calles fantásticas de una ciudad desconocida. Era la primera vez que iba á la casa de su bella Aurora; algunos minutos más y penetraria en el misterioso asilo en que habitaba. Y ¡quién sabe! acaso viviria en un castillo encantado construido sobre las nubes ó abierto en el seno de las rocas. Martin no creia en el mundo sobrenatural, pero tratándose de Aurora todo se le presentaba con caractéres extraordinarios.

Entre tanto los caballos corrian como locos que han perdido el camino, y segun la cuenta de Martin, habia tiempo ya para haber llegado al fin del mundo.

La voz del gigante, dominando el estrépito del coche, lo sacó de sus reflexiones con estas palabras:

—He dispuesto la boda como conviene á un hombre de mundo. Los tontos hacen estas cosas con demasiado estrépito; pero el hombre que ha recorrido con mano maestra todo el diapason de las aventuras amorosas, debe casarse modestamente. Bueno que el sol brille cuando sale, pero debe oscurecerse cuando se pone. Las bodas escandalosas siempre llevan en pos de sí algun escándalo. Por otra parte, al mundo, que todo quiere saberlo, que parece el tercero de todas las bodas, es un gusto decirle: me caso y no lo sabes. Será un placer para mi oir mañana las murmuraciones de los desocupados: dirá uno: «¡Oh! Martin mira mucho á Aurora», y entónces yo le taparé la boca con el reves de la mano, replicándole: «Caballero, es su marido.» Es una excelente manera de dar parte de un matrimonio.

Al terminar la última palabra de este discurso, el coche hizo alto delante de una puerta que se abrió rechinando. Se apeó el gigante y Martin lo siguió: se hallaban en el extremo de una calle oscura y silenciosa. Martin estaba seguro de no haberla pisado nunca; parecia la calle de una ciudad desierta.

Detras de la puerta se hallaba el vestíbulo tristemente iluminado por la luz que se escapaba del hueco de la escalera. Penetraron en la casa y subieron algunos escalones, miéntras Goliat decia:

—Nadie creerá que aquí se enciende esta noche la antorcha de Himeneo, y que el amor más puro y más tierno va á unir para siempre dos corazones llenos de esperanzas.

Acentuó sus palabras con una sonrisa que á Martin le pareció diabólica, por que más que sonrisa era una mueca.

La primera puerta que se encontraba en la escalera era la que buscaban. Se abrió sin necesidad de que llamáran y entraron en un pasillo sombrío. En él dejó Martin su abrigo, y á los pocos pasos se halló en un salon algo desmantelado; la desnudez de las paredes y la claridad de los muebles indicaban que no era aquella pieza del uso habitual de la familia: sin duda se habria elegido para dar más solemnidad á la ceremonia. Una sola lámpara dejaba caer su luz mortecina, y la sombra del platillo que la sostenia se proyectaba sobre el pavimento, semejante á una araña enorme que oscilaba y se extendia hasta tocar las paredes.

Tres personas distinguió Martin al entrar en el salon, que conversaban paseándose de un extremo á otro. Iban

rigorosamente vestidas de negro, y las tres parecian cortadas por una misma tijera: las tres eran estrechas de hombros y largas de piernas. Al ver al novio se detuvieron y al mismo tiempo las tres como movidas por un resorte, se inclinaron en ceremoniosa cortesía. Martin creyó que al encorvarse las tres, se habian guiñado los ojos.

Sintió el frio del salon en los huesos, y se dirigió á la chimenea que ardia en uno de los extremos. Allí, al amor de la lumbre, encontró al sacerdote que habia de casarlos. Leia tan atentamente en su breviario, que no reparó en Martin, cuyo semblante no expresaba por cierto ni satisfaccion ni regocijo. Al contrario, estaba pálido y triste.

Una nube de extraños pensamientos flotaba en su imaginacion llenándola de sombras. Aquellas paredes desiertas, aquel salon helado, aquella luz moribunda, aquellas tres figuras grotescas, no formaban por cierto la más risueña perspectiva. Hasta el fuego de la chimenea le quemaba sin calentarlo. Todo parecia que se burlaba de su dicha en el momento en que iba á cogerla.

Miró el reloj que llevaba en el bolsillo, creyendo que debia ser muy tarde. Por su cuenta debia de estar ya allí un siglo. Pero no pudo saberlo porque su reloj estaba parado.

Esperó, devorado su espíritu por sordas inquietudes, y estuvo á punto de maldecir la boda que iba á consumar.

De pronto doce campanadas que sonaron en una habitacion contigua le anunciaron las doce de la noche, y respiró. Al mismo tiempo se abrió una puerta que debia conducir al interior de la casa y por ella entró el gigante;

detras apareció la señora que habia visto siempre con la que iba á ser la inseparable compañera de su vida, y apoyada en su brazo vió, en fin, á Aurora.

Al traves del velo que la cubria distinguió con toda la claridad de su deseo la frente tersa, los rizos castaños, las cejas admirables, la púrpura de sus labios, la dulce palidez de sus mejillas y la sombra misteriosa de aquellos ojos cuyas miradas le hacian estremecerse. A pesar del velo la vió como la habia visto siempre, bella, ideal, irresistible.

Asió su mano y las dos manos temblaron al encontrarse.

Terminada la ceremonia empezaron los plácemes. El sacerdote fué el primero que se despidió saludando con grave tristeza. Despues los testigos estrecharon la mano del novio y desaparecieron; luégo el gigante lo abrazó y se fué. Martin se quedó sólo.

Aurora habia ido á despojarse del velo nupcial, y envuelta en un abrigo de pieles y echado sobre el rostro el velo del sombrero, entró en el salon diciendo:

—Martin... soy tuya.

—¡Mia para siempre!—exclamó recibiéndola en sus brazos.—Pero salgamos de aquí; hace un frio horroroso.

En la puerta los esperaba el coche; los caballos humeaban como dos antorchas recien apagadas.—Entraron en el coche y partieron los caballos.

Al pasar por la Puerta del Sol miró Martin la esfera del reloj y vió con espanto que entónces daban las doce.

X.

Una de dos: ó el gran reloj de la Puerta del Sol, con sus tres esferas y con toda la perfeccion de su máquina estaba loco, como puede estarlo cualquier simple mortal, ó el dichoso Martin se encontraba al cabo en la desventura de haberse casado en mártes. Semejante duda cayó como un jarro de agua fria sobre los primeros hervores de su dicha.

Así es que apénas entró en su casa condujo á la preciosa mitad de su vida á las habitaciones que de antemano le tenía preparadas, y con la otra mitad se dirigió á su cuarto á consultar acerca de los futuros destinos de su nueva existencia con el oráculo de su reloj favorito.

Este reloj descansaba sobre el mármol de la chimenea graciosamente sostenido por dos *Amores* de bronce, detras de los que se levantaba la figura del *Tiempo*, descarnada y decrépita. La máquina latia con su *tic tac* acompasado, que parecia querer decir: «Yo tengo tranquila la conciencia.» Por su parte las agujas, casi juntas, señalaban en la esfera las doce y cinco minutos en punto. ¡Ah! las esferas de la Puerta del Sol no habian perdido el juicio! ¿Cómo era aquello?

Sin acordarse de que su reloj de bolsillo estaba parado, acudió á él y encontró que andaba, sintiendo entre sus dedos las palpitaciones del volante: la *manecilla* de oro apuntaba muy tranquilamente las doce y cuatro minutos.

¡No era posible! Salió de su casa á las once, oyó las doce en la casa del gigante ántes de unirse á Aurora para siempre. Por el tiempo trascurrido, que le parecia un siglo, debia ser ya lo ménos la una y media. ¿Cómo, pues, eran las doce? Tan juiciosas reflexiones no tenian bastante fuerza para convencer la terquedad de los relojes, pues ambos, igualmente imperturbables, seguian marcando la misma hora, con la sola diferencia de un minuto. ¡Qué diabólico trastorno habia hecho retroceder al tiempo! ¡Qué burla cruel era aquella que oscurecia con fatídicos augurios los primeros instantes de su boda! Pero bien; ¡qué desastre se le anunciaba! ¡Oh! sí; tendria que defender la belleza de Aurora contra todas las seducciones de los hombres. Bueno: la encerraria en el más oculto rincon de la tierra para que nadie pudiese robarle el deleite de poseerla.

Entre tanto Aurora lo esperaba probablemente en el tocador, donde los espejos codiciosos repetirian su imágen, ávidos de contenerla: la luz suave y brillante de la lámpara y el reflejo de los candelabros la iluminarian, haciendo resplandecer todos los detalles. Los rizos sueltos, la mirada medio oculta bajo la sombra de los párpados, los labios húmedos y encendidos; una bata mal ceñida, dejando al capricho dibujar bajo las ondulaciones de los pliegues las correctas formas de su figura. Allí estaria esperándolo con el pecho hinchado por los suspiros y la boca llena de dulces palabras. Martin la descubria ántes de verla negligentemente reclinada sobre los cojines del divan, pronunciando su nombre con tierna impaciencia.

Esta vision deslumbradora invadió su pensamiento de la misma manera que la luz repentina del relámpago invade los ojos, y volviendo la espalda al reloj obstinado en marcar las doce de la noche, salió en busca de la Aurora que en aquel momento iluminaba, mejor dicho, encendia los horizontes de sus deseos.

Halló entornada la puerta del tocador y se detuvo; el resplandor que se escapaba por las maderas misteriosamente entreabiertas, anunciaba una claridad tímida y macilenta, como si la lámpara estuviese á media luz y las bombas de los candelabros se hubiesen extinguido. Tocó suavemente á la puerta, y la voz de Aurora exclamó:

—¡Ah! entra.

Penetró Martin en el tocador, y encontró á Aurora entretenida en apurar una taza de thé.

—Es mi costumbre—le dijo ella.—Hace muchos años que el thé es mi bebida favorita. Ahora—añadió sacudiendo los rizos que coronaban su cabeza—sin thé y sin tí me sería la vida insoportable.

—Sin embargo—replicó Martin sentándose indolentemente en el taburete en que ella apoyaba sus piés—eres muy cruel conmigo.

—¡Cruel! ¿Por qué?—le preguntó.

—¿No lo adivinas? ¡Oh!—exclamó;—eso es más cruel todavía.

—No adivino...—dijo Aurora encogiéndose de hombros.

Los ojos de entrambos se encontraron, y Martin tuvo que bajar los suyos al mismo tiempo que decia:

—Esta luz es demasiado oscura; no te veo bien. ¿Por qué te escondes á mis miradas? Yo quiero verte en toda la plenitud de tu belleza.

—¡Loco! ¡loco!—exclamó Aurora.—El misterio todo lo embellece. No pretendas romper la perspectiva que te encanta. Si disfrutas el placer de un sueño delicioso, sigue soñando, no te despiertes, porque la realidad puede ser dura, puede ser horrible.

El acento con que pronunció estas palabras vibró en los oidos de Martin de un modo particular. Sin perder toda la dulzura de su timbre dejaba percibir notas ásperas, modulaciones desapacibles; no parecia la voz de Aurora la que hablaba.

—Luz—dijo Martin—quiero más luz; luz que te ilumine como el sol ilumina la tierra.

Y diciendo y haciendo, se puso de pié y llevó la mano á la llave de bronce que sujetaba el gas dentro de la lámpara.

—¡Insensato!—gritó Aurora lanzándose á contenerlo.

Esfuerzo inútil, porque la llave de la lámpara dió media vuelta entre los dedos de Martin y la llama brotó, alumbrando la estancia con una intensidad sólo comparable á la claridad del dia.

Retrocedió Aurora buscando un rincon donde refugiarse; pero la luz, cada vez más resplandeciente, cada vez más intensa la perseguia y la inundaba.

Martin estaba absorto, con la boca entreabierta y los ojos casi fuera de las órbitas: parecia dominado por un horror indecible. Sus miradas llenas de espanto veian los

rizos castaños de Aurora brillar esparcidos sobre la alfombra. La frente tersa de tan bella criatura se habia convertido en una frente surcada de arrugas, los ojos se perdian en el fondo de las órbitas, y los párpados rasgados por líneas negras, daban á sus miradas un resplandor siniestro.

—Es inútil—dijo adelantándose—huir de esta luz infernal que todo lo descubre. Ya lo ves; el encanto se ha desvanecido, el misterio se ha disipado. ¡Oh, enamorado esposo mio! ¡Cuán inconstante eres! Ya no te agrado. ¿Y por qué? porque esos hermosos rizos no han nacido en la piel de mi cabeza, porque estas cejas que adorabas hace un momento yo misma las extiendo sobre mi frente; porque el sonrosado de mis mejillas y la blancura de mi tez y el carmin de mis labios es el barniz con que ocultaba á tus ojos los estragos del tiempo.

Martin se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de sus ojos la vision espantosa de aquella realidad fantástica. Ella irguió la cabeza, cruzó los brazos, y lanzando una terrible carcajada siguió diciendo:

—Contémplame sin miedo y sin asombro. Yo soy Aurora, tu bella Aurora. Mira mis brazos descarnados, mis mejillas hundidas, mi garganta plegada. Yo soy la misma que te embriagaba hace un instante con las miradas de mis ojos yertos, con el fuego de mis labios helados. ¡Ah, cruel! ¡Ya no me adoras! Vén, mis brazos te esperan. ¿Por qué vacilas? Estamos en los primeros instantes de nuestra boda. Yo soy la juventud y la belleza que apetecias, el deleite que soñabas... ¿qué más quieres? Vén; soy tu esposa y te juro fidelidad eterna. Nadie

podrá ya separarnos. ¿Qué ves en mí? Ruinas de una juventud pasada, escombros de una belleza disipada. Me creias jóven y hermosa; pues bien, lo he sido. ¿Qué más qnieres...?

Martin veia y oia todo esto como al traves de un velo espantoso. La luz de la lámpara estampaba en sus pupilas todos los detalles del horrible fantasma. Lo que oia retumbaba en sus oidos, lo que veia espantaba sus ojos. Creia que le hablaba un sepulcro, y que era la muerte la que tenía en su presencia.

Aurora tendió los brazos para estrecharlo contra su corazon, y él dió un salto, retrocedió, y huyendo despavorido fué á refugiarse en su cuarto.

Sobre la mesa encontró un pliego, lo abrió sin saber lo que hacía, y encontró dentro del sobre la partida de su matrimonio. Apretó los puños, rechinó los dientes y llenó el aire de maldiciones.

Estaba casado. ¡Oh burla del infierno! ¡Con quién! ¡Ah! con un abismo de astucia, irrision de la juventud, escarnio de la belleza.

El cuaderno de las apuntaciones desastrosas se hallaba abierto sobre la mesa, se arrojó á él y escribió con furia:

«Mártes, dia maldito, dia horroroso, dia aciago.»

EL SALUDADOR.

I.

No podemos negar que la ciencia consagrada á combatir las dolencias que afligen al género humano hace prodigios, porque, sea como quiera, de un siglo á esta parte se han multiplicado los medios de contener esa propension antigua del hombre á las enfermedades y á la muerte.

Sí, es indudable que se han arrancado á la naturaleza sus más ocultos secretos, que hemos invadido el laboratorio donde prepara las sustancias privilegiadas, apoderándonos de la misteriosa virtud de los específicos. La química ha llevado sus indagadores análisis á las más recónditas combinaciones de los cuerpos, y componiendo y descomponiendo ha adquirido tal repertorio de medicamentos, que la suma total de ellos excede en gran cantidad al número de enfermedades que cabe en nuestra frágil naturaleza.

En medio de este cúmulo de medicinas, se advierte

cierto movimiento hácia la simplicidad de los recursos médicos, y hé aquí un sabio que condensa en el alcanfor la sustancia, digámoslo así, de todas las virtudes medicinales conocidas en el recetario de la naturaleza; otros no ménos sabios fundan el sistema hidropático, en razon á que han encontrado en el agua el secreto maravilloso de la salud perpétua.

¿Por qué la simple combinacion de los elementos químicos que forman el alcanfor ó que componen el agua ha de obtener el privilegio exclusivo de curar todas las dolencias? No es justo; y en nombre de la justicia, que proscribe los monopolios, unos por aquí, otros por allí escudriñan los rincones del mundo físico, buscando en las singularidades de la materia ya en líquido, ya en polvo, ya en pasta, el medicamento exclusivo, único, que asegure la completa salud del hombre sobre la tierra.

Y entre tanto la homeopatía, anunciada ya en las fábulas mitológicas por la lanza de Aquiles, que poseia el dón de curar las mismas heridas que causaba, ilumina los horizontes de la ciencia médica, con la luz de un sistema cuyo principio fundamental traducido al lenguaje comun que todos hablamos, está reducido á estos términos: un clavo saca otro clavo.

Aquí no se trata ya solamente de la virtud de las sustancias, sino de la eficacia de las cantidades: un grano de polvo del medicamento diluido en medio vaso de agua, contiene el remedio de las más tercas enfermedades. Es el poder medicinal del átomo penetrando en los secretos de la dolencia y destruyendo sus alevosos planes. Ante semejante prodigio, atestiguado por numerosos éxitos, el

enfermo se encuentra dispensado por un favor especialísimo de la molestia de medicinarse, porque mírese bien el caso y se verá que la aplicacion de esas cantidades, digámoslo así, abstractas, constituye el método más ideal de la ciencia, y viene á ser lo que me atrevo á llamar la ilusion del medicamento.

El punto matemático, permítaseme explicarme de este modo, es completamente imaginario, pero el punto engendra la línea, que es tambien ilusoria, y la línea engendra á su vez las figuras geométricas; á ella le debemos el círculo, el cuadrado y el triángulo; suprimid ese punto que no existe, y adios geometría, y áun puedo añadir adios universo, porque le faltaria á la tierra el eje sobre que gira, los cuerpos celestes no tendrian con qué trazar el curso de sus órbitas, y la astronomía, que sondea los cielos y espia el movimiento de los planetas, se encontraria de la noche á la mañana sin la red de círculos en que tiene cogido al espacio.

Pues bien; lo que el punto matemático es en la geometría, el glóbulo homeopático lo es en la medicina. Suprimid ese soplo de medicamento, esa idea de arsénico, de quina, de acónito, y adios curaciones maravillosas, convalecencias estupendas, adios salud del género humano.

Es, pues, evidente, que se multiplican á nuestro alrededor las sustancias medicinales, los métodos y los sistemas. Se puede asegurar que llevamos la salud en el bolsillo.

Por lo que hace á la contingencia de romperse una pierna ó quebrarse un brazo á que con tanta frecuencia

nos vemos expuestos, la perfeccion de los instrumentos y la destreza de los profesores nos restituyen bien pronto en el pleno ejercicio de los miembros que considerábamos perdidos.

Se dirá que son dolorosas las operaciones. Y bien; ¿para qué hemos inventado el cloroformo? Ante semejante consuelo no hay dolor posible. Basta respirarlo un momento para reirse de la misma muerte. Llega, penetra en el arcano de la vida, recoge con mano invisible toda la sensibilidad que encuentra al paso y la guarda, no se sabe dónde, pero la guarda, miéntras dura la operacion, el dolor se embota, y todo pasa como un sueño. El enfermo despierta y mira á las personas que le rodean, y como si viniera de la calle pregunta á los circunstantes por el éxito de la cura. ¿Ha sido en su carne, ha sido en sus huesos donde ha penetrado el filo de los instrumentos? ¿Sí? Pues lo ignora.

¿Y qué puede suceder? ¿Que sea preciso separarse para siempre de un brazo que nos abandona ó enviar á la sepultura una pierna que se muere? Nada importa; la ortopedia hace maravillas de hierro, de cuero y de goma. Construye manos que escriben y piés que andan; manos y piés sin nervios, sin sangre, sin músculos; es decir, manos que no duelen y piés que no se cansan.

¡Oh! ¡con cuánto abandono podemos entregarnos á las contingencias de la vida, porque, sean las que quieran, no nos ha de faltar un medicamento que nos sane ó un aparato que nos complete!

Es verdad que la muerte no se pára ante el poder de tantos adelantos, y como siempre sigue eligiendo sus

víctimas, como si tal cosa; pero entre tanto no hay dolencia que no encuentre al paso diversas medicinas todas dispuestas á combatirla, y métodos y sistemas distintos que se disputan el honor de salvar al enfermo; y ello es que, sea como quiera, vamos viviendo.

Yo empiezo á persuadirme de que ya no hay enfermedades mortales; quiero decir que no hay enfermedad contra la que no se halle remedio eficaz, casi infalible, en las vastas combinaciones de la farmacopea moderna. Los enfermos no dejan por eso de morirse como se morian ántes, como siempre han muerto; pero hay que contar con el descuido, con el abandono, con una complicacion sobrevenida en el momento crítico, con haberse equivocado la enfermedad ó la medicina, la intensidad del mal ó la cantidad del medicamento; con la irregularidad de los síntomas, en fin, con que el remedio puede llegar tarde.

Cualquiera de estos accidentes destruye la eficacia de los remedios heroicos; mas semejantes contingencias no les quitan el valor de la virtud medicinal que contienen. Es al mismo tiempo el triunfo de la ciencia y el triunfo de la muerte.

Hay, sin embargo, un trastorno en el organismo animal, acerca del que no tengo noticia de que la ciencia haya encontrado específico que lo paralice, bálsamo que lo calme, ni tratamiento que lo mitigue.

Es una enfermedad que nos acomete y nos hiere al volvêr una esquina, al cruzar una calle, al salir de nuestra casa ó al entrar en ella; en nuestro aposento, dormidos ó despiertos, lo mismo en el invierno que en el verano, bajo todos los climas y en tódas las latitudes.

Es una enfermedad viva, muda, centelleante, que se lanza, muerde y huye, que infiltra en la sangre, en los músculos y en los huesos el veneno mortal que la anima, y desaparece. Apénas deja un ligero rastro de su paso; la huella con que señala á la víctima se extingue pronto; ninguna señal la determina, ningun síntoma la denuncia. ¡Bah! todo ello no ha sido nada. Pasa un mes, dos meses, seis meses, y la enfermedad, traidoramente oculta en los escondrijos de la vida, permanece muda, inmóvil, muerta. Mas llega un dia en que ya nadie se acuerda de ella, y entónces, cuando no se espera, cuando no se teme, estalla como un incendio, como una borrasca, y ya no hay remedio.

La ciencia le llama *hidrofobia*, el vulgo *rabia*.

Fuera del cauterio en el momento de la invasion, del cauterio inmediato, pronto, ejecutivo como el rayo, la sabiduría de los hombres no conoce ni medicina que la destruya, ni preservativo que la impida.

No es frecuente, pero es terrible, y hay ocasiones en que se propaga como una epidemia.

¿Y qué importa? Hay un sér fantástico que posee la facultad extraordinaria de encadenarla á su voluntad: este sér maravilloso es el *Saludador;* el dón de que dispone es irresistible y la fuerza de su poder incontrastable; es un prodigio.

II.

El mundo culto, que no deja por eso de ser más ó mé-

nos frívolo, está enterado de los prodigios que obró en el último siglo el personaje fantástico de *Cagliostro*, que Alejandro Dumas nos cuenta en las *Memorias de un Médico*. El mundo sabio conoce los diabólicos experimentos de *Mesmer*, las visiones de *Du-Potet* y los muebles golpeantes de *Fox*. Piensen lo que quieran de estas maravillas, ello es que la *cubeta* del primero, el *espejo* del segundo, las *mesas* del tercero y los fenómenos inexplicables del árbol de *Puysègur* aparecen ante sus ojos envueltos en un velo que la ciencia humana no acierta á descorrer. Por lo que hace al vulgo de las ciudades sabe que hay mesas que hablan, plumas que escriben solas, y muy alejado debe estar de las corrientes de la vida moderna el que no haya oido hablar de *Home*, y no tenga conocimiento de algun *medium* más ó ménos portentoso, por cuyo conducto se comunique el mundo visible con el mundo invisible, los vivos con los muertos, los hombres con los espíritus.

La magia del *espiritismo* no es ciertamente una novedad ni entre la gente culta, ni entre la gente sábia, ni entre el vulgo que llena las grandes poblaciones. Superstición abominable sin duda que hace sonreir á ciertos entendimientos ilustrados, que ha llenado de confusiones á la ciencia de la razon independiente, y que extendiéndose más de lo que se cree y de lo que se advierte, tiene turbada la conciencia del vulgo.

Cagliostro, *Mesmer*, *Fox*, *Du-Potet*... hé ahí cuatro seres extraordinarios que han adquirido, no se sabe cómo, el dón de trastornar el órden de la naturaleza. Mas no es en esas altas regiones de la nebulosa sabiduría en

que respira la nigromancia contemporánea donde voy á buscar los pasmosos sortilegios de los *Saludadores*.

Hay que huir de las ciudades donde los sucesores de *Cagliostro*, de *Mesmer*, de *Fox* y de *Home* ejercen sus prestigios, celebran sus conciliábulos y extienden la red de sus evocaciones. El *Saludador* habita en las campiñas, vive al pié de las montañas, en los valles ó en los bosques; su casa es una choza. No lleva en la mano la varilla mágica de los conjuros, sino un soberbio garrote arrancado de una encina ó de un almendro.

Su vestido no anuncia el poder maravilloso de que dispone; viste como cualquiera de los simples mortales que habitan en su comarca; sus palabras no son sibilíticas, ni tiene su voz el acento sepulcral de los oráculos.

Su aspecto es rudo, sus manos toscas, su sonrisa es sencilla y sus miradas son indiferentes. No busqueis entre sus cejas la línea profunda de las hondas reflexiones, ni espereis sorprender en su frente las huellas de los pensamientos extraordinarios. Carece de todo rasgo que descubra en él la intuicion sibilítica del adivino, ni la presciencia diabólica del mago.

Es un hombre, simplemente un hombre, como se crian en los campos sobre la dureza de la tierra y bajo las inclemencias del cielo, tostado por el sol, curtido por el aire, endurecido á la vez por la naturaleza y por el trabajo.

¿Qué sabe? Nada. Abrir en la tierra el surco que ha de fecundar la simiente; guiar un rebaño por las laderas del monte; sentir el dia ántes que amanezca, la lluvia ántes que el cielo se nuble y la tempestad ántes que estalle. Hé ahí toda su ciencia. Jamas el dón de los prodi-

gios se ha ocultado más tenazmente á la admiracion de los hombres; porque nada hay en este sér, ignorado por la fama, que lo anuncie ó lo descubra.

Pusé bien; este sér que todo lo ignora, que nada pretende, que no distingue más tierra que la tierra que le rodea, ni más cielo que el cielo que lo alumbra; este sér cuyo nombre no traspase los límites de la comarca en que vive, ignorado en el mundo culto, desconocido de los sabios, y risible á los ojos del vulgo que hormiguea en las grandes ciudades, es un *Cagliostro* sin potencia magnética, un *Mesmer* sin cubeta diabólica, un *Du-Potet* sin espejo mágico, un *Fox* sin mesas danzantes, un *Home* sin *medium*.

Aquí la maravilla se nos presenta en una desnudez verdaderamente infantil; ningun aparato teatral la decora, ningun prestigio científico la ennoblece, ningun conjuro sombrío esparce á su alrededor el misterio pavoroso de las cosas sobrenaturales.

El semblante del mago no hace gestos evocadores, ni frunce las cejas, ni arruga la frente, ni tuerce la boca; sus labios no tiemblan, ni sus ojos llamean. Sus manos no trazan en el aire figuras cabalísticas que rompan la resistencia del prodigio, y hagan brillar la luz del portento.

Su lengua no tiene palabras misteriosas para los oidos invisibles del númen que ha de producir el sortilegio, porque sin duda, familiarizado con él hasta la intimidad más estrecha, se considera dispensado de toda ceremonia.

Su sola presencia basta; parece que el espíritu que se asocia á sus encantos no lo abandona nunca: está donde

está él y va donde él va. Semejante al relámpago, le basta aparecer para iluminar las nubes.

Y no le pregunteis, porque se encogerá de hombros; el secreto de su poder es para él mismo un arcano impenetrable. Ignora en qué consiste la fuerza que posee, y no sabe por qué puede disponer de ella. No lo sabe, ni pretende saberlo.

¿Para qué? Se contenta con el fenómeno que él mismo produce, y no se mete en más honduras.

—¿Cómo se llama ese dón extraordinario?—me preguntaréis.

—Casi no tiene nombre.—Os contestaré.

—¿Es magia?

—No.

—¿Nigromancia?

—Tampoco.

—¿Magnetismo?

—Cá.

—¿Espiritismo?

—Ménos.

En realidad todos esos nombres encierran una misma abominacion.

El poder del *Saludador* no presenta apariencia alguna de ser un poder diabólico.

Entre las gentes sencillas con quienes vive en contínua comunicacion no causa espanto su presencia, ni terror sus miradas, ni pavor sus palabras.

—¿Quién es ese hombre?—les preguntaréis.

Y os contestarán sencillamente.

—¡Bah! ése es el *Saludador*.

— ¡*Saludador!* — replicaréis. — Bueno; pero ¿qué quiere decir *Saludador?*

Vuestra ignorancia les causará asombro, y exclamarán al punto:

—¡Toma! *Saludador* quiere decir..... que *tiene gracia.*

La gracia de este hombre es verdaderamente extraordinaria. Mesmer hacía retorcerse á sus enfermos en deliciosas contorsiones encadenados alrededor de la *cubeta.* Du-Potet hacía ver en su espejo mágico diabólicas visiones. Fox hacía danzar los muebles al capricho de su voluntad, y Home ha hecho que los espíritus hablen por el lápiz del *medium.* El éxtasis magnético hace ver al sonámbulo á largas distancias, al traves de cuerpos opacos, Esta nigromancia medio científica, medio mística, terrible y burlona á la vez, ha realizado las más espantosas diabluras. Pues bien; el *Saludador* hace más todavía. Imaginaos que detiene el rayo en medio de las nubes y el trueno en medio de los aires, que suspende el torrente que se precipita, y apaga el incendio que ruge con sola su presencia.

Eso hace, porque eso es lo mismo que detener el furor convulsivo de un animal ó de un hombre herido por el puñal de la hidrofobia. Hace más; desvanece el veneno de la rabia, si el enfermo acude á él ántes que estallen los horrores de la enfermedad.

Tal es el *Saludador*, tal es su *gracia.*

III.

Todavía conserva la sierra de Espuña, en la provincia

de Murcia, algunos pinares que las devastaciones por que vamos pasando han tenido el capricho de respetar hasta ahora, y se encuentran en ella anchas fajas de monte donde se alberga alguna caza, si no abundante, á lo ménos la necesaria para pasar algunos dias entre aquellas breñas, so pretexto de los conejos, de las liebres ó de las perdices, cuyo único delito consiste en lo sabroso de sus carnes, crímen imperdonable á los ojos de los hombres.

Hace pocos años formé parte de una partida de caza, y calzado con polainas de cuero, pendiente del hombro el morral indispensable, y á la mano la escopeta de dos cañones, no sé de qué sistema, tomé con mis compañeros el camino de la sierra, con el aire triunfante del que va á tiro hecho, ni más ni ménos que iria Alejandro á la conquista del Asia y Napoleon á Egipto.

Nosotros ibamos contra las perdices, decididos á no dejar una con vida. Estaban ya elegidos por ojos experimentados los sitios donde debian hacerse *los puestos*, porque era la ocasion oportuna de la traidora caza del reclamo. Contábamos las víctimas como si las tuviéramos ya en la mano, y cada cual se apropiaba un número considerable de pájaros muertos. Si en vez de perdices hubiesen sido bueyes, podria yo decir aquí que íbamos dispuestos á una verdadera hecatombe.

Ya se ve, la precision de las armas, la seguridad de la puntería, la emboscada del *puesto* y la traicion del reclamo nos aseguraban un éxito superior á nuestras esperanzas; no habia más que esconderse y esperar: la víctima, atraida por el canto traidor, vendria á colocarse en la boca de la escopeta, y entónces todo quedaba reducido

á doblar el dedo, y los perdigones se encargarian de acabar con las perdices. ¡Oh, qué gloria!

Muy bien; pero es el caso que estos escarbadores de medias rojas y tocas negras suelen tener tambien su Providencia, y hé aquí que nos hizo un tiempo horroroso: nevó y llovió; hubo truenos que se entretenian en rodar por los derrumbaderos de la sierra, y relámpagos que iban y venian divirtiéndose en tejer sobre las nubes una red de fuego. Era una locura pretender sacar las narices más allá de las cuatro paredes del cortijo; en una palabra, se nos aguó la fiesta.

Mis compañeros se daban á todos los diablos, desesperados de aquella barbaridad del tiempo, y pasaban el dia buscando en el horizonte un rayo de esperanza, y la noche durmiendo como unos descosidos, confiando en que á la mañana siguiente sería otro dia; y así era, pero otro dia encapotado, ceñudo, lo mismo que los anteriores.

Yo por mi parte miraba las cosas con más filosofía, y me resignaba buenamente á dejar vivas todas las perdices que ántes me habia adjudicado muertas. No me irritaba aquel furor de matar perdices de que se hallaban poseidos mis compañeros, sobre todo cuando las oian cantar á lo léjos entre la espesura del monte y bajo la sombra del nublado.

¡Pobres pájaros! parecia que celebraban su fortuna, y yo me unia tambien á sus cantos, burlándome de la desesperacion de mis compañeros. Esto no quiere decir que no me gusten las perdices; al contrario, las prefiero al faisan, y una vez muertas, las cómo indistintamente escabechadas ó en *salmy;* me da lo mismo.

Miéntras mis compañeros dormian, yo pasaba las primeras horas de la noche junto al hogar. Allí, alrededor del fuego, se reunian algunas gentes de los cortijos vecinos, que hablaban de muchas cosas, mejor dicho, de todo ménos de lo que se habla en los cafés, en los casinos, en los clubs y en los parlamentos, que es donde más se charla. Me parecia que me encontraba en otro mundo, ó á lo ménos en otro pueblo y respiraba á mis anchas. Me creia muy léjos de la España en que actualmente vivimos, y la miraba con dolor y con lástima desde el ahumado rincon de aquella cocina.

Hé aquí ahora lo que oí contar una noche debajo de la campana de la chimenea, al amor de la lumbre, miéntras el viento silbaba y la lluvia caia.

Tratándose de mozas garridas, la hija del tio Blas, el de la Casa-honda, era la que rayaba más alto. Aunque á regaña-dientes, las otras mozas de aquellos contornos tenian que confesarlo: eso sí, cada una la ponia su pero, mas ella resultaba siempre fresca y apetitosa como una manzana. Su cara de risa daba á entender que estaba muy en el secreto de su hermosura, y cierto entornar de los ojos, que eran negros como la noche, daban á entender que ella no se peinaba para cualquiera. Por lo demas, su talle se cimbreaba como una palma, y habia en su aire algo de contoneo, algo que queria decir: «Aquí no hay quien me tosa.»

Fuera de esto, bien disculpable á los diez y nueve años, no tenía desperdicio; nunca ponia en boca los defectos de las otras; se contentaba con ser ella la primera, y no se metia en averiguar cuál era la última. En cuanto á

hacendosa, se las apostaba con la más pintada; y limpia, ¡quite V. allá! se podian comer sopas en sus manos, porque era más limpia que los chorros del agua. Pues cantar... cantaba como una calandria, y bailando no habia ojos para verla.

Y no paraba aquí la cosa, porque de lo alto de un cerro bajaba dando tumbos un arrroyo, dejándose caer, como quien no quiere la cosa, en las mismas barbas de la Casa-honda, y allí el tio Blas que las cogia al vuelo, tira de aquí y tira de allí, hizo un molino, que aunque no tenía más que una piedra, en buenas manos estaba el pandero.

Dígase ahora si los mozos de la comarca no beberian los vientos por la maquila de la molinera; pero daban en piedra, porque ella no entregaba la carta, y uno hoy, otro mañana, todos salian con las manos en la cabeza. ¡Toma! como que plantaba cada calabaza que cantaba el credo.

El tio Blas se reia que se las pelaba, viendo á los mozos como almas en pena, y siempre que les echaba la vista encima les decia:

—Ea, muchachos, á ella.

Pero á la tia Martina se la llevaba Barrabas con las cosas de su marido, y le reconvenia diciéndole:

—Blas, no te metas tú en eso.

—Así quiere—refunfuñaba el tio Blas.—La piedra que no se pica no muele.

—Esa es harina de otro costal—le replicaba la mujer.—Deja que la nieve se haga agua y andará el molino, que no nos corren moros, ni la muchacha está demas en la casa.

Entre los mozos que más asediaban á la hija del mo-

linero, uno se mostraba más empeñado que los demás en salirse con la suya.

Encontróla una tarde bajo el emparrado del molino, y acercándose á ella le dijo:

—Lucía, ¿se pueden comer esas uvas?

—No, Cristóbal—le contestó ella.

—¿Por qué?

—Porque están muy verdes.

Cristóbal empezó á escarbar la tierra con el extremo de su garrote, luégo se apoyó en él con las dos manos, y mirando á la molinera con cara de pocos amigos, se alejó diciéndole:

—Adios, Lucía.

—Adios, Cristóbal—le contestó la hija del molinero.

De un salto se puso en la orilla opuesta del cauce por donde huia el agua del molino, y se fué descendiendo por las sinuosidades del barranco. Lucía lo siguió con los ojos sin saber por qué, y le vió disminuirse poco á poco, como si poco á poco se lo fuese tragando la tierra, hasta que al fin lo perdió de vista. Levantó los ojos distraidos, y de pronto, iluminado por los rayos del sol que se ponia, lo vió aparecer sobre el vago perfil de la colina, como una sombra gigantesca que iba creciendo hasta confundirse con las nubes del horizonte, y cuyos brazos inmensos se tendian hácia ella terribles y amenazadores, que se levantaban como si quisieran confundirla.

Esta vision fantástica duró un momento, porque una nube apagó los últimos rayos del sol, y el paisaje se desvaneció en la oscuridad de la noche, que se venía encima.

Lucía se entró en su casa cabizbaja y pensativa.

IV.

A Lucía no le pasaba Cristóbal de los dientes adentro; la pesadez con que la perseguia se le habia puesto por montera. ¡Qué posma! ¡Siempre lo mismo! Vamos, era un hombre que lo tenía montado en las narices. ¿No le habia dicho mil veces que no? Pues entónces ¿á qué tanto dale que dale? Los otros pobres al fin echaron sus cuentas y dieron en buscarse la vida por otra parte, repartiéndose las mozas de la comarca como pan bendito, que, quieras que no quieras, los recibieron con los brazos abiertos.

Pero Cristóbal, sí, ni por esas; no dejaba la ida por la venida, siempre la soga tras del caldero; era la sombra de la molinera. ¿Y para qué? para nada, porque lo que es á ella se le representaba el demonio cuantas veces lo veia, y si no se daba por entendida, ello es que la procesion iba por dentro.

Lo mismo era ver á Cristóbal que se le caian los palos del sombrajo y el mundo se le venía encima, porque el mozo ponia una cara que daba miedo, y miraba con unos ojos que ni los de un basilisco, y á Lucía se le helaba la risa en los labios y se le hacía la masa vinagre. La presencia de Cristóbal apagaba la alegría de la molinera, lo mismo que el agua apaga el fuego y la noche apaga al dia.

¿Era algun monstruo? ¿Era tuerto ó manco, cojo ó jorobado? Ni pensarlo; pasaba por un guapo mozo, y la

ménos puesta en casarse se daria con un canto en el pecho por llevarlo á la iglesia. Entónces ¿por qué Lucía le daba con la puerta en las narices? Pues... porque decia que no le entraba por el ojo derecho, y vaya V. á quitarle á una mujer de la cabeza lo que una vez se le pone en el moño.

Las lenguas andaban sueltas y las palabras se enredaban como cerezas, siendo los desdenes de la molinera el platillo de las conversaciones, en las que cada uno soltaba su chilindrina.

—Sí; ahora no le peta ninguno, y luégo tendrá que cargar con lo que quede.

—No; es que va para la Iglesia.

—Tampoco; la cosa es que espera la venida de los reyes Magos para quedarse con uno.

Así se explicaban ellos; ellas se daban de ojo para clavar los dientes en Cristóbal, y lo ponian de ropa de Pascua.

—Mire V. qué alma de cántaro.

—¡Vamos! tiene la cabeza más dura que un novillo.

—Pues, como si no hubiese en el mundo más mujer que Lucía.

Ello es que se hacian cruces sin saber á qué santo colgarle el milagro. ¿Estaba Lucía de non en el mundo? ¿Qué mujer á los diez y nueve años no ha encontrado ya alguna media naranja?

Habia un mozo que vivia léjos, en lo alto de la sierra, en medio de los pinares del monte, gran cazador, que se pasaba los dias siguiendo el rastro de los lobos que acechan los descuidos de los pastores y arrebatan las reses

de los rebaños; no se hallaba perro que lo siguiera ni lobo que lo esperára; trepaba mejor que una cabra y metia una bala por el ojo de una aguja. Con el ala del sombrero echada sobre la frente, con sus polainas de baqueta, apoyado en el cañon de la carabina, su compañera inseparable, bien pudiera guiñarle el ojo á la más arisca, sin que ella saliera por los cerros de Úbeda. Pero gastaba pocas palabras, no pensaba más que en los acechos, las trampas y los lazos, y rara vez bajaba á la cortijada de la Casa-honda. Se llamaba Salvador el de la Casa-alta.

Bajaba alguna vez á llevar trigo al molino, trigo que la piedra convertia en harina en ménos que se dice, y hecho esto se volvia á sus pinares por el mismo camino que habia traido. En la comarca todo el mundo lo conocia por su escopeta y por su padre; su padre era *Saludador* que hacía maravillas.

Al hijo no le gustaba gastar la pólvora en salvas, y nunca le habia dicho á Lucía buenos ojos tienes. Se creia que ni siquiera habia reparado en ella. Mas á ella le hacía muchas cosquillas que aquel mozo como un roble, más derecho que un pino, estuviera ciego para verla y mudo para hablarla. No se le cocia el pan, y siempre que el cazador bajaba á la Casa-honda, la lengua de la molinera parecia una tarabilla y su cuerpo daba más vueltas que la piedra del molino. Al fin el cazador, espanto de los lobos, tuvo que caer en la cuenta de que Lucía no era carga de paja, y como el hombre tenía tambien su alma en su almario, se le fué el santo al cielo, se le encandilaron los ojos, y ardió Troya, porque para estos casos tenía ella en la cara dos soles que hablaban solos.

Esto no lo entendia la tierra; el cazador bajaba de vez en cuando con su costal de trigo; el agua corria, la piedra rodaba, y á medias palabras y á medias miradas, se iban entendiendo, metiéndose cada vez más en harina, sin que nadie pudiera decir que habia moros en la costa.

¿Cómo sospechar que el hijo del *Saludador* era el ojo derecho de la molinera? ¡Bah! ni al demonio le hubiera ocurrido semejante cosa: pero donde ménos se piensa salta la liebre, y miéntras la gente de la cortijada dormia á pierna suelta, solo Dios sabe lo que pasaba por los alrededores del molino en las noches sin luna, cuando la oscuridad se extiende por la tierra como una mortaja. Entónces solia vagar por los contornos del molino un fantasma más negro que la noche, que se escurria por las paredes sin poner los piés en el suelo; y unas veces parecia que se lo tragaba la tierra, y otras veces que se perdia en el aire.

Un oido abierto de par en par habria distinguido entre el murmullo del agua que caia en el cubo, cierto cuchicheo, ni más ni ménos que si el aire estuviera de conversacion con los álamos que daban sombra á la casa.

Una noche abrió Lucía la ventana de su cuarto que daba á espaldas del molino. Al pronto se quedó á oscuras como si le hubieran puesto una venda en los ojos; despues se le fué aclarando la vista, y entre si quiero ó no quiero, vió blanquear la pared detras de la que zumbaba la piedra lo mismo que un terremoto. Luégo vió más, vió el fantasma, que se fué acercando hasta llegar á la ventana, y en vez de huir se quedó. El fantasma con voz de muerto murmuró:

—¡Lucía!

Ella contestó:

—¡Qué!

—¿Me esperabas?—le preguntó la sombra.

—Sí—dijo Lucía:—pero véte.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Qué tienes?

—Miedo.

—¿Por qué?

—Por tí.

La sombra se desprendió de la ventana y el aire se la fué llevando poco á poco, lo mismo que se lleva el humo.

A los pocos instantes vió Lucía aparecer otro fantasma que se deslizaba á lo largo de la pared del molino, y tuvo que llevarse las manos á la boca y apretarse los labios para no dar un grito. El corazon se le salia del pecho y le temblaban las piernas como si fueran de azogue. Pasó el fantasma á tres pasos de la ventana, siguiendo las huellas del otro fantasma. Se deslizaba encorvado; no se le distinguia figura humana: ya parecia que se arrastraba como una culebra, ya que se levantaba en el aire como una nube; sacudia los brazos, lo mismo que las águilas sacuden las alas, y Lucía vió relumbrar sus ojos como dos brasas.

Todo esto fué un abrir y cerrar de ojos; la sombra pasó, pero Lucía áun seguia viéndola, sin atreverse á respirar ni á moverse.

De pronto se oyó un grito lejano, semejante al aullido de un lobo, y casi al mismo tiempo sonó un tiro.

Lucía cruzó las manos, las apretó contra los labios, y cayó de rodillas delante de la ventana, medio muerta.

V.

El emparrado que se extendia de la Casa-honda al molino del tio Blas venía á ser para aquella pequeña aldea, lo que es la Puerta del Sol para Madrid, porque el molinero que cortaba un pelo en el aire habia puesto bajo la sombra del emparrado una mesa de pino, sobre la que brillaba un *porron* de aguardiente capaz de resucitar á un muerto, y los golosos acudian allí como á la miel las moscas, de manera que la *Puerta del Sol* de la cortijada tenía tambien su café Imperial. No era esto sólo, sino que ademas los dias de fiesta se colgaba el *porron* de un vástago de la parra, lo mismo que se cuelga el hijo al cuello de su madre; se tendia una manta sobre la mesa, que cojeaba por más señas, y el tio Blas y tres amigotes se pasaban la tarde jugando al *truco*. Alrededor de la mesa se juntaban los aficionados, y se le contaban los pelos al diablo: el café se convertia en casino.

Todo lo que ocurria en dos leguas á la redonda se sabía allí ántes que en ninguna parte; y por un quítame allá esas pajas, se le cortaba un sayo al lucero del alba.

Lucía se pasó la noche sin pegar los ojos, teniendo siempre delante el fantasma que vió deslizarse como una araña enorme por la pared del molino. Al clarear el dia, áun tenía en los oidos el aullido del lobo y el estampido que sonó al mismo tiempo. Abrió la ventana, y la luz

que coloreaba el cielo no ahuyentó las visiones que daban vueltas en su cabeza; al contrario, se las ponia más presentes.

Esperó que acabára de amanecer, y cuando oyó hablar bajo el emparrado del molino se hizo toda oidos para no perder palabra: con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos más tristes que la noche, parecia una *Dolorosa*.

Los que hablaban debajo del emparrado eran los más madrugadores que iban á sus tareas, y atraidos por el porron del aguardiente se habian acercado á *tomar la mañana;* se daban los buenos dias, se relamian los labios y se iban respirando fuerte.

Lucía salió á la calle, y mira por aquí, mira por allí, echó á correr barranco arriba más amarilla que la cera. Ya estaba el sol bien alto cuando volvió al molino.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su padre.

—De allá arriba—le contestó.

—Pues mira—dijo el tio Blas—por acá abajo estamos todavía en ayunas.

Se le habia olvidado que su padre tenía la costumbre de almorzar por las mañanas.

Calló Lucía y preparó el almuerzo; pero ¡qué almuerzo! no habia cristiano que pudiera hincarle el diente, y el tio Blas lo tenía bueno.

—Te se olvidó la sal—refunfuñó la tia Martina.

—¡La sal!—exclamó su marido.—Lo que me parece á mí que se dejó en el tintero fué la lumbre. Esto está crudo. Pero bien: echa vino.

Lucía inclinó el cuello de la bota sobre un vaso de vidrio, pero el vino en vez de caer en el vaso caia en el suelo.

—¡Muchacha!—le gritó el molinero.

Entónces el cuello de la bota le dió al vaso, y el vaso, que estaba en el borde de la mesa, cayó sobre una piedra.

—Hoy—le dijo su padre—tienes el demonio en el cuerpo. ¿Qué mala hierba has pisado esta mañana?

—Blas,—le replicó su mujer—no te metas tú en eso.

El tio Blas se calló el pico, porque tenía la bota en los labios y los ojos en el techo.

A Lucía se le subió toda la sangre á la cara, se levantó de la mesa y se fué á la puerta, limpiándose los ojos con la punta del delantal. En esto vió que Cristóbal se encaminaba hácia el molino, y respiró con toda su fuerza; cualquiera habria creido que acababa de ver el cielo abierto; pero cuando tuvo cerca la cara de Cristóbal apretó los dientes por no dar un grito, y cerró los ojos por no verlo.

Cristóbal se acercó á ella y le dijo:

—Lucía, ¡qué cosas ven los que no duermen!

—¡Qué ven!—exclamó Lucía sin abrir los ojos.

—Ven lo que baja de noche de la Casa-alta á la Casa-honda.

—¿Y qué?—preguntó.

—¿Qué?... que di con el rastro. El lobo olfateó la presa, y cuando los lobos aullan es que tienen hambre.

La hija del molinero clavó en Cristóbal los ojos repitiendo:

—¡Hambre!

—Sí—añadió él.—Hambre que devora hasta las entrañas.

Era cosa de ver la cara que puso al decir esas palabras; parecia que el mismo Lucifer hacía visajes en ella; ¡qué ojos! ¡qué boca! No se sabía á ciencia cierta si aquello era cara de hombre ó cara de infierno.

Lucía no habia visto nunca al demonio, y se santiguó creyendo que le tenía delante. Sin poder sacar la voz del cuerpo le dijo:

—¡Qué has hecho!

—Conocerte—le contestó Cristóbal.—Y voy á pagarte en la misma moneda; amor con amor se paga; tú tambien vas á conocerme.

—¡Qué dices!—exclamó ella.

—Digo que te aborrezco y que quiero que me aborrezcas.

La molinera con cara de muerta cruzó las manos como si quisiera ahuyentar al demonio que la perseguia con aquel puñado de cruces; pero el demonio no hizo más que rechinar los dientes, echar llamas por los ojos y decirle:

—Vén; á la espalda del molino te espero.

Y dió media vuelta y se perdió detras de la esquina.

Lucía creyó que la empujaban por la espalda, y siguió á Cristóbal sin saber lo que se hacía.

Llevaba él la chaqueta sobre el hombro izquierdo, y descubriendo el brazo que ocultaba, se lo puso delante diciéndole:

—Mira.

La manga de la camisa estaba manchada de sangre.

—¡Lo has muerto!—gritó Lucía.

—No; áun no—contestó Cristóbal.—Esta sangre no es suya.

Y levantando la manga de la camisa hasta el hombro, le enseñó el brazo desnudo, sujeto con un pañuelo por encima del codo, añadiendo:

—Esta es mi sangre. Aulló el lobo, y al oirlo soltó el tiro, y la bala me rozó el brazo. Eso esperaba yo. Ántes que pudiera cargar otra vez su escopeta, podia lanzarme sobre él y hundirle el cuchillo hasta el puño. Pero no quise, porque lo que quiero es que tú lo asesines.

—¡Yo!—exclamó Lucía.

—Tú; tú has de matarlo; mio será el brazo que le arranque la vida, pero tuya será la sentencia de muerte. Con que le hables, con que le mires, muere; han de asesinarle tus ojos, le ha de clavar el puñal tu lengua. Ahora dile que yo espio tus palabras y acecho tus miradas. Díselo, y me buscará, y lo mataré como el lobo mata á su presa. Mia, jamas; suya, nunca. El perro que rabia muerde, y el perro rabioso que muerde mata.

Lucía se tapó la cara con las manos. Lo que acababa de oir no tenía vuelta de hoja. La vida de Salvador estaba en sus manos, porque Cristóbal lo mataria como á un perro. No hay defensa contra el puñal del asesino que aguarda en la sombra y hiere lo mismo en el pecho que en la espalda. Le quedaba un recurso, el recurso de las mujeres, llorar; llorar sin consuelo hasta enternecer el corazon de aquella fiera. Mas ella no sabía llorar sin lágrimas, y sus ojos estaban secos. Tenía ademas un nudo en la garganta que trababa su lengua: sólo le quedaba una esperanza... Dios, la divina Justicia y la divina Mi-

sericordia. Levantó al cielo la mirada, lo vió sobre su cabeza azul y sereno, y dirigiéndose á la que es el amparo de los hombres, exclamó con todo el fervor de su alma:

—¡Madre mia!

Y cayó de rodillas.

Cristóbal ya no estaba allí.

VI.

Cuando al tio Blas se le metia una cosa en la cabeza, ya podian predicarle frailes descalzos, pues por un oido le entraba y por otro le salia; era lo mismo que machacar en hierro frio. ¿Dar él su brazo á torcer? ¡Bah! primero moro. Su mujer, que le conocia el flaco, no solia llevarle el aire, y por si han de ser blancas ó han de ser negras, armaban á lo mejor la de Dios es Cristo.

No digamos por eso que el matrimonio se llevaba como perros y gatos; tenian, sí, sus reyertas, pues los dos se empeñaban en llevar su gato al agua; ninguno cedia; mas nunca llegaba la sangre al rio. Despues de disputar media hora, el uno dale que dale, y la otra erre que erre, los dos se quedaban en sus trece, y... nada; nubes de verano. La Casa-honda habria sido una balsa de aceite sin las atasquerías del tio Blas, ó á lo ménos sin las atasquerías de la tia Martina.

Marido y mujer se hallaban un dia solos en el molino y andaban á la greña, diciéndose las verdades del barquero de este modo:

—Te digo, Martina, que el diablo está en Cantillana; algo le hace cosquillas á la muchacha.

—Lo dijo Blas, punto redondo. No hay tales carneros; la muchacha está como la propia rosa, y no tiene nada que le haga cosquillas ni en cien leguas.

—Mujer, dirás que no hay Dios. Lucía no es ni su sombra: yo no tengo telarañas en los ojos, y la veo, con éstos que se ha de comer la tierra, más amarilla que un difunto; ni habla ni parla, parece un alma en pena. Martina, aquí hay duende.

—Blas, no sabes lo que te pescas, porque hablas por boca de ganso. ¿Quieres que tu hija esté siempre como unas castañuelas? ¡Amarilla! ¡Eso es! Tú, con esa cara de remolacha que te se ha puesto, todo lo ves entre dos luces... ¡Ay! ¡Si hablára la bota!

—Te sales del tiesto. Deja la bota en paz y no la lleves en lenguas. ¿Se mete ella contigo? Y escucha, Martina; para que la piedra ande, tires por donde quieras, es preciso que corra el agua.

—¿Y qué tiene que ver el agua con el vino?

—Y dime tú, mujer de mis pecados, ¿qué tiene que ver Lucía con la bota? Lo que yo digo es que anda por aquí alguna mano oculta: lo digo y firma el rey.

—Como si no firmára nadie.

—Cuando te emperras en una cosa, ni un par de bueyes puede contigo: tijeretas han de ser aunque te aspen.

—¡Miren quién habló! el hijo de su madre..... ¡más terco! sí, sí, cuando él se atasca no le menea ni un terremoto.

—Te voy á confundir. Mira, mira quien asoma.

El tio Blas desde la puerta del molino señalaba algo que él veia á lo léjos, añadiendo:

—¡El ruin de Roma! viene como llovido del cielo.

Sacó la cabeza la tia Martina, y miró hácia donde señalaba el brazo de su marido.

—Otra te pego— dijo.—Yo no veo á nadie más que á Salvador el de la Casa-alta.

—Ese es, ése es el que te va á poner las peras á cuarto.

—¡A mí!—exclamó la molinera torciendo la boca.

—A tí; deja que llegue y verás lo que tarda tu hija en caer por la chimenea; y si tienes ojos en la cara tendrás que morderte la lengua, porque, ya te lo he dicho, hay duende.

Púsose la tia Martina las manos en la cintura, preguntándole:

—Mira, Blas, ¿es ése el duende?

—Ese, Martina. No te hagas cruces, que es un mozo como un trinquete; á la muchacha le entró por el ojo derecho, y tendrás que tragarlo, como á mí tuvo que tragarme tu madre, que en paz descanse.

Bastaba que al tio Blas le pareciera Salvador un novio de perlas, para que la tia Martina lo mirára por encima del hombro; y ya iba á cortarle un sayo, que ni pintado, cuando Salvador se presentó en la puerta del molino. Entónces se mordió los labios y empezó á darle á la cabeza rezando entre dientes; porque, eso sí, la última habia de ser siempre la suya.

Salvador fué recibido por el tio Blas con los brazos abiertos, miéntras la tia Martina lo queria confundir con los ojos.

—¡Aquí, muchacho!—exclamó el molinero—arrima aquí ese costal, que ya lo molerémos. Ahora echa un trago, sin cumplimientos; haz cuenta de que estás en tu casa.

Estas palabras iban á clavarse en los oidos de la tia Martina lo mismo que saetas, y se la llevaban los demonios de oirlas, y estaba á punto de estallar como una bomba.

El tio Blas no hacía más que asomarse á la puerta, y los ojos de Salvador no sabian mirar á otra parte; pero á Lucía se la habia tragado la tierra.

Pasó una hora y el tio Blas no podia disimular su impaciencia. Su mujer le dijo con muchísima sorna:

—Blas, no mires tanto al techo, que no cae nada por la chimenea.

Ahora fué el tio Blas el que se mordió los labios, y en vez de contestarle á su mujer sacó la cabeza fuera de la puerta y soltó un silbido agudo como la punta de un cuchillo. Era la manera que tenía de llamar á su hija.

Dicho y hecho; el silbido llevó á Lucía como de la mano, y entre el tio Blas y la tia Martina se cruzaron dos gestos que el uno queria decir: «Toma», y el otro decia claramente: «Nones».

Entró Lucía en el molino y vió á Salvador sin mirarlo; pero á él se le fueron los ojos detras de Lucía.

—Muchacha, ¿dónde te metes?—le preguntó su padre.

—Estaba en la casa—dijo ella.

Salvador, que se habia recostado sobre unos costales de trigo que esperaban su vez, se levantó diciendo:

—El cielo barrunta nubes.

Estas palabras iban dirigidas á Lucía, porque el tiempo no podia ser más sereno. Así lo entendió el tio Blas y se guiñó el ojo esperando la respuesta de su hija, pero Lucía no despegó los labios.

Entónces anudó la conversacion exclamando:

—¡Nubes! y está el dia más claro que un espejo.

—Sí—replicó Salvador—pero el tiempo, tio Blas, da muchas vueltas.

Todas las tentativas eran inútiles: Lucía tenía la lengua pegada al paladar, y los ojos clavados en el suelo: estaba muda y ciega. A Salvador parecia que le habia caido una montaña encima; el tio Blas botaba allá en sus adentros como una pelota, y la tia Martina se bañaba en agua rosada.

Junto al techo y detras de la piedra habia un agujero redondo, de más de un palmo de diámetro, que servia de respiradero al molino. Por aquel agujero asomaba una cabeza de frente estrecha, cejas borrascosas y ojos saltones, que miraban como si quisieran tragarse al mundo. La boca entreabierta descubria unos dientes blancos y agudos como los dientes de las fieras. La nariz se alargaba como el hocico del lobo que olfatea la presa, y los cabellos revueltos sobre las sienes parecian serpientes enroscadas. Aquella cabeza sin cuerpo, si no era la cabeza de Caín, no era cabeza humana: la rodeaba un resplandor rojo, de color de sangre.

Para subir al agujero en que aparecia tuvo que trepar por las asperezas de la pared. Y quién sabe, acaso tenía alas de murciélago: era una cabeza horrorosa.

Nadie habia reparado en ella ó tal vez por arte del demonio sabía hacerse invisible. Sólo Lucía la vió y sintió el frio de la muerte, y se anudó su lengua y se oscurecieron sus ojos: la estaba viendo al traves de los párpados y no tenía ni voz para gritar ni accion para moverse.

Salvador se volvió á la Casa-alta, sin alcanzar de Lucía ni una palabra ni una mirada. El cielo resplandecia con toda la luz del sol, pero el cazador de lobos llevaba en su pensamiento una nube y no veia más que sombras.

Cuando la tia Martina se encontró á solas con el tio Blas, se acercó á él y le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—Blas, ¿hay duende?

—Sí, Martina—le contestó.—Hay duende, lo he dicho y primero faltará el sol á su carrera.

Diciendo esto descolgó la bota, se echo un trago y le volvió la espalda á su mujer. Estaba furioso.

VII.

Cerca de la cortijada se conservaba una Ermita desde tiempos muy antiguos, que oculta entre las asperezas de la tierra se habia salvado hasta entónces de la furia desencadenada en 1834 contra todo lo que olia á templo. Tal vez le habria servido de escudo su pobreza, porque todos los bienes de este humilde santuario estaban reducidos á las cuatro paredes de la iglesia, á una casa que se apoyaba en la Ermita para no caerse, y á cuatro varas de

terreno que componian á la vez la huerta y el jardin de la casa.

No era este capital para echar muchas roncas, y claro está, el culto se mantenia de limosna, de pura limosna. No se encerraban en la Ermita cuadros preciosos, ni ricos ornamentos, ni vasos sagrados de oro ó de plata, ni piedras labradas, ni maderas abundantes, ni siquiera el bronce de las campanas, pues sólo habia una sostenida por dos postes sobre la pobre fachada de la iglesia, y era tan pequeña que su voz resonaba en aquellas soledades como la voz de un niño. La codicia, pues, no tenía nada que sacar de allí, y la impiedad pasó de largo sin mirarla.

En la época de los sucesos que voy contando, se hallaba servida la Ermita por un sacerdote anciano, fraile de la Órden de San Francisco, que pudo escapar al degüello de 1834, año dos veces memorable, en que conocimos por primera vez la revolucion y el cólera: las dos grandes epidemias de nuestro siglo.

El Padre Ambrosio se salvó de la matanza de que fué en Madrid principal teatro San Francisco el Grande. Aquel sangriento crímen le valió al Estado todos los bienes que poseian las comunidades religiosas. Las primeras manos se empaparon en sangre; las que iban detras se llenaron de oro. El órden fué éste: primero, el asesinato, despues el saqueo, saqueo y asesinato que áun continúan.

Huyendo de los asesinos, á pié, hambriento y descalzo, llegó el Padre Ambrosio á la cortijada de la Casahonda, y encontró albergue en la Ermita. Era venerable, y pronto fué venerado.

Lucía salió de su casa una mañana en que apénas clareaba el alba, con el manto echado sobre la cara. Llevaba en las manos un rosario traido de Jerusalen, cuyas cuentas eran huesos de aceitunas del Huerto de las Olivas, donde el divino Maestro sudó sangre.

Iba sola, con los ojos fijos en la tierra que sus piés pisaban, y la parte del rostro que dejaba ver el manto descubria la palidez de la muerte; parecia una difunta que la muerte habia embellecido.

Dejó á su espalda el molino, y tomó una senda que serpenteando por la falda de la colina se escondia bajo la sombra de unos nogales tan viejos como la tierra en que hundian sus raíces. Más allá de los nogales se distinguia otro grupo de árboles, sobre los que asomaba una cruz, debajo de la que reposaba una campana. Este camino tomó Lucía, y detras de ella, como la sombra que sigue al cuerpo, ocultándose bajo los matorrales, perdiéndose en las desigualdades del terreno, iba una ráfaga de oscuridad, que ya se detenia, como si se enredára en el ramaje de las higueras silvestres que encontraba al paso, ya se adelantaba hasta colocarse detras de Lucía, confundiéndose con su sombra. Otras veces, y aprovechando las curvas del camino, dejaba el sendero y se perdia entre las malezas.

La molinera, absorta en sus pensamientos, continuaba su marcha hácia la Ermita, sin advertir que en las encrucijadas de la senda, por detras de los lentiscos, le salian al encuentro dos ojos que brillaban en la oscuridad con esa luz amarilla con que miran los ojos de los tigres. Ella pasaba envuelta en su manto con el paso menudo y

precipitado de las mujeres que llevan prisa. Luégo que se alejaba, la sombra que la perseguia dejaba su escondrijo, y volvia de nuevo á seguirla.

Llegó al fin á la Ermita, y no tuvo que llamar, porque el Padre Ambrosio la tenía ya abierta, y entró. Delante del único altar que adornaba la capilla ardian dos lámparas de cobre, que el esmero del Padre Ambrosio las hacía relucir como si fuesen de oro. Todo el retablo del altar consistia en un lienzo que representaba á la Vírgen de las Angustias, sentada al pié de la Cruz, teniendo en sus brazos el cuerpo inanimado de su Divino Hijo. Este lienzo debia contar una antigüedad respetable, y no era ni por el colorido ni por el dibujo una obra de arte, pero hacía recordar el candor, la dulzura del Angélico. El dolor de la Vírgen se comunicaba á los ojos que la miraban, y la cabeza de Jesus, medio velada en el regazo de su madre, añadia dolor al dolor, misterio al misterio.

El Padre Ambrosio encontró este lienzo en el mayor abandono, sucio y manchado. Lo limpió él mismo, y se atrevió á restaurarlo, si no con mano maestra, con mano piadosa, porque la piedad vale más que el arte, porque ella es el verdadero *quid divinum*, el genio que ha inspirado las obras más grandes.

La capilla no tenía otro adorno; sus paredes desnudas atestiguaban su pobreza, pero, en cambio, resplandecian con la blancura del aseo, y bien podia decirse que brillaba como una taza de plata. Toda su arquitectura consistia en cuatro arcos que se unian describiendo un cuadrado, sobre los que se levantaba el techo en forma de bóveda. No sé qué anticuario que pasó por allí aseguró que

en su orígen fué una mezquita; mas el Padre Ambrosio, que entendia algo de antigüedades, no encontraba en ella vestigio alguno de construccion árabe.

A los piés del altar se hincó Lucía, doblando la cabeza hasta besar el suelo, y los ojos afligidos de la Reina de los Ángeles se encontraron con los ojos angustiados de la pobre molinera; el dolor divino de la Madre Inmaculada hizo olvidar á Lucía su dolor humano. ¿Qué era su pena ante aquella pena? ¿Qué era su soledad ante la soledad de la Vírgen? Iba á pedir consuelo y lo recibia ántes de pedirlo.

Las luces de las lámparas que oscilaban dentro de sus vasos de vidrio daban movimiento al cuadro; Lucía veia animarse el rostro de la Vírgen, sentia en su alma el calor de aquellas miradas celestiales, y vió bajar dos lágrimas por las mejillas de la que nació destinada á ser la Reina de los cielos. La imágen movia los labios; hablaba. ¿Qué le decia? ¿Cómo penetrar el misterio de aquellas palabras sin sonidos?

La capilla se hallaba desierta, la claridad de la mañana entraba dulcemente por una claraboya abierta en la bóveda del techo, y un rayo de color de oro iba á caer sobre el rostro de la Vírgen, rodeando su cabeza de la aureola de los santos. Lucía se hallaba bajo el influjo de un deslumbramiento que la suspendia en el aire, porque sus rodillas no sentian la dureza de las baldosas en que las tenía clavadas; se creia arrodillada sobre una nube que el cuadro atraia hácia sí. El lienzo no era ya á sus ojos la obra de un pincel humano, sino la realidad misteriosa y divina del momento más augusto de la reden-

cion del hombre. El fondo del cuadro se alejaba, abriendo debajo de los brazos de la Cruz la profundidad de un horizonte sin término. Asomaban sumergidas en la oscuridad las torres de Jerusalen, y vagos resplandores iluminaban la inmensidad del cielo y las crestas de los montes lejanos.

Juntas las manos en la actitud del que ora, se creia trasportada á otro mundo, oia armoniosos acordes de instrumentos nunca oidos, y voces de ángeles que cantaban ocultos á sus ojos en las nubes del horizonte, respiraba una atmósfera suave y perfumada, el aire resplandecia iluminado por una lluvia de oro, y percibia la mística dulzura que exhala el humo del incienso. Más aún; el rostro de la Vírgen, enmedio de su expresion dolorosa, le sonreia.

Llenos los ojos de esta vision consoladora se acercó al único confesonario que habia en la capilla; en él estaba el Padre Ambrosio.

Entre tanto, la sombra que la habia seguido daba vueltas alrededor de la ermita sin atreverse á penetrar en ella; llegaba hasta la puerta y retrocedia. Era una figura humana que no encontraba reposo en ninguna parte. Queria sentarse, y las piedras donde buscaba asiento lo despedian; se apoyaba en la pared, y la pared lo rechazaba; fué á esconderse bajo las ramas de la encina que daba sombra á la ermita, y el tronco crujió como si fuera á desgajarse. Se alejaba como el que huye, y volvia de nuevo como el que acomete.

Parecia arrastrado por una mano invisible. Iba y venía dando vueltas como un torbellino.

VIII.

La casa del padre Ambrosio no es más que una celda contigua á la pequeña sacristía de la Ermita. Una mesa de pino, un sillon de baqueta y una cama de tablas es todo su mueblaje. En la pared se ve un clavo donde cuelga su sombrero y su manteo: sobre la mesa algunos libros y un crucifijo: no hay otra cosa.

Lucía se hallaba sentada sobre la tarima que servia de cama, y el padre Ambrosio, de pié, se rascaba la cabeza muy pensativo.

Despues de reflexionar mucho tiempo, dijo:

—El demonio anda muy listo, muy listo, y enreda las cosas de un modo que se necesitan estopas y pez para desenredarlas.—¡Ya se ve! como que es el demonio, el eterno enemigo del género humano. Pero bien; Dios no se está con los brazos cruzados; aprieta, pero no ahoga. Vamos, es preciso que el demonio no se salga con la suya.

—¿Y qué harémos?—preguntó Lucía.

Volvió á rascarse la cabeza el padre Ambrosio y repitió la pregunta, exclamando:

—¡Qué harémos! No lo sé, y ello es que hay que hacer algo. ¡Si pudiéramos sacarle á ese loco la idea que el diablo le ha metido en la cabeza! Eso es lo derecho; ¡qué digo! eso es lo primero.—Sí, lo primero es arrancarlo de las garras del demonio que lo tiene cogido.

—¿Y cómo?—volvió á preguntar Lucía.

—¡Cómo! Esa es la madre del cordero. Vamos á ver; yo puedo...

—¡Qué!

—Sondearlo...

—¡Ay, padre Ambrosio!

—¡Quién sabe, hija mia! con la ayuda de Dios, otros más descarriados han vuelto al buen camino.

—¡Ah!—exclamó.—La vida de Salvador está en nuestras manos. Si llega á sospechar que yo he descubierto su intento, ¿quién podrá detener la furia de su enojo? Y lo sospechará. Me ha seguido hasta aquí, porque me sigue á todas partes. Yo no lo he visto, pero estoy segura de que ha venido. No puedo alzar los ojos sin encontrarme con los suyos.

Y bajando la voz, añadió:

—Temo que en este instante nos esté oyendo.

Miró el padre Ambrosio por la ventana de su celda que daba al huerto de la casa, registró despues la sacristía y volvió diciendo:

—No, nadie nos oye.

Despues siguió, hablando en voz baja:

—Delicadillo es el asunto. Ya se ve, la fiera está suelta, y hay que ver cómo se coge sin que haga daño. Mas, paciencia, no hemos de matar al sastre en una hora. Ya nos valdrémos de nuestras mañas. Dios nos iluminará; pongamos nuestras aflicciones en sus manos, porque nadie como Él sabe consolarlas.

—Yo—añadió Lucía enjugándose los ojos—estoy resignada.

—Eso es, hija mia—dijo el padre Ambrosio.—Tú

es preciso que continúes muda y ciega, y deja que Salvador piense de tí lo que se le antoje; déjalo que se martirice á sus solas poniéndote de vuelta y media. ¡Qué se le ha de hacer! Juicios humanos. Paciencia; hay que salvar una vida y un alma, la vida de uno y el alma del otro. ¿Cómo? Allá verémos. La Providencia, que vela por todos no nos ha de dejar á la cuarta pregunta. Fe, hija mia, que allana los montes; Esperanza, que nos alienta en los trabajos, y Caridad, que nos hace amar y compadecer á nuestros enemigos. ¿No sientes en tu corazon la alegría del sacrificio que Dios te impone?

—Sí, padre Ambrosio, sí—contestó Lucía.

—Pues bien, ánimo; que el Señor bendiga tus palabras y tus pensamientos, que oiga tus oraciones y que acoja tus lágrimas su misericordia. Ahora á la casa, á esperar lo que nos envie su justicia en prueba de nuestra constancia ó en castigo de nuestras culpas.

Lucía se puso de pié y besó humildemente la mano del sacerdote que acababa de fortificar su espíritu con tan sencillas palabras. Despues salió por la puerta que daba al huerto, tomando el camino de la Casa-honda.

El padre Ambrosio la seguia con los ojos diciendo:

—Es un corazon hermoso y un alma pura. Esta es la obra de Dios. Yo la he enseñado á rezar, á leer y á amar.

Diciendo esto la vió perderse bajo la sombra de los nogales. Luégo se puso la mano sobre los ojos para evitar el deslumbramiento que los rayos del sol producian en ellos y exclamó de pronto:

—¡Hola! ¡Ah, pícaro, es él! Sí señor, él mismo, no

se me despinta desde aquí. Ha salido de los matorrales como un animal dañino. ¡Dios mio, compadeceos de ese alma presa del demonio! Desatad la venda que ciega sus ojos, iluminadlo con un rayo de vuestra misericordia.

Al pronunciar esta súplica se reflejaba en su semblante, dos veces venerable por la virtud y por la edad, la fervorosa tristeza de las almas justas.

Volvióse á su celda y se sentó en el sillon, y allí meditó mucho tiempo. Despues se dijo á sí mismo:

—Esperemos. Los designios de la Providencia son impenetrables y sus medios siempre misteriosos. Se vale de un niño para destruir á un gigante. De la muerte hace brotar la vida. Esperemos.

Tomó el breviario que tenía encima de la mesa y empezó el rezo del dia. A poco se vió interrumpido por una voz sonora que gritaba diciendo:

—¡Padre Ambrosio!... ¡Padre Ambrosio!

Dejó el breviario y salió en busca de la persona que lo llamaba, y se encontró con un hombre de cincuenta años, duro y firme como una encina, que apeándose de un salto del mulo en que venía, se acercó, le besó la mano y le dijo:

—Buenos dias, padre cura; aquí me tiene usted en cuerpo y alma. ¿No me conoce usted? ¡Voto al chápiro! Yo soy Juan el de la Casa-alta.

—¿El padre de Salvador? preguntó el padre Ambrosio.

—Ajajá—contestó el hombre.—El mismo. Aquí vengo á traerle á usted esta cesta de madroños que dicen comedme, porque están las madroñeras que crujen.

Diciendo así puso en manos del padre Ambrosio la cesta de los madroños. Éste la tomó diciendo.

—Dios te lo pague.

—Son los primeros que se cogen, señor cura, y este año es una bendicion de madroños la que hay por aquellos montes.

El señor cura le preguntó:

—¿Con que tú eres el *Saludador?*

—Eso que usted dice, padre cura. Conmigo no pueden ni los perros rabiosos. *Tengo gracia.*

—¡Válgame Dios!—exclamó el padre Ambrosio.—Bien venido seas. ¿Pero este viaje sólo á traerme los madroños?

—Cá, no señor; vengo á otra cosa, á otras dos cosas... por eso me ha traido el mulo. Hágase V. cuenta que allí, linderó de la casa, á la parte allá del pino grande, tenemos una enferma que se nos va de entre las manos, y, como V. sabe, de todo cuanto Dios crió, he dicho: allá me voy por el padre cura, y si es de vida la sanará, y si es de muerte, le encomendará el alma, y en un *santiamen* aquí estamos yo y el mulo.

—Bien pensado—dijo el padre Ambrosio.—Ahora no debemos perder tiempo.

¡Dicho y hecho: entró en la celda, tomó el manteo, el sombrero y el breviario, se encaramó en el mulo, y paso entre paso se pusieron en camino.

—Creo—le preguntó el padre Ambrosio—que venías tambien á otra cosa.

—Sí, señor—contestó el hombre—á otra cosa y esa es la más negra. Hágase V. cuenta que mi Salvador es

una alhaja, más bueno que el pan y más valiente que un leon; tiene unos puños que ni de bronce, y donde pone el ojo pone la bala. Pues bien; de la noche á la mañana, sin comérselo ni bebérselo, cátese V. á Periquillo hecho fraile: le han hecho *mal de ojo*.

El padre Ambrosio lo interrumpió exclamando:

—¡Qué dices, hombre! Esas cosas no deben creerse.

—¡Ay, padre capellan! El demonio es siempre el demonio, y mi hijo está de lo vivo á lo pintado: mira con unos ojos tan tristes, que da lástima; se le escapan unos suspiros que parten el alma; y vaya V. á preguntarle, su boca es una piedra, come por no morirse, y huye de la gente, y se va quedando sin ver de persona. ¿Qué quiere decir cristiano? A mí me tiene sin vida y á su madre la pueden ahogar con un cabello.

—Eso—le dijo el padre Ambrosio—no es mal de ojo, más bien pudiera llamarse mal de ojos.—Si tú fueras un hombre completo, capaz de coserte la boca, con la ayuda de Dios, que todo lo puede, haríamos algo.

—Dígame V.—prorumpió el de la Casa-alta—que me tire de este barranco abajo, y me verá V. caer de cabeza en ménos que canta un gallo.

Guardó silencio el padre Ambrosio, y callados los dos y pensativos se fueron perdiendo poco á poco en la verde profundidad de los pinares.

IX.

El agua que bajaba despeñada de la cumbre y que ha-

cía rodar la piedra del molino no se precipitaba furiosa en el cubo, sino que lamiendo silenciosamente el tablacho que le cerraba el paso, se deslizaba con todo el sosiego del que se pasa la vida mano sobre mano. La piedra, por consiguiente, descansaba inmóvil sobre su asiento, ni más ni ménos que una reina en su trono; y está claro, la taravilla, asombrada de tanto reposo, no acertaba á decir esta boca es mia. A su vez los costales, repletos, unos de trigo y otros de harina, recostados en los rincones, callaban como muertos: ¡ya se ve! como que tenian las bocas atadas.

Dentro del molino no se oia ni el vuelo de una mosca, todo era en él quietud y silencio; parecia un sepulcro. La vida, el movimiento y el ruido estaban fuera, debajo del emparrado, y allí era ella.

El tio Blas delante de la mesa cubierta con la manta, mano á mano con sus compañeros de *truco*, se hallaba en todo el esplendor de su gloria: le daba al naipe y hacía cada *flor* que temblaba la tierra. ¡Qué modo de ligar las cartas! Alrededor de la partida se agrupaban los hombres más notables de la cortijada; la aristocracia de la comarca: el tio Merino, que sirvió en caballería y tenía su licencia de soldado raso, un *chirlo* en la cabeza y una cruz de plata en el chaleco; el tio Bocaza, personaje de pocas palabras, que se echaba á cuestas un costal de trigo, levantándolo con los dientes; el tio Zurdo, tirador de barra; el tio Roncas, que se las echaba al lucero del alba; el tio Marcos, siempre encogido de hombros; el tio Burdo, saco de chilindrinas; en fin, la flor y nata de aquellos contornos.

El porron del aguardiente iba y venía como una lanzadera, tejiendo palabras y bordando conversaciones.

Más allá, entre la casa y el molino, se habia establecido el salon de baile. Allí, al són de la guitarra y al repiqueteo de las *postizas*, copla va y copla viene, se zarandeaba un ramillete de mozas capaz de resucitar á un muerto. Ginesa, con sus trenzas largas y negras como una noche de invierno; Verónica, con su aire de princesa y su voz de monja; la Paca, que pisa como las pájaras de las nieves y se dobla como un junco; la bizca, que mira de reojo y tuerce tambien la boca y se rie de un entierro; Marta, la coja, que canta en la mano; las tres hijas de la tia Changa, que hablan por los codos. Esto es, lo más florido, lo más *com' il faut* de la cortijada.

Lucian guardapiés listados en que se mezclaban los vivos colores del arco íris, y pañuelos ya azules, ya amarillos, de rosa ó de color de púrpura, rameados, con grandes flores, como si cada uno de ellos contuviera toda una primavera.

¿Qué ocurria? ¿Por qué el molino tan mudo y la gente tan alegre? Sucedia pura y simplemente que era domingo.

En Madrid, en que no es el trabajo la pasion dominante, los dias de fiesta vienen á ser el fastidio de los que pasan la vida en la vagancia de la opulencia. ¿Qué han de hacer en esas veinticuatro horas mortales? ¡Oh! aburrirse. Es el dia del vulgo que pasa la semana en el taller, en el escritorio, en las faenas del trabajo; hay que dejarle los paseos, los teatros y hasta las calles. La pereza, tan activa durante la semana, bosteza. ¡Un domingo!

¡Dios mio, qué dia de tan mal gusto! Pero allí donde el trabajo es la vida, el descanso es la alegría. Se esperan los domingos como amigos que se ven de tarde en tarde y se les recibe echando la casa por la ventana.

Las manos que manejaban la guitarra tenian los diablos en los dedos, porque les hacian hablar á las cuerdas; las coplas salian echando chispas, algunas levantaban ampolla, y al repiqueteo de las *postizas* saltaban los piés ni más ni ménos que si la sangre les hiciera cosquillas.

¿Y dónde estaba Lucía? Lucía estaba allí. Pero entendámonos: estaban allí sus ojos magníficos, que no sabian dónde fijarse, su boca llena de gracia, que queria sonreir; allí estaban su cabeza, su talle, toda ella, ménos su pensamiento, ménos su corazon, que Dios sabe dónde estarian.

En el momento en que el baile era más vivo, la guitarra calló, como si á la vez se le hubieran roto todas las cuerdas; las postizas enmudecieron, y las parejas se quedaron sin movimiento. Se habian oido dos detonaciones próximas al lugar de la fiesta y se oian voces confusas de niños, de mujeres y de hombres que se acercaban. Algunos chicos corrian hácia el molino gritando.

—¡Rabia! ¡Rabia!

Estas voces sembraron el espanto, las mujeres se ocultaron detras de los hombres. Antes que pasára la impresion de la sorpresa apareció, subiendo del valle, un perro enorme, cuyos ojos trémulos chispeaban lanzando miradas feroces; sus fauces entreabiertas babeaban y descubrian agudos colmillos; temblaba, se estremecia mos-

trando el lomo erizado, pero de su boca, encendida como el fuego, no se escapaba ni un solo aullido.

—«¡Rabia!» repitieron todos los circunstantes al verlo, y cada cual se preparó á defenderse como pudiera de tan terrible enemigo.

—¡Una escopeta!—gritaron algunos; pero la escopeta no parecia por ninguna parte.

El perro se detuvo y paseó la ardiente mirada buscando la víctima en que habia de clavar los dientes envenenados.

Pronto eligió una, y lanzándose á ella con ímpitu furioso, sin que fuera posible impedirlo, le clavó con feroz encono los cuatro colmillos.

Un grito resonó entre los espectadores de esta rápida escena, y el perro retrocedió dispuesto á defenderse.

En aquel momento se oyó una voz que decia:

«*El Saludador, el Saludador.*»

Y así era la verdad, porque el tio Juan el de la Casa-alta bajaba á todo correr por la pendiente del barranco, y sin detenerse arrojó léjos de si el palo de fresno que llevaba en la mano, y se dirigió á la fiera tranquilo é indefenso.

La presencia del *Saludador* reanimó los semblantes, como si el peligro hubiese pasado; al terror sucedió la curiosidad, y las mujeres, creyéndose ya seguras, se empeñaron entónces en ocupar la primera fila.

Cruzóse de brazos el *Saludador* delante del perro, á dos pasos de sus ojos inflamados y de sus fauces ensangrentadas, y la fiera se erizó de nuevo, replegándose para hacer más violenta la acometida, pero no se movió; con la

mirada fija en el hombre que venía á provocar su rabiosa ira y la cola caida é inmóvil, permaneció como clavada en la tierra; no se advertia en ella más movimiento que el de su respiracion abrasada.

Entónces el *Saludador* dió otro paso, inclinando su cabeza sobre la cabeza del perro.

Era el momento decisivo: ó la fiera ó el hombre; se habian acortado las distancias, de manera que no habia más remedio que matar ó morir. El golpe debia ser seguro, rápido y mortal, porque el perro morderia miéntras le quedára un aliento de vida. Era preciso destruirlo de un solo golpe, golpe semejante al rayo.

La fiera enseñaba sus dientes prontos á clavarse; pero el *Saludador* no tenía en sus manos arma alguna con que deshacerse de su enemigo.

Era una lucha desigual en que todas las probabilidades estaban por el perro. Un inglés no habria tenido inconveniente en jugarse un millon de libras esterlinas en favor de la fiera; pero aquellas gentes que no perdian detalle del espectáculo, parecian seguras del triunfo del hombre, y poco á poco iban estrechando el círculo con que rodeaban á los dos combatientes.

Amenazaba el perro, pero no acometia. De pronto corrió un estremecimiento convulsivo bajo su piel erizada, y cayó sobre sus piés, que ya se negaban á sostenerle, intentó huir y no pudo, y enseñó los colmillos con feroz amenaza. Parecia decidido á defenderse hasta el último momento.

Llegó el instante supremo: el *Saludador* acercó más su cabeza á la cabeza de la fiera, y como si quisiera provo-

car toda su furia con el último últraje le escupió en el hocico. Tembló la fiera; sus ojos inflamados se oscurecieron, buscó apoyo en sus manos vacilantes, no lo encontró y cayó desplomada.

Irguióse el vencedor, se echó el ala del sombrero sobre los ojos, y dando media vuelta le volvió la espalda al enemigo vencido.

El perro estaba muerto; pero se le veia el lomo erizado; áun brillaban sus ojos encendidos, y todavía sus fauces entreabiertas dejaban ver los colmillos afilados.

Habia muerto bajo el furor de la rabia y habia muerto mordiendo; más aún, mordia despues de muerto.

X.

Muerto el perro se acaba la rabia. Eso se dice siempre, pero no siempre sucede, y en el presente caso no sucedia, porque habia una persona mordida, y en su sangre dejaba el perro muerto el veneno de la rabia.

La tarea del *Saludador* no se hallaba terminada, y se le pedia á su *gracia* un nuevo prodigio. Era preciso detener el veneno inoculado ya en las venas; ó lo que es lo mismo, apagar el relámpago, ahogar el trueno y detener el rayo.

En el molino estaban curando al herido, y allí fué el tio Juan, el de la Casa-alta, á realizar el portento con la misma naturalidad que si fuera á beberse un vaso de agua.

Entró, y se encontró que los cuatro colmillos del per-

ro se habian clavado en el brazo derecho de Cristóbal. Las cuatro heridas formaban cuatro puntos marcados por cuatro gotas de sangre que se desprendian para renovarse; alrededor de ella se extendia un círculo amoratado que iba subiendo de color, y la piel relucia y se estiraba, empujada por la hinchazon que empezaba á aumentar el volúmen del brazo.

Lo que pasó por el *Saludador* al ver á Cristóbal, él solo lo supo; pero es el caso que sus cejas se contrajeron y que sus dientes rechinaron sordamente. ¿Queria decir con esto que su poder no alcanzaba á detener la accion del veneno en la sangre del herido?

Acercóse á Cristóbal, lo miró atentamente y le dijo:

— Muchacho, ¡por vida de mi padre! tú rabiarás ántes de tres horas: el perro estaba en su punto, y tu sangre no necesitaba tanto fuego para arder como una yesca. Va á ser preciso atarte.

—¡Y no hay remedio! —preguntó uno de los presentes.

—¡Remedio! —exclamó el *Saludador*. —Dios lo puede todo, y Dios dirá. Ahora que vaya uno en busca del Padre Ambrosio, y que esté aquí en ménos que se dice. Vosotros salid fuera.

Quedáronse solos dentro del molino Cristóbal y el tio Juan. Este último pronunció lentamente, y en voz baja, las siguientes palabras:

—Muchacho, tú tienes el diablo en el cuerpo, y no puedo curarte si no lo echas. El padre Capellan es un santo, abócale el costal de tus culpas, que no será flojo; ponte bien con Dios y luégo hablarémos.

Cristóbal miraba al *Saludador* con ojos desencajados; sentia el escozor punzante de las heridas, y estaba pálido como la muerte.

—Bueno—siguió diciendo el tio Juan.—Piensa bien lo que tienes encima y no te dejes nada en el saco, porque si te dejas algo, aunque sea como la punta de una uña, no tendré yo *gracia* para curarte, y morirás rabiando como un perro.

Dicho esto, examinó las heridas añadiendo:

—El brazo se hincha y el padre Cura tarda.

—No tarda—dijo el Padre Ambrosio entrando.

Llegaba el buen sacerdote echando el alma por la boca; habia corrido, y sus piernas no se prestaban ya á tan activo servicio; los achaques de los años las tenian jubiladas.

—¡Ajajá!—exclamó el *Saludador*.—Esto es venir por los aires. Ea, ahora á vaciar la carga. Tienes la vida en tus manos.

El Padre Ambrosio se sentó en un costal junto á Cristóbal, y el tio Juan salió del molino cerrando la puerta.

Ántes que le preguntáran los que se agolparon al verle, dijo:

—Chist... silencio; está confesando.

—¡Se muere!—exclamaron.

—Puede que no se muera—les contestó;—pero si se empeña en rabiar, reventará como una bomba. ¡Tio Blas!—añadió, dirigiéndose al molinero—¿y la tia Martina?

—Por ahí anda—contestó el tio Blas—hablando más que una cotorra.

— Así quiere... ¡Canastos! Ha sido la mejor moza que ha pisado la tierra. ¿Se acuerda usted, tio Blas, cuando andaba V. detrás de sus pedazos? ¡Por vida del demonio, qué tiempos aquellos en que la corriamos juntos! Pues Lucía no le va en zaga á su madre. Si yo tuviera veinte, otro gallo me cantára. Tio Blas, ese grano de oro pide boda á voz en grito.

El tio Blas arqueó las cejas y se puso el dedo en la frente diciendo:

— Eso ya lo tengo yo aquí, y estoy esperando al novio como llovido del cielo.

—¿Lo espera usted de arriba?—le preguntó el *Saludador*.

—De arriba lo espero—contestó—como el agua de Mayo.

Lo que iba á decir el *Saludador* se le quedó dentro del buche, porque al pronunciar la primera palabra abrió el Padre Ambrosio la puerta del molino, dejando ver el rostro lleno de alegría; en sus ojos leyó el tio Juan todo lo que deseaba saber. Al mismo tiempo vió acercarse al corro á la tia Martina y le dijo:

— Viene V. de molde; parece que le han llamado á usted con una campanilla. Entren VV., porque el novio va á caer por la chimenea.

El tio Blas y la tia Martina siguieron al *Saludador*, que entró en el molino. Se dirigió á Cristóbal que esperaba con la cabeza caida sobre el pecho; le levantó la frente y le vió los ojos húmedos.

—¡Ánimo!—exclamó.—Esta cara ya es harina de otro costal: se ha salvado tu alma, y ahora vamos á sal-

var tu vida. ¡Voto al chápiro! Vamos á salvar dos vidas. ¡Padre Ambrosio! un alma y dos vidas... me parece que hemos echado el dia.

Diciendo así cogió el brazo de Cristóbal, preguntándole:

—Vamos á ver, ¿tú quieres ser testigo?

Cristóbal miró fijamente al *Saludador*, sin despegar los labios, y éste siguió diciendo:

—Has de saber, muchacho, que yo he llegado á tiempo, porque venía en busca del tio Blas, ni más ni ménos que para proponerle una boda; si no me ocurre esta idea no vengo, el perro te muerde y rabias, rabias sin remedio.

—Pero ¿qué boda es ésa?—preguntó el tio Blas.

—La de Lucía—contestó el *Saludador*.—La cosa es clara.

La tia Martina hizo un gesto de asombro, exclamando:

—¡De Lucía! ¿Y con quién?

—Allá va todo lo que hay dentro—contestó el tio Juan.—Con Salvador, con mi hijo. No haga V. visajes, tia Martina: los muchachos se quieren más que á las niñas de sus ojos. Salvador cantó de plano, y ya está dicho. Cristóbal, habla tú, á tí te toca el primero.

Cristóbal tendió la mano izquierda al padre Ambrosio, que la estrechó en las suyas, y haciendo un esfuerzo contestó:

—Yo digo que Dios lo quiere.

Bajó los ojos y se le cayeron dos lágrimas.

—Tio Blas—dijo el *Saludador*.—Ahora á V. le toca, y asunto concluido.

El molinero puso la mano sobre la boca de su mujer,

para que no saliera por los cerros de Ubeda, y en voz alta, para que todos lo oyeran, se apresuró á decir:

—Yo tambien quiero, y no me vuelvo atras si me ahorcan.

Las últimas palabras iban derechas á cerrar la boca de la tia Martina.

Entónces el *Saludador* aplicó los labios al brazo de Cristóbal, chupando la sangre de las cuatro heridas, y escupió cuatro veces consecutivas. Luégo se humedeció en la boca el dedo índice y lo aplicó á una herida, haciendo lo mismo con las tres restantes. Por último mascó miga de pan, cubrió con ella las heridas, y vendó el brazo, diciendo:

—Ya puedes dormir á pierna suelta.

El prodigio se habia consumado.

A Cristóbal se lo llevó el padre Ambrosio, y el *Saludador* se volvió á la Casa-alta, trepando por aquellos riscos lo mismo que una cabra.

Aquí terminó el relato, y yo pregunté al que acababa de hablar:

—Y bien, ¿vivió Cristóbal?

—Vive—me contestó.

—No rabiaria el perro—le advertí.

Me miró con asombro y me replicó muy formalmente:

—Sí, señor; el perro rabiaba.

Era ya media noche, saludé á los que estaban en la cocina y fuí á acostarme, sin saber que pensar de lo que habia oido.

MAL DE OJO.

I.

No sé cómo ha podido averiguarse que existe en el ópalo un poder misterioso cuya maléfica influencia se ejerce únicamente, hasta ahora por lo ménos, sobre el destino de las mujeres; y debo añadir que es sobre esas mujeres que viven en el mundo del fausto y de la opulencia; porque el maleficio se verifica por el simple uso de joyas que contengan alguna de esas piedras preciosas.

Recientemente, en un periódico de lujo, que obtiene gran éxito en los salones, he leido tan infausta novedad. Antes otro periódico extranjero daba noticia de un caso deplorable; la cosa es estupenda. Los ópalos viven, pero por lo visto no gozan de una vida enteramente propia, viven con el reflejo de otra vida; si esta vida se acaba, ellos mueren. O es así ó hay seres humanos cuya existencia depende de la vida de esos objetos de lujo, como el héroe de Balsac en la *Piel de Zapa*.

Esto último es más admisible. Si por una ferocidad inaudita de la naturaleza todas las piedras preciosas que

iluminan con sus resplandores los cielos del gran mundo se oscurecieran de repente, ¡cuántas bellezas deslumbradoras bajarian con ellas al sepulcro de la oscuridad! Porque, en verdad, ¿para qué viven esas bellas criaturas sino viven para la seda y para los brillantes? Mas sea como quiera, de uno ú otro modo viene á ser lo mismo; porque ello es que esta vida de que gozamos, y que al parecer sólo á nosotros nos pertenece, puede, por medio de una combinacion misteriosa y fantástica, encontrarse fatalmente ligada con la suerte de un ópalo más ó ménos luminoso, engastado en el esplendor de una joya. ¡Oh, qué duda tiene!

Tenemos un hombre que se va á un extremo cualquiera de la tierra, ántes al fin del mundo, ahora como quien dice detras de la puerta, porque el vapor ha acortado todas las distancias. Se va, pues, y en el momento de la despedida cuelga al cuello de la mujer que lo ve partir con las lágrimas en los ojos, un collar de ópalos, diciéndole en sustancia: «En esos ópalos está mi vida; cuando los veas oscurecerse, es que yo muero.»

Y hé aquí una mujer consultando diariamente la claridad de los ópalos, para poder decir: «Vive... áun vive.»

Pues bien; un dia los ópalos empiezan á oscurecerse como una luz que se apaga, y llega al fin el terrible instante; la muerte se cierne sobre ellos y exhalan el último reflejo. La joya queda convertida en un collar de cadáveres. La mujer exclama: «¡Ya no existe!» y no queriendo ser ménos se envenena sin hacer más averiguaciones, y poco despues el telégrafo lleva la noticia de que él ha muerto.

Tal es el caso.

Ahora bien, no es prudente jugar con esas piedras misteriosas; la joyería tiene tambien sus fantasmas, y el ópalo es un espectro; porque no hay que darle vueltas; aquí, una desposada á quien sonrien todas las felicidades de la tierra, luce una gargantilla de ópalos en la misma noche de su boda; pues bien, al mes hay que enterrarla: Otra que siente una viva pasion por los ópalos, se ve obligada á separarse de su marido al año de matrimonio. Otra, en fin, hace devolver una joya porque aparece en ella un ópalo que le anuncia pavorosos desastres. El joyero no se admira; le han devuelto ya muchos ópalos por la misma causa.

No hay que reirse; el lujo es bastante despreocupado, no se deja alucinar fácilmente por las cavilosidades del vulgo; es un *espíritu fuerte* que no cree más que en sí mismo. Pero, vamos, la supersticion de los ópalos parece nueva y es de creer que haga fortuna en los salones. ¿Por qué no? La moda le prestará todo su prestigio, y no habrá corazon sensible que no se estremezca de horror ante los vislumbres fantásticos de esas piedras mágicas. Concedámosle al fausto el privilegio de esta sombra que me atrevo á llamar luminosa; sean los ópalos la fatalidad de la opulencia, y vea el lujo en ellos el horóscopo pavoroso de su destino.

No hay que reirse, porque la cosa es más séria de lo que creemos; más terrible de lo que á primera vista nos parece. No es una vana quimera de la fantasía, ni un mero capricho de las imaginaciones lúgubres. Llamadle supersticion, locura, necedad, ridiculez. En hora buena;

pero penetrad en el fondo de esa preocupacion y encontraréis en ella algo que os descubra la realidad del prodigio. Sí, la fatal influencia de los ópalos en el destino de las mujeres, más que supersticiosa, absurda y risible, puede ser anuncio misterioso de contínuas catástrofes.

La realidad toma á veces formas fantásticas que nos engañan; lo más natural del mundo suele tambien convertirse á nuestros ojos en visiones increibles. No vemos siempre todo lo que miramos, ni siempre entendemos todo lo que oimos. En el fondo de esa supersticion hay una voz que habla como un oráculo.

Nuestra razon ilustrada con toda la ciencia del siglo no puede avenirse á que esas piedras preciosas, bellas pero insensibles, dispongan á su antojo de la felicidad y de la vida de las mujeres. ¿Quién les ha otorgado semejante poder? Y en verdad ¿qué explicacion tiene tan rencorosa influencia? Se escapa á nuestra penetracion el vínculo que une entre sí la existencia de las mujeres con los fulgores del ópalo. No obstante, búrlense VV. de mi credulidad, porque afirmo que nada hay más cierto.

No es necesario acudir á los prodigios sobrenaturales para explicarse la realidad del misterio.

Vamos á cuentas: el ópalo no es una piedra cualquiera; pertenece á la alta clase de las piedras luminosas, de las piedras que brillan, de las piedras que relampaguean como las nubes, que atraen como los abismos, que deslumbran como el rayo; en una palabra, pertenecen á la aristocracia de las piedras. Han nacido para brillar: su centro es el oro, su atmósfera la luz, su sér la opulencia; para ellas la oscuridad es la muerte.

Y bien; esos granos de arena que la naturaleza funde en un horno inimitable, que poseen la virtud de los vivos reflejos, son la expresion más elocuente del lujo. ¿Y qué cosa es el lujo? Lo diré: es la gran pasion de las mujeres. Es más; es su vida. Ved de qué manera se unen la cara aristocracia de las piedras preciosas y la mitad, más cara todavía, del género humano.

Los brillantes ejercen sobre estos corazones, que han nacido para amar, un poder irresistible, fantástico, verdaderamente diabólico. Con frecuencia deciden de su felicidad y de su vida. En la balanza de sus sentimientos el peso de un brillante lo pesa todo. Lo que ménos valen las piedras preciosas es el dinero con que se adquieren en la joyería. Vosotros las comprais, las pagais, pero ellas solamente saben lo que cuestan.

Alguna vez la magia esplendorosa de que están rodeadas, semejante al mortal perfume que exhala la flor del Loto, enloquece; y entónces, adios, amor; adios, constancia, y me atrevo á añadir: adios, virtud. Los reflejos que se escapan de esas superficies frias y duras llenan la imaginacion de vivos resplandores, rodean el pensamiento de ráfagas vestidas de mil colores, y al traves de este prisma encantado por el hechizo de una nigromancia desconocida, los ojos del deseo descubren no sé qué mundos resplandecientes, qué horizontes interminables, qué nubes de gloria nunca imaginada. Al calor de esas aguas de fuego que acarician la fantasía, se llena el aire de visiones esplendorosas, se ilumina la oscuridad de la tierra, la vanidad del lujo pone una venda en los ojos, y la mujer, andando á tientas por las escabrosidades del gran

mundo, pierde la vida de su corazon, cuando no pierde la vida de su virtud.

No digo yo que el mágico veneno de las piedras preciosas que entra por los ojos las haga morir de manera que sea preciso enterrarlas al dia siguiente; pero si no muere el cuerpo, sólo queda para ser el sepulcro opulento del alma.

La supersticion de los ópalos es una voz misteriosa que se escapa de los labios de esos bellos corazones que sin saberlo dicen claramente:

« El lujo nos mata.»

II.

La fatalidad, que la supersticion naciente, como hemos visto, en las regiones despreocupadas del gran mundo atribuye á los ópalos, la gente sencilla la atribuye á la influencia maléfica de algunos ojos humanos. Esto parece ménos absurdo sin dejar por eso de encerrar tambien un sentido simbólico. Es otra supersticion que se levanta como una sombra en la credulidad del vulgo y señala tambien los desastres de otro vicio.

Se supone que hay personas dotadas de un poder inexplicable, por medio del que ejercen funestas influencias sobre los seres con quienes se ponen en comunicacion ó en contacto. La potencia principal de este hechizo se cree que reside en los ojos y que está en la mirada, aunque para los efectos del maleficio sea necesario alguna vez el concurso de la palabra y del tacto.

No se trata de un magnetizador que á fuerza de pases hace dormir á la persona sometida á la accion del flúido magnético de que dispone, y contando con la mayor ó menor *lucidez* del sonambulismo, lo obliga á moverse segun su voluntad, á hablar lenguas que le son desconocidas, y á ver á largas distancias y al traves de cuerpos opacos. Esta diablura, medio científica, medio nigromántica, no pasa de ahí; el sonámbulo se despierta, nada ha visto ni nada ha oido, ignora lo que ha sido de él en el trascurso de su sueño, y por de pronto la brujería no tiene más consecuencias. Son fenómenos que pertenecen á la magia recreativa.

No se trata de eso: la diabólica influencia de que hablamos causa terribles estragos en las personas sobre quienes se ejerce; es muy anterior á la *cubeta de Mesmer*, orígen, digámoslo así, científico de tantos charlatanes y de tantos magos, porque al fin Mesmer era hombre de ciencia y se le ofrecian grandes sumas por su secreto en nombre del Estado. Si por una parte ejercia el poder de su magia agitando la varilla del nigromante, por otra parte ostentaba el bonete del sabio; sus prodigios participaban á la vez del magisterio, de la cátedra, y de la alucinacion que causan los juegos de manos, y sea como quiera, los fenómenos de sus experimentos se presentaban, lo mismo á los ignorantes que á los sabios, en nombre de la ciencia.

Aquí se trata de prodigios enteramente empíricos; no hay una teoría siquiera que intente explicarlos, ni jamas sabio alguno se ha creido obligado á tomarlos en cuenta. No se realizan en presencia de ningun público, carecen

de teatro, son hechos aislados que no han obtenido nunca el honor de una doctrina: la hechicería se verifica sin trípode y sin cátedra, y no forma ni escuela ni secta. El mago que posee ese dón diabólico no hace profesion de su funesta influencia, y acaso él mismo ignora el poder de que dispone; y es un dón funesto concedido con preferencia á las mujeres.

Si este influjo es puramente en el individuo, si sólo obra en momentos determinados, si es voluntario ó involuntario son cuestiones que nunca he visto suscitadas ni jamas resueltas. Acerca de este punto el misterio aparece rodeado de tinieblas impenetrables.

El efecto que produce se ve, se palpa, se lamenta, pero la sustancia del fenómeno, la causa del prodigio se escapa á toda averiguacion, se niega á todo análisis, y, semejante á la mano del asesino que hiere en la sombra, asesta el golpe tremendo y se oculta en la oscuridad en que vive.

Tiene su nombre y se llama *Mal de ojo*.

Una dolencia misteriosa, un trastorno orgánico inesperado, una turbacion inexplicable del entendimiento; la locura, la enfermedad ó la muerte, son los efectos de su odioso influjo. Y como si el espíritu infernal que lo inspira fuese el encargado de aborrecer todo lo que brilla en el mundo por alguna circunstancia bella, su poder maléfico busca, digámoslo así, la luz para apagarla. Bien pudiera presumirse que el ódio reconcentrado del mismo Lucifer contra toda perfeccion es quien lo anima. Parece que es el espíritu lúgubre y rencoroso de la envidia.

Cuando de la noche á la mañana el rostro del niño

sonrosado y fresco como una flor que empieza á abrirse, ó como un dia que amanece, se presenta pálido, entristecido, sin el rayo de la alegría en los ojos, sin las sonrisas de la salud en los labios; si observais que su frente, un momento ántes tan risueña, se inclina agobiada por un peso invisible; si advertis que tiembla, que se estremece, que el llanto no encuentra salida y se anuda á su garganta; si lo veis aniquilarse y morir, el médico os dirá con su denominacion vulgar ó con su denominacion técnica el nombre de aquella dolencia extraordinaria y repentina, pero no faltará allí entre los espectadores de tan doloroso cuadro unas cejas que se frunzan con enojo, una cabeza que se mueva con desaliento y una voz que exclame:

—¡Ah! ¡Le han hecho *mal de ojo!*

La madre añadirá:

—Sí, ayer daba encanto el verlo y hoy no es ni su sombra. Nunca se le habia visto ni tan hermoso, ni tan alegre; vendia salud y alegría; estaba para que le hicieran *mal de ojo*.

—¡*Mal de ojo*! —repite otra voz.— Pero ¿quién?

—¡Quién! Algunos ojos traidores, alguna mano maldita, algun corazon sin entrañas.

Y se indaga quien lo miró, quien lo besó, quien lo tuvo en sus brazos, quien ha infiltrado en sus venas el hechizo mortal que lo aniquila; y se levanta una nube de sospechas, nada más que sospechas, porque el maleficio se realiza en las sombras del misterio, sin señal que lo anuncie ni rastro que lo descubra. Basta una mirada, un beso, una sonrisa, para que el vaso de la salud se quie-

bre y la vida se rompa. Mirada que debe ser diabólica, beso que debe ser horrible, sonrisa que debe ser espantosa. Pero mirada que se escapa, beso que no se conoce, sonrisa que no se descubre.

La enfermedad puede ser una ú otra, ésta ó aquélla; entre tantas puede ser cualquiera, aunque siempre la acompañan circunstancias extraordinarias y caractéres misteriosos; siempre hay algo fantástico en ella. Unas veces es repentina como una puñalada, otras veces es lenta como un veneno; el enfermo experimenta fenómenos que no acierta á explicarse, hay confusion de síntomas y las medicinas parece que pierden toda su eficacia.

Pero bien; no se trata de la enfermedad, désele el nombre que se quiera en el lenguaje técnico; ella en resúmen no es más que un efecto, y hé aquí que la causa es la que se busca.

El niño estaba sano como una manzana, alegre como una primavera y hermoso como un lucero: ¿qué causa ha podido aniquilarle de repente?

¿Un alimento nocivo? No; precisamente no habia comido nada.

¿Un aire? Tampoco, porque el niño no salió en todo el dia de la casa.

En su cuerpo no aparece señal de lesion ninguna.

¡La causa! Hé ahí lo que no se encuentra, y como necesariamente ha de haber alguna, resulta evidente que es *mal de ojo*. Sí, está herido de una mirada alevosa, de un beso traidor, de una sonrisa envenenada.

El hechizo ha partido de unos ojos diabólicos ó de

unos labios infernales. No hay que darle vueltas, le han hecho *mal de ojo*.

Tal es poco más ó ménos el caso más frecuente de esta especie de brujería, antigua en el mundo y que corre sin contradiccion entre las gentes sencillas, más fantástica por cierto y ménos visible que la brujería de los ópalos, que empieza á ponerse en moda entre las gentes despreocupadas.

Por lo demas, bien puede decirse que hay naturalezas funestas que se complacen en el mal que causan, seres que, descontentos de sí mismos, parece que sólo viven de las desdichas ajenas; almas todas hiel que, como Neron, sienten que el género humano no tenga una sola cabeza para cortarla de un solo golpe: ellas envenenan todo lo que tocan, y me atrevo á decir que *hacen mal de ojo* á todo lo que miran. Si son sabios envenenan la ciencia, si son ricos su oro es veneno, si son hombres de mundo envenenan las conversaciones y las costumbres.

La envidia por sí sola es capaz de envenenarlo todo.

III.

Victoria y Leocadia se encuentran, sin saber cómo, unidas íntimamente por el vínculo de una de esas amistades que forma la vecindad. Ambas son jóvenes, pues aunque hay entre ellas la diferencia no corta de siete años, porque Victoria va á cumplir veinticinco y Leocadia acaba de cumplir diez y ocho; mas estas edades suelen confundirse. No se avienen mal la inocencia que to-

davía se conserva á los diez y ocho años y la experiencia, ó más bien la malicia que ya se ha adquirido á los veinticinco.

Probablemente no se habrian conocido nunca si la casualidad no las hubiese juntado bajo un mismo techo, porque vivian en la misma casa y en el mismo piso, Leocadia en el cuarto de la derecha y Victoria en el cuarto de la izquierda. Sólo una pared las separaba, y ademas los balcones se hallaban tan cerca que podian hablar y comunicarse sus secretos sin que nadíe las oyera.

¿Se querian mucho? No puedo asegurarlo: ellas sí se lo aseguraban mutuamente, y por la frecuencia con que se buscaban en los balcones, pudiera inferirse que no acertaban á vivir la una sin la otra. No obstante, me inclino á creer que si la ausencia se hubiera interpuesto entre ellas se habrian olvidado pronto, muy pronto; porque, en fin, preciso es decirlo, no era todo amistad lo que que las obligaba á buscarse en los balcones; habia algo tambien de amor. ¡Pícaro amor! que ha de mezclarse, aunque nadie lo llame, en todas las cosas de la vida.

Es el caso que paseaba la calle un jóven bastante admisible, cuyo aspecto hablaba en su favor, no solamente de su persona, sino tambien de lo desahogado de su posicion, pues iba siempre muy bien vestido, y ademas pasaba muchas tardes á caballo en un potro castaño, que se deshacia en corvetas al pasar delante de los balcones de Leocadia y Victoria, en los que, por pura casualidad, siempre estaban ellas.

El caballo atestiguaba que era un caballero, y su manera de caer en la silla, y su facilidad en manejarlo, da-

ba á entender que era regular jinete. Mas no se contentaron las dos amigas con esos datos, pues Victoria pudo averiguar que el jóven caballero era hijo de un agente de Bolsa, bien acreditado, hombre experto en los negocios, y al que se le suponian muy pingües ganancias. De manera que al exterior agradable del jóven se unia la perspectiva de un buen pasar. ¡Friolera! el muchacho estaba en camino de ser hijo de un banquero. Esto era miel sobre hojuelas.

Tambien sabian que el hijo del futuro banquero se llamaba Plácido, nombre que á Victoria le parecia poco sonoro, poco brillante, pero que á Leocadia le sonaba muy bien, porque le encontraba dulce y apacible.

Por lo demas, las dos amigas eran el dia y la noche. Victoria era morena y Leocadia rubia; la primera tenía la sonrisa amarga y la mirada dura; la otra sonreia poco más ó ménos como el alba que colora el cielo, y miraba como mira la claridad de la mañana. Si me es permitido explicarme así, diré que eran dos crepúsculos: el que anuncia al dia y el que anuncia á la noche. En Leocadia se reflejaba la luz, en Victoria la sombra.

Los chasquidos de las herraduras sobre las piedras de la calle sonaban en los oidos de una y otra lo mismo que el repiqueteo de una campanilla que llama con urgencia, y las dos acudian cada una á su balcon respectivo, tan á tiempo que no se sabía cuál de las dos habia llegado ántes. Leocadia encontraba á Victoria en su balcon, y Victoria encontraba en el suyo á Leocadia, y una y otra se sonreian y se hablaban como si hiciera un siglo que no se habian visto.

Pasaba el caballo luciendo toda la gallardía de su fuerza y toda la arrogancia de su bella estampa, encabritándose, piafando, manteniéndose con vigorosa gracia sobre los resortes de sus piernas elásticas lo mismo que el acero. El jinete, balanceándose sobre la silla, miraba ¿á cuál? á las dos; los balcones estaban tan juntos que no era fácil distinguir á cuál de las dos iban particularmente dirigidas aquellas miradas. Victoria se sonreia, Leocadia se sonreia tambien, y el caballo, llenando la calle, llegaba á la esquina; Plácido volvia la cabeza, miraba de nuevo y desaparecia.

Entónces entrambas quedaban silenciosas por algunos momentos, hasta que una, cualquiera de las dos, decia algo, se enredaba una conversacion y hablaban por los codos, como hablan diez y ocho años de inocencia y veinticinco de malicia.

Una tarde sucedió con corta diferencia lo que acabo de contar, y las dos amigas se quedaron silenciosas luégo que Plácido hubo desaparecido en el extremo de la calle y hubo enviado á los dos balcones su última mirada.

Ambas continuaban distraidas, como si la habitual locuacidad que de contínuo animaba sus lenguas estuviese agotada.

Victoria fué al fin la que rompió el silencio diciendo:

—Los caballos son animales nobles y hermosos y muy inteligentes.

—Sí— añadió Leocadia—yo los he visto trabajar en el Circo de Rivas, y hacen cosas que parece mentira.

—Donde trabajan admirablemente—replicó Victoria contrayendo las cejas—es en el Circo de *Price*.

—Es lo mismo—dijo Leocadia.—Circos son los dos y caballos los unos y los otros.

—Sin duda—volvió á replicar Victoria.—Circos son los dos y caballos unos y otros; pero en *Price* hay ahora una compañía sobresaliente; anoche estuve y los vi hacer prodigios.

—¿Estuviste anoche?

—Sí.

—¿Hubo mucha gente?

—Mucha.

—¿Te divertirias?

—Phs!

—¿A quién viste?

—Vi...—contestó Victoria—no recuerdo en este momento. Ah, sí, ahora caigo: vi á Plácido.

—¡Hola!—exclamó Leocadia.—Es natural, parece que ha de ser aficionado á los caballos.

Victoria movió la cabeza.

—¿No?—preguntó Leocadia.

—Sí—le contestó su amiga.—Todos los hombres son aficionados á los caballos; y si no fuera más que eso, pase.

—¡Qué! ¿Hay más?

—Vaya!

—¿Qué hay?

Aquí la morena hizo un gracioso gesto con la boca, contestando:

—Chica, el señor don Plácido tiene todas las trazas de un insigne calavera.

—¡Qué dices! —exclamó Leocadia.

—Lo que oyes: es amigote de los *clowns:* ¡figúrate tú qué gente! Allí lo veia entrar y salir hecho todo un personaje ecuestre. Si no estoy equivocada, al salir la que monta en pelo, la esperó y le puso en la mano un ramo de flores que ella se llevó á la boca, quiero decir á las narices. Esto no quita que le haga el *rendivu* á no se qué ricacha de provincia. Vamos, te digo que es un *coqueton* que se pierde de vista.

Victoria decia todo esto con esa indiferencia con que se habla de cualquier cosa. Miraba á una parte y á otra con la volubilidad de los ojos que no encuentran donde fijarse, como si no prestára grande atencion á lo que estaba diciendo. Leocadia por su parte la oia sin pestañear, y cuando acabó le dijo:

—Parece imposible. ¡Ah! yo no lo hubiera creido nunca.

—¿Por qué? ¡Bah! hay que creerlo todo. Pero, vaya, hablemos de otra cosa.

Leocadia apoyó el codo en el pasamano del balcon y se pasó la mano por la frente. Victoria habló de modas, de teatros, de todo lo que hablan las mujeres, sin conseguir de su vecina más que medias sonrisas y medias palabras.

La madre de Leocadia era una señora chapada á lo antiguo, que vivia á la buena de Dios, franca como pocas mujeres; lo que habia en su corazon al instante estaba en su boca. Al ver á su hija que acababa de dejar á Victoria, exclamó diciendo:

—¡Bueno! ¡Bueno! Ahora te entras del balcon, estás

delicada, y ya es casi de noche. Pues, charlando con la vecina. Yo no digo que no la quieras y que no la trates, pero tanto balcon es una tecla. Y lo estoy viendo, esa amiga te va á costar caro. No sé qué le encuentras, porque lo que es á mí no me pasa de los dientes adentro. ¡Te entran á tí unas amistades!

Leocadia no contestó nada á su madre. Se acercó al piano, pero no pudo combinar dos notas. Habló poco en el resto de la noche; parecia distraida y se acostó temprano: temprano y triste.

IV.

Leocadia y Victoria no se veian siempre por los balcones, porque algunas veces pasaba la una á la casa de la otra, y se les iba bien la mañana ó bien la tarde charla que te charla.

Al volver á encontrarlas las hallamos en el tocador de Leocadia, porque ésta habia madrugado poco y estaba dando la última mano á su tocado, cuando se presentó Victoria. Venía la vecina magníficamente peinada, y la nube de rizos negros que se levantaban sobre su frente daban mayor realce á la expresion audaz de su fisonomía.

Primero la vió Leocadia en la luna del espejo que tenía delante, y por un capricho del cristal se le apareció la cabeza de su amiga deforme: la boca torcida, formando una mueca horrible, los ojos inflamados como los ojos de las fieras cuando muerden, las cejas erizadas y frun-

cidas, la frente sombría y amenazadora. La cabeza que vió Leocadia en el espejo fué una cabeza espantosa. Pero la vision duró poco, porque volvió los ojos asustada y se encontró, digámoslo así, con la realidad de su amiga, que ciertamente era otra cosa, y no pudo contener una exclamacion de asombro al verla:

—¿Te asusto?—le preguntó Victoria.

—No—le contestó—me admiras.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo me encuentras?

—Ya te lo he dicho: admirable.

—¡Te burlas!

—No: jamas te he visto tan bella. No sé en qué consiste la expresion que advierto en tu semblante: me parecen más blancas tus mejillas y más negros tus cabéllos. ¿Qué has hecho con tu cabeza?

—Lo de siempre—contestó Victoria.—¡Qué he de haber hecho! Peinarla.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Tú sola? volvió á prèguntar Leocadia.

—Yo sola—volvió á contestar Victoria.

Ambas se quedaron contemplándose; mejor dicho, Leocadia contemplando á Victoria, y Victoria dejando que su amiga la contemplára.

Esta última hizo un movimiento de curiosidad satisfecha, el mismo que hace el niño al descubrir el resorte que da vida al juguete que tiene entre las manos, y exclamó de pronto:

—¡Ah!

—¡Qué!—preguntó Victoria.

—Que ya sé en lo qué consiste el particular encanto que traes esta mañana.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Veamos; ¿en qué consiste?

—Consiste—dijo Leocadia—en ese lazo de color de fuego que llevas prendido en la cabeza. ¡Oh, sí! es un hermoso color que sobre lo negro de tus cabellos produce un efecto que deslumbra. Mira, parece un relámpago en una nube.

—¿Te gusta?—preguntó Victoria.

—¡Oh! sí; me gusta mucho. ¡Está puesto con una gracia, con un gusto! Vamos, pareces otra. ¡Qué original!

—Es un capricho. Yo no tengo doncella que piense por mí, y esta mañana no sabía que hacer de mi *toilette*, y he hecho esto.

—Ha sido una buena idea—añadió Leocadia—que quiero plagiar.—Quiero imitarte.

—¿Tú?—preguntó Victoria frunciendo ligeramente el entrecejo:

—Yo. Verás. Debo tener un lazo como ése, y voy á prenderlo como tú te has prendido el tuyo. Vas á servirme de modelo.

Diciendo así abrió el primer cajon de una cómoda de nogal que formaba parte del menaje de su tocador, y buscó en las cajas de sus adornos un lazo igual al que llevaba Victoria. Lo encontró al fin y dijo:

—Aquí está.

Era un lazo azul de color de cielo, que debia caer sobre las ondas de sus rizos rubios, como una turquesa sobre engaste de oro.

Miró Victoria el lazo que le presentaba su amiga, y como ántes las cejas, frunció ahora la boca, diciendo:

—¡Ah! es azul. Hermoso color, hecho expresamente para las rubias. A las morenas—añadió mordiéndose los labios—nos está prohibido usarlo.

Leocadia puso su lazo encima del tocador, y se colocó delante del espejo. En un abrir y cerrar de ojos deshizo todo su peinado, y aquellas hermosas trenzas cayeron deshechas sobre sus hombros y sobre sus espaldas en abundantes ondas como una cascada de oro. Nada más bello que aquel torrente de rizos brillantes, al traves de los que asomaban las correctas líneas del perfil, la blancura de las mejillas, la púrpura de los labios y el azul aterciopelado de los ojos. La cabeza de Leocadia tenía en aquel momento algo de aureola, algo de ángel. Parecia que toda la luz que iluminaba la estancia iba á reunirse alredor de su frente y deshaciéndose en luminosos reflejos inundaba sus rizos y envolvia su cabeza.

Victoria espiaba con mirada sombría los movimientos de su amiga, formando contraste la sombra que proyectaban sus ojos negros, sus rizos negros y su tez oscura, con la claridad que brillaba en los ojos azules, en los rizos rubios y en la tez nacarada de Leocadia.

Así como la luz acudia á iluminar el rostro de ésta, del mismo modo huia de Victoria dejándola envuelta en las tinieblas de un velo misterioso. Contraste extraño en

el que un pincel atrevido habria descubierto el secreto de un cuadro fantástico. Victoria parecia la sombra de la noche y Leocadia el albor de la mañana; formaban el contraste que ofrecen el cielo y la tierra.

En el fondo del espejo veia Leocadia su imágen, y sus manos blancas como dos azucenas comenzaron á ordenar el tumulto de rizos que ondeaban sobre su frente. Poco á poco fueron entrando en razon y al cabo de algunos instantes se levantaban graciosamente enlazados. Era el mismo tumulto de rizos; pero tumulto ordenado por ese arte infuso con que las mujeres saben embellecerse.

Victoria miraba atentamente la destreza con que Leocadia iba formando el artificio de su peinado, y sus ojos fijos se clavaban tan penetrantes como las agujas con que la bella peinadora sujetaba sus cabellos.

Terminada la obra se volvió Leocadia á su silenciosa vecina, preguntándole:

—¿Qué tal?

—Muy bien—le contestó.—Estás hermosa. Ahora sólo falta colocar el lazo.

Dicho y hecho: el lazo, suspendido en el aire como una mariposa que busca donde posarse, cayó sobre los rizos de Leocadia, quedando prendido en ellos con toda la gracia del mundo. Victoria exclamó:

—¡Ah! ¡Es un prodigio!

Y pasó por su frente una nube y brillaron sus ojos con luz azulada, semejante á la que despide el acero en la hoja de los puñales, luz fosfórica, fria como el hielo y sombría cómo la muerte; al mismo tiempo sus dientes

menudos rechinaron oprimidos unos con otros. Despues de este acceso se echó á reir á carcajadas.

—¿Te ries?—le preguntó Leocadia.

—Sí—le contestó—me rio. Mírate, mírate al espejo.

Miróse Leocadia y tambien rompió en reir. ¡Qué diablura! El lazo tan graciosamente colocado se habia torcido de manera que era imposible verlo sin reirse. Lo puso de nuevo en su posicion primitiva; mas apénas la mano lo dejó libre volvió á torcerse, y las dos amigas se echaron á reir de nuevo.

Por tercera vez intentó Leocadia devolver al lazo la gracia que en un instante habia perdido; pero ¡esfuerzo inútil! el lazo rebelde se descomponia en cuanto la mano lo abandonaba.

—Parece que está vivo—dijo.

—Sí—contestó Victoria.

Acudió con las dos manos, lo prendió con dobles alfileres y ya lo creia seguro, cuando, como si fuese estrujado por una mano invisible, dobló sus hojas y se retorció sobre sí mismo, de la manera que se enroscan las hojas de los árboles que se secan.

Habríase creido que un soplo abrasador habia consumido la frescura de la seda y la gracia de la forma, más aún, la pureza del color azul que ostentaba se veia manchada por aguas amarillas y rojas que formaban tornasoles detestables.

—¡Oh!—exclamó Leocadia.—Este lazo parece hechizado.

La vecina elevó el labio inferior y se encogió de hombros, miéntras Leocadia arrancaba el lazo de sus cabe-

llos porque sentia un vago escozor en el sitio donde le tenía prendido. Al arrancarlo crujieron los cabellos como aristas que se quiebran; y lo arrojó léjos de sí, porque creyó que sus dedos ardian al tocarlo.

Esta vez no se rieron ni la una ni la otra: Victoria sacudió la cabeza con aire á la vez enojado y triunfante, y Leocadia bajó la suya con tristeza.

V.

El calavera de Plácido á pesar de la acróbata que monta en pelo en el circo de *Price* y de la ricacha de provincia, no deja de pasear la calle, unas veces á pié y otras á caballo, segun caen las pesas. Las dos amigas por su parte no tienen en cuenta los datos poco favorables adquiridos acerca del hijo del agente de Bolsa, ó sea del futuro banquero, pues se asoman al balcon siempre que oyen rechinar el empedrado de la calle bajo los cascos de un caballo.

La madre de Leocadia le ha tomado manía á Victoria sin saber por qué, como ella misma dice; mas sin que acierte á explicarse el motivo, ello es que la amistad de su hija con el demonio de la vecina no le hace maldita la gracia; y eche V. por arriba ó eche V. por abajo, las dos amigas están á partir un piñon, y siguen siendo uña y carne sin que haya manera de cortar por lo sano.

La buena señora, que si no es de las que las cogen al vuelo no es tampoco de las que las sueltan fácilmente, está siempre dale que dale sobre el mismo tema, y venga

ó no á pelo saca á relucir á la vecina, y hay sermon para rato.

—¡Válgame Dios! criatura—le dice á su hija—¡qué manía de vecina! Voy á sospechar que esa mujer te tiene hechizada. Será muy buena; ¡ya lo creo! y se conoce que no se mama el dedo. Yo nada le quito ni nada le pongo con decir que no me gusta, porque de gustos no hay nada escrito; pero, tiene aire de gitana, y muerde cuando habla y hiere cuando mira. No digo yo que se le dé con la puerta en las narices... nada de eso; las gentes se han hecho para tratarse, y entre vecinos no debe haber *tiquis miquis*. Buenos dias... buenas tardes... Cuatro palabras de balcon á balcon; visita hecha, visita devuelta, y *laus Deo*. Pero esto de andar siempre la una detras de la otra, del balcon entro y al balcon salgo... por la mañana, por la tarde, por la noche. Tú que vas, ella que viene. Y luégo ¡qué mareo! Victoria lo ha dicho, Victoria lo sabe, así lo hace Victoria, y Victoria no te se cae de la boca. Bueno que os veais y que os hableis, que tú vayas y que ella venga, pero de uvas á peras.

Leocadia oia los sermones de su madre, se sonreia, la besaba, y hasta otro. ¿Qué se hace con una hija humilde, discreta y cariñosa que oye, calla y besa? Lo que hacía la madre de Leocadia... nada.

Ya se ve, esta madre, como todas, era al fin mujer, y algo habia olido ella de un tal Plácido, jóven de regular presencia, bien acomodado que, unas veces á pié y otras á caballo, paseaba la calle con cierta continuidad sospechosa, y como al fin y al cabo Leocadia no se criaba para monja, hacía la vista gorda hasta ver en qué paraban

aquellos paseos. Ella tambien habia sido muchacha, y las mujeres suelen tener dos juventudes: primero la suya y despues la de sus hijas. En una palabra, la inclinacion que advertia en Leocadia hácia el jóven del caballo, no la miraba con tan malos ojos como la que mostraba á la vecina. La buena señora discurria, á pesar de sus cortos alcances, que la primera era mucho más natural que la segunda.

Algunas noches se reunian en casa de Leocadia várias personas de la intimidad de la familia y se hablaba de los sucesos del dia, se tocaba el piano, se cantaba y, quieras que no quieras se pasaba el rato. La buena señora tenía tambien sus noches de *recepcion;* y aunque el *bouffete* no era espléndido, nunca faltaba alguna conserva para endulzar la boca y vasos de agua para refrescar los labios. Todas las personas que acudian allí á matar la noche eran de confianza en la casa, de manera que se divertian buenamente, segun la vulgar expresion de la madre de Leocadia, en familia, segun el lenguaje que se usa entre las gentes que frecuentan los salones, un *petite comité.*

Llegó un dia en que la señora de la casa mostró más esmero en el aseo de los muebles y en la limpieza de las habitaciones, hizo limpiar los quinqués, renovar las torcidas, llenándolos de gas hasta los topes; añadió al mueblaje del recibimiento una mesa de aparente caoba, que estaba arrinconada en un cuarto interior; sobre ella puso un tarjetero de porcelana; las cuatro sillas de Vitoria que ordinariamente adornaban esta primera pieza de la casa se aumentaron con otras dos; faltaba una percha y se puso: y, por último, se cubrió la estera con un pedazo

de alfombra vieja, que de noche parecia otra cosa. En la sala no se hizo más que desfundar la sillería, lo cual era bastante.

En cuanto á su hija, le advirtió que se vistiera bien, recomendándole una falda de color de rosa, que era el encanto de los ojos.

—Esta noche—añadió,—vienen los amigos, y ya que nos hacen compañía, hay que recibirlos con decencia.

Leocadia le replicó:

—Para los amigos que vienen algunas noches no tengo necesidad de vestirme tanto; son de confianza y no extrañarán verme esta noche como me ven siempre.

—Es que...—Empezó á decir, pero su hija la interrumpió preguntando:

—¿Qué?

—Que acaso tengamos una nueva visita.

—¿Nueva?

—Pues.

—¿Las señoras de...?

—No; no se trata de señoras. Señoras bastantes estamos en el mundo.

—¿Pues de quién se trata?—preguntó Leocadia.

—Se trata de un jóven—le contestó la madre.

—¿Y para un jóven—volvió á preguntar—he de ponerme la falda de color de rosa?

Esta pregunta de Leocadia se tendrá por inverosímil, si no se tiene en cuenta que las mujeres se visten principalmente para las mujeres, porque ellas son los verdaderos votos en la materia. Ellas son las que saben apreciar el valor de los adornos y los efectos del tocado; ellas se

encuentran se repasan y se desmenuzan de arriba á abajo. La crítica del tocador les pertenece de derecho.

—Sí—le contestó la madre.—Es un jóven que viene por primera vez á casa, y la falda de color de rosa es la que mejor te sienta.

—Pero bien—replicó Leocadia—aunque ese jóven venga por primera vez á casa y sea un príncipe extranjero, ¿he de ponerme de tiros largos?

—Sí, hija, sí. Tus amigas, que estarán ya en el secreto, se vendrán puestas de veinticinco alfileres, y yo no quiero que tú hagas mal papel en ninguna parte.

—¡Secreto!—exclamó Leocadia.

—¡Secreto! ¡secreto!—repitió la madre.—No es ninguna cosa del otro juéves. Un jóven que quiere ser presentado en una casa, que encuentra un amigo que lo presente, que este amigo lo presenta, que es bien recibido, y santas pascuas. Tú dirás: ¿pero quién es ese jóven? Pues... uno de tantos. Un chico de buena familia, que monta á caballo... un tal Plácido. ¿Le conoces?

La hija se puso encarnada y bajó los ojos, miéntras la madre volvió la cabeza para ocultar la sonrisa maliciosa que retozaba en sus labios.

Despues de este diálogo entre la madre y la hija, Leocadia se fué al balcon como una flecha á comunicarle á su amiga la novedad de la presentacion de Plácido. La inocencia es comunicativa, no suele tener secretos, y hé ahí que no sabe guardarlos. Ademas aquella noticia inesperada no le cabia á Leocadia en el pecho; necesitaba álguien con quien partirla; se la habria dicho á todo el mundo, cuanto más á su vecina. Pero es el caso que Vic-

toria no estaba en su casa : habia salido aquella tarde á paseo con una parienta suya, en carretela descubierta, y no volveria hasta muy tarde: tal vez comeria con su parienta, y era probable que pasára la noche en el teatro. Por consiguiente, tuvo que guardar su secreto en el fondo del alma.

En cuanto oscureció, empezaron á encenderse las luces, y á los pocos minutos estaba la casa hecha una ascua de oro.

¡Qué largas le parecian á Leocadia las horas de aquella tarde! La falda de color de rosa le caia perfectamente. Parecia la aurora; ¡qué capricho! la aurora esperando la noche. Iba de una parte á otra, ¡inocente! creyendo que su movilidad le haria andar más deprisa al tiempo. Al paso se veia en las lunas de los espejos, y no le disgustaba verse; así á lo ménos entretenia la impaciencia.

Al fin empezaron á llegar los amigos, y ese fin fué el principio de la fiesta.

La sala se animó lo mismo que una luz á la cual se le echa aceite, y desde los primeros saludos comenzó á enredarse el hilo de las conversaciones, á las que Leocadia no prestaba mucha atencion, porque sus oidos estaban fijos en la campanilla de la puerta, y sus ojos en el reloj colocado sobre la consola delante del espejo.

Dieron las nueve, y ya estaban allí los habituales concurrentes. No faltaba ninguno, es decir, sólo faltaba el jóven que debia ser presentado, y el amigo que habia de presentarlo.

Sonó la campanilla con vivo repiqueteo. Eran ellos sin duda alguna; mejor dicho, era *él*, porque en realidad *él* era el que faltaba.

Leocadia sintió abrirse la puerta y volver á cerrarse, y sus ojos azules como el cielo, se anticiparon involuntariamente á recibir al recien llegado.

Hubo un momento en que creyó que las luces vacilaban y se oscurecian cubriendo la sala con un paño negro, que los cuadros danzaban sobre las paredes, que los espejos se escapaban de los clavos á que estaban sujetos, que los muebles se movian, saltando sobre el pavimento. Las caras de los circunstantes daban vueltas alrededor de sus cuellos, pálidas, cadavéricas, haciendo gestos horribles, y en la puerta de la sala vió aparecer una sombra informe, y el aire se heló á su presencia.

Se agarró á la silla en que se hallaba sentada para no caer desvanecida.

VI.

Antes que Leocadia acabára de reponerse del vértigo que se habia apoderado de ella, sintió sobre sus mejillas un beso frio, ni más ni ménos que si la besára un cadáver. Abrió los ojos, y se encontró con los de Victoria. Era la vecina la que la besaba. No habia hecho más que entrar y acudia á saludarla, como se saludan las amigas, con un beso. Detras de los labios con que se besa están los dientes con que se muerde.

—¡Ah!—exclamó Victoria dirigiéndose á la madre de Leocadia.—He violado las leyes de la etiqueta saludando ántes á la hija que á la madre; pero no nos hemos visto en todo el dia, tenía hambre de verla, y al entrar, perdonen VV., no he visto más que á ella.

Diciendo esto, se inclinó para besar á la madre, y la buena señora estuvo á punto de retirar la mejilla; pero en cambio puso la cara más agria que habia puesto en su vida. La vecina no reparó en ello, se reanudaron las conversaciones interrumpidas por un momento, y siguió la animacion entre los concurrentes.

Leocadia sentia un ardor particular, un ardor fantástico en la mejilla en que Victoria habia estampado sus labios, mas su imaginacion distraida sólo pensaba en la rapidez con que corria el tiempo, pues veia que la aguja del reloj iba pronto á señalar las nueve y media: tan pronto que pensando en que iban á dar dieron, ó, mejor dicho, dió, porque el timbre del reloj dejó oir un solo golpe, seco, desabrido, que fué á morir en el corazon de Leocadia, oprimiéndolo hasta arrancarle un suspiro. ¡Oh... era ya tan tarde!

A poco rato sonó la campanilla de la puerta con cierta timidez, más aún, con cierta dulzura; parecia que pedia permiso para sonar, y Leocadia se estremeció de piés á cabeza... Ya no cabia duda, era él, un poco tarde; pero al fin llegaba. En efecto, Plácido se presentó en la sala, acompañado del amigo que habia de presentarlo y que lo presentó en toda regla. Fué recibido con sencillez, hasta con familiaridad, y pasado el primer momento de expectacion, la tertulia volvió á las animadas conversaciones que son el alma de las tertulias.

Plácido saludó á las personas que le eran de antemano conocidas; habló, ya con unos, ya con otros, un poco de política, algo de teatros, y bastante de equitacion. Vió á Victoria y le hizo una cortesía, enviándole una

sonrisa, y dando vueltas fué al fin á sentarse al lado de Leocadia con la más perfecta naturalidad, y entabló con ella media conversacion. Digo media, porque Leocadia tenía un nudo en la garganta, y la lengua se le pegaba al paladar. No acertaba á coordinar dos ideas, ni á unir dos palabras. Jamas le habia sucedido una cosa semejante, y se desesperaba interiormente de su torpeza, y se afligia, y hubiera roto en llorar, pero ni llorar podia.

Tomaba, pues, parte en la conversacion con medias palabras, con monosílabos. Mas lo que no iba en lágrimas iba en suspiros, pues los ojos se vengaban de la torpeza de la lengua, y sin soltar prenda, dejaban comprender á Plácido que se complacian en verlo. Los labios echaban tambien su cuarto á espadas, pues para eso les ha dado Dios las sonrisas, y con ellas, sin hablar palabra, daban á entender todo lo que no decian, y áun mucho más de lo que callaban.

De esta manera hablaron un buen rato; mas no era cosa de estar toda la noche habla que te habla, y Plácido, con pretexto de ver un álbum de retratos que habia sobre una mesa, se apartó de Leocadia, dejándole una mirada de esas que llegan al alma. Luégo se dirigió á la señora de la casa, se sentó junto á ella, hablándole con tanto acierto y con tanta gracia que la hacía reir como á una tonta. Se echaba de ver que el mozo sabía perfectamente donde le apretaba el zapato.

Cuando Leocadia se vió sola, sintió que podia respirar á sus anchas, halló más expedita su lengua y su voz más segura, el peso que ántes sentia la abandonaba, y se le ocurrian frases felices, palabras discretas, dichos agu-

dos, todo lo que hacía un momento no le habia ocurrido. No acertaba á explicarse qué especie de nube era la que habia pasado por su imaginacion, qué misteriosa ligadura habia sujetado su lengua, ni qué mano invisible ahogaba su voz, su voz limpia y sonora como la de una campanilla de plata.

Mas todo habia pasado, y á pesar de aquellos inexplicables desvanecimientos se encontraba feliz, dichosa, como no recordaba haberlo sido nunca. Buscó con los ojos á Victoria para ir á reunirse con ella, y hablar y reirse; porque tenía mucha necesidad de dar salida á sus pensamientos y abrir paso á su alegría. Buscóla, pues, y la encontró muy metida en conversacion con el amigo de la casa que habia presentado á Plácido, y creyó indiscreto interrumpirla.

Entónces reparó que la cabeza de su vecina proyectaba sobre la pared una sombra deforme, monstruosa, semejante á la que habia visto retratarse en el espejo el dia del lazo. Las facciones desmesuradamente abultadas presentaban contornos fantásticos, que cambiaban á cada instante de forma; la nariz se alargaba como una guadaña, la frente se hundia, y la boca, abriéndose y cerrándose, parecia morder algo que no se veia. El más pequeño movimiento alteraba las líneas de la sombra, y otra cabeza, igualmente fantástica sustituia, á la primera. Creeríase que la pared se entretenia en vomitar monstruos; era una sucesion contínua de horribles cabezas, que se iban engendrando sucesivamente unas á otras.

Leocadia queria apartar la vista de aquellos diabólicos caprichos de la sombra; pero sin querer, sus miradas vol-

vian al mismo sitio, atraidas por una fuerza desconocida para ella. Era una terquedad de sus ojos que no podia vencer; y las cabezas se sucedian haciendo muecas imposibles, y dando vueltas sobre sí mismas con rapidez creciente: se empujaban unas á otras, se anudaban, se despedazaban entre sí; aquello era un torbellino de cabezas.

En esto sonó el piano, y Leocadia creyó despertar de un sueño, miró á la pared y las cabezas habian desaparecido.

En medio del mayor silencio, una de las señoritas de la tertulia ejecutó lo mejor que pudo la sinfonía de *Guillermo Tell*. Las manos corrian por el teclado, y las cuerdas sonaban. ¿Qué más se le podia pedir á una aficionada que hacía poco más de un año que empezó á solfear? Acabó la sinfonía, en verdad, sin haberla empezado, recogió los parabienes que se le prodigaron y se quedó tan satisfecha.

—Ahora—dijo uno de los circunstantes—vamos á oir la voz con que deben cantar los ángeles, si Leocadia quiere que la oigamos.

—¡Yo!—exclamó ella tratando de excusarse.

—Tú—añadió su madre alzando la voz.—No eres una profesora, ya lo sabemos.

Plácido acudió á ofrecerle el brazo para llevarla al piano, y no hubo más remedio. Cogió el brazo que se le ofrecia, y con cierta arrogancia que realzaba la natural distincion de su persona, se dirigió al piano, resuelta á cantar con toda su alma.

Sentóse, colocó un papel de música en el atril, sus

dedos de niña trazaron sobre las teclas una rápida escala, y empezó el acompañamiento. Al modular la primera nota del canto, inclinó maquinalmente la mirada hácia la izquierda y se encontró con los ojos de Victoria, que se habia acercado al piano y la miraba de hito en hito, con mirada firme y penetrante como una espada, y la voz salió de su garganta áspera, indecisa, desafinada. Quiso reponerse, hizo un esfuerzo supremo, y prorumpió en un canto desabrido, insoportable. Las manos recorrian las teclas sin encontrar el acorde que buscaban, miéntras la voz, siguiendo el curso de notas que no estaban escritas, hacía esfuerzos desesperados por coger el hilo de la melodía que una mano invisible habia hecho pedazos. La voz iba por una parte y el piano por otra, y se buscaban sin encontrarse; la desafinacion los apartaba cada vez más, y el compas no parecia por ninguna parte.

Reinaba en la sala un silencio profundo, silencio terrible, semejante al de un sepulcro. En unos semblantes se veia retratada la compasion, en otros el asombro, y en algunas bocas se veia asomar la punta de la risa; sólo Plácido aparecia pensativo, y Victoria séria y cejijunta.

Leocadia no pudo pasar del primer tiempo; sintió un temblor interior que no le dejaba libres ni la voz ni las manos. Experimentó en su alma un peso extraordinario, se oscurecieron sus ojos y se levantó para no caer, dirigiendo á Plácido una mirada de angustia indecible. Él le presentó su brazo, diciéndose á sí mismo:

—¡Esto es inexplicable!

A la madre de Leocadia la podian ahogar con un cabello; un color se le iba y otro se le venía.

Desde aquel momento la tertulia languideció visiblemente, y alguno dijo:

—Parece que nos han hecho á todos mal de ojo.

Unos ahora y otros luégo, fué desapareciendo la concurrencia. Se despedian con cierta tristeza, como se despiden las gentes en un duelo.

Leocadia huyó á refugiarse en su cuarto, y allí, cubriéndose el rostro con las manos, se deshizo en lágrimas. Su madre entre tanto hablaba sola, repitiendo esta frase, que formaba todo su pensamiento.

«¡Dios me perdone! pero esa mujer es mala, mala, muy mala!»

VII.

Servia en la casa de Leocadia una muchacha, que si no admiraba como prodigio de perspicacia, poseia la malicia bastante para ir salvando los peligros de la vida. Se llamaba María, pero este hermoso nombre no sonaba nunca en sus oidos, pues no se la entendia más que por *Marusa*. De esta manera, con sólo nombrarla se dejaba entender que era gallega. Jamas se dirigia de frente al punto á que se encaminaba, y como las mariposas y los gatos, daba muchas vueltas ántes de llegar adonde iba.

Algo tenía ella entre ceja y ceja que le andaba haciendo cosquillas, y Leocadia era, como ahora ridículamente se dice, el *objetivo* de sus idas y venidas, de sus vueltas y revueltas, de sus medias sonrisas, de sus medias palabras y de sus miradas á hurtadillas; mas Leocadia,

embebida en sus tristes pensamientos, no reparaba en ello.

Al fin la gallega encontró coyuntura, y asegurándose ántes de que nadie podia oirla, llamó sobre sí la atencion de Leocadia, y guiñándole confidencialmente el ojo, exclamó en voz baja:

—¡Ay, señorita!

—¿Qué?— preguntó Leocadia mirándola con inquietud.

—Que algunas veces el demonio se nos mete en el cuerpo.

—¡En el cuerpo!—repitió Leocadia.

—¡Uf!—añadió Marusa.

—¡Uf!— Vamos, ¿qué quiere decir uf?

—Quiere decir que me va V. á regañar mucho.

—¡A regañarte! ¿Qué has hecho para que yo te regañe?

—Nada— contestó.

—Entónces, ¿por qué he de regañarte?

—Porque sí.

Leocadia quiso sonreirse, pero no hizo más que encogerse de hombros, y Marusa, dando vueltas entre los dedos á la punta del delantal, siguió diciendo:

—¡Ya se ve! á lo mejor la cogen á una desprevenida, y quieras que no quieras... allá va.

—¡Allá va! ¿qué?—preguntó Leocadia.

—Pues, lo de siempre. Figúrese V. que es un buen mozo, que mira con una tristeza que parte el alma, y habla unas palabras que parecen de miel. Y ahora entra lo bueno, le coge á una la mano, le pone en ella esto ó lo otro, y aquí falta uno: y ahí queda eso.

—Yo no te entiendo—le dijo Leocadia.

—Pues carta canta—replicó la gallega.—Esta mañana me esperó en la esquina, y sin más ni más me dió un papel... este papel que parece de seda.

—¿Quién te dió ese papel, Marusa?—le preguntó Leocadia.

—¡Quién!—exclamó.—No hay que preguntarlo; ese caballero que estuvo en casa la otra noche... que parece un rey... que pasa por aquí muchas tardes á caballo.

Bajó Leocadia los ojos, se puso encarnada como una amapola, y con mano temblorosa tomó el papel que Marusa le presentaba. Esta vió el cielo abierto, y respirando como el que saca la cabeza del agua, se fué, haciendo sonar en su bolsillo cuatro duros lo mismo que cuatro soles.

La carta era de Plácido, y estaba concebida en estos términos:

«No sé, Leocadia; cómo recibirá usted mi atrevimiento; mas confio en que si he logrado inspirarle algun interes, encontraré disculpa á sus ojos. Pienso en usted hace mucho tiempo, y sólo deseo saber si son insensatas mis esperanzas. Usted sola puede decírmelo. No me oculte usted ni mi ventura ni mi desgracia. La noche más feliz de mi vida ha sido la noche que la vi á V. en su casa, y sin embargo, pasé un rato cruel al verla á V. abandonar el piano trémula y afligida. ¿Qué fué aquello? No lo sé; pero la juro con toda mi alma que desde aquel momento es más vivo y más profundo el afecto que le profeso: la hermoseaba á V. la turbacion en términos que yo no podré olvidarla nunca.»

Leocadia acabó de leer estos renglones, y cruzó las manos y miró al cielo, sintiendo en su alma la doble alegría de la gratitud y del amor, y exclamando con las lágrimas en los ojos:

—¡Qué pasion! ¡qué respeto! ¡qué nobleza!

Desde aquel momento sus oidos se dedicaron á espiar los ruidos de la calle. A cada instante creia oir el galope de un caballo, porque se acercaba la hora en que Plácido solia pasar, y ella estaba deseando verlo para decirle con una sola mirada todo lo que deseaba saber.

No tuvo paciencia para esperar más tiempo, y se puso en el balcon. A los pocos instantes apareció Victoria en el suyo, y las dos amigas se encontraron; Leocadia, radiante de alegría, sonrosada por la emocion que agitaba su pecho; Victoria pálida y sombría. En esto Plácido se presentó en la esquina, y el caballo avanzó por la calle, llegó al pié de los balcones y saludó á las dos amigas, haciendo que el caballo se levantára de manos como si el jinete quisiera volar. Entónces Leocadia agitó su hermosa cabeza, dejando caer una dulce mirada y una alegre sonrisa. Le decia que sí; sí, con la cabeza, con los ojos, con la boca, con el alma. Plácido se inclinó sobre la silla, se llevó la mano al corazon y partió al galope.

—¡Hola!—exclamó Victoria con voz dura.—¿Os entendeis?

Leocadia no sabía mentir, y ademas no podia ocultar su dicha.

—Sí—le contestó.

—¿Desde cuándo?

—Hoy.

—¡Cómo!

—Me ha escrito.

—Ya—dijo Victoria haciendo crujir su voz como el chasquido de un látigo. ¿Se explica bien?

—Mira—contestó Leocadia, enseñándole la carta de Plácido.

Tomó Victoria la carta y la leyó, y doblándola con cuidadoso esmero se la devolvió á Leocadia con una sonrisa llena de hiel, al mismo tiempo que salia de sus ojos una mirada fria como la nieve, que su amiga no pudo resistir, pues la sintió penetrar hasta sus huesos y helarle la sangre.

Empezaba á oscurecer y soplaba un vientecillo poco agradable, y Leocadia abondonó el balcon, despidiéndose de la vecina que le contestó con una mueca, que trasformó su semblante, haciéndolo aparecer horroroso.

Leocadia fué á buscar una butaca, en la que se desplomó, porque le pesaba el cuerpo de la misma manera que si fuera de plomo. Su madre le dijo:

—Del balcon, ¿eh? del balcon, maldito balcon, y sobre todo, maldita vecina.

Leocadia sintió sueño, un sueño penoso, y no obstante, no podia dormirse. Quiso levantarse y no encontró fuerza para hacerlo; los piés no la obedecian, los brazos se negaban á todo movimiento; pasó una nube por sus ojos; se creyó desprendida de sí misma, quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta; sólo su pensamiento pudo articular estas palabras:

—¡Dios mio! me muero.

VIII.

Cuando entraron luz, Leocadia parecia dormida, pero habia en su actitud un abandono, una pesadez más propios de la muerte que del sueño. Su madre se acercó á ella notando su semblante extremadamente pálido. Le cogió una mano, y la encontró fria y los dedos rígidos.

—¡Leocadia! ¡Leocadia!—gritó alarmada.

Y Leocadia abrió los ojos, y los clavó en su madre con profunda mirada.

—¡Hija mia!—gritó otra vez la buena señora.

Y asiendo el cordon de la campanilla la agitó con violencia, y toda la gente de la casa se reunió precipitadamente en la sala.

—¡Un médico!—exclamó la madre.—Un médico... Mi hija se muere.

Salieron en busca de un médico.

Entre tanto, con la confusion que en tales casos ocurre, se le aplicaron los remedios caseros que se iban ocurriendo, y decian:

—Es un vahido.

—Un síncope.

—Un ataque de nervios.

Leocadia no se movia; su corazon palpitaba con ánsia y sus ojos se movian llenos de inquietud y llenos de vida, pero permanecia inmóvil y muda.

Llegó el médico, y todos los circunstantes respiraron. ¡Ah! el médico es un gran consuelo.

Se acercó á la enferma y la examinó atentamente; hizo algunas preguntas y pidió recado de escribir. Miéntras recetaba los medicamentos más urgentes, dispuso que la condujeran á la cama; y luégo que envió á la botica, él mismo, por medio de los recursos que encontró á mano, trató de reanimar el calor apagado de las extremidades.

La cara del médico estaba triste. Le interesaban sin duda aquella juventud y aquella belleza tan repentinamente heridas como si las hubiera sacudido la explosion de un rayo.

De los medicamentos que trajeron eligió uno, y poniendo algunas gotas en una cuchara lo aplicó á los labios de la enferma, que permanecieron inmóviles; los entreabrió suavemente, y depositó en la boca de Leocadia el líquido que contenia la cuchara. Entónces observó un ligero movimiento: lo habia tragado. Repitió la dósis, y ya los labios de la enferma cogieron el extremo de la cuchara, absorbiendo lo que ella contenia.

Despues recetó otras medicinas que se aplicaron inmediatamente, y ordenó el plan que debia seguirse, y esperó hasta ver los primeros efectos de la medicacion empleada.

La primera señal fué un gran suspiro que exhaló la enferma. Luégo advirtió que empezaba á verificarse la reaccion que buscaba: habia ya movimiento en los músculos de la cara, movia el brazo derecho, y la lengua habia articulado algunas palabras ininteligibles.

Hechas estas observaciones dijo el médico:

—Esto no va mal. A lo ménos le salvarémos la vida.

Recomendó el silencio, previno con insistencia que no se le causára ninguna impresion desagradable, y tomó su sombrero: ya nada tenía que hacer allí; habia hecho todo lo que podia hacerse.

Uno de los circunstantes, grande amigo de la casa, lo acompañó hasta el recibimiento, y lo detuvo en la puerta preguntándole:

—¿Qué es esto?

—Una puñalada— le contestó.

—¿Mortal?

—Peor.

—¡Peor!—repitió el amigo.

—Sí—añadió el médico.—No puedo determinar claramente la causa de este fenómeno; es una parálisis general que por fortuna no ha invadido ni el corazon ni el cerebro. La corregirémos en parte. No se puede hacer otra cosa.

—¿Y vivirá?—preguntó el amigo.

—Sí—contestó el médico.—Vivirá, pero paralítica.

Esto lo dijo ya bajando la escalera.

Al volverse el amigo se encontró con la madre de Leocadia.

—¿Qué dice el médico?—preguntó con voz ahogada.

—El médico, señora, dice que vivirá.

—¡Ah!—exclamó hecha un mar de lágrimas y conteniendo los sollozos.—Dios le pague el consuelo de esas palabras; pero mi hija está herida de muerte por una mano traidora. Me la han matado; esa mujer la ha muerto.

—Señora —le dijo su amigo tratando de consolarla, y creyendo que el dolor trastornaba su juicio.

—Sí— insistió.—Estoy segura de ello. Le ha mordido una víbora y la ha envenenado. ¿Qué tiene? ¿Qué dice el médico que tiene?

El amigo no quiso nombrar la enfermedad por no añadir angustia á su dolor, y no encontrando otra á mano, no supo que contestarle.

—¡Ah! —exclamó la afligida señora.—El médico no lo sabe. Yo sí; yo sí lo sé... las madres lo sabemos todo. Yo sé lo que tiene.

Y acercándose al oido de su amigo y oprimiéndole convulsivamente la mano, añadió:

—Esto es horrible... *Le han hecho mal de ojo.*

ÍNDICE.

Páginas.

Preocupaciones..... 5

La Mariposa blanca.

I..... 15
II..... 20
III..... 25
IV..... 30
V..... 34
VI..... 39
VII..... 44
VIII..... 49
IX..... 54
X..... 59

El número 13.

I..... 65
II..... 70
III..... 75
IV..... 80
V..... 85
VI..... 90
VII..... 95
VIII..... 100
IX..... 105
X..... 110

Dia aciago.

I..... 117
II..... 121
III..... 126
IV..... 132

Páginas.

V..... 137
VI..... 143
VII..... 148
VIII..... 154
IX..... 159
X..... 166

El Saludador.

I..... 173
II..... 178
III..... 183
IV..... 189
V..... 194
VI..... 199
VII..... 204
VIII..... 210
IX..... 215
X..... 221

Mal de ojo.

I..... 227
II..... 232
III..... 237
IV..... 243
V..... 249
VI..... 255
VII..... 261
VIII..... 266